

A close-up portrait of a man with a well-groomed beard and mustache, wearing a black tuxedo jacket, a white dress shirt, and a black bow tie. He is looking directly at the camera with a neutral expression. The background is a plain, light gray.

SARAH VALENTINE

James

UNA NIÑERA PARA EL HEREDERO

SERIE HEREDEROS

Índice

[James. Una niñera para el heredero](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Tengo un regalo para ti](#)

[Nota de la autora](#)

[¿Dónde puedes encontrarme?](#)

JAMES

Una niñera para el heredero

Serie Herederos 5

SARAH VALENTINE

Sinopsis

JAMES

Una niñera para el heredero (Serie Herederos 5)

James Stone, un **rico y atractivo heredero** de un conocido bufete de abogados de Nueva York, pierde a su esposa de manera trágica y se queda solo al cuidado de Hazel, su pequeña hija de cinco años. La muerte de su esposa destroza a James, quién se niega volver a enamorarse para no volver a sufrir y para respetar la memoria de su mujer fallecida.

Claire Bennet, una joven de **escasos recursos económicos**, acaba de instalarse en Nueva York y busca trabajo de forma desesperada. Por azar encuentra un anuncio para trabajar de niñera en una exclusiva zona de la ciudad.

El **destino** de James y Claire se cruzará, en un principio, como una relación de **jefe y empleada**. Pero la **proximidad** y la dulzura de la joven, hará que el **cascarrabias** de James tenga que replantearse muchos de los límites que se ha autoimpuesto en su vida.

Dos personas de **mundos distintos** y con más de una década de **diferencia de edad**, deberán descubrir si el pasado y todo lo que creen que les hace diferentes son suficiente como para alejarlos.

¿Conseguirá **triunfar el amor** por encima de todo lo que separa a James y Claire?

¡Atrévete a descubrirlo!

Sarah Valentine, autora de **novelas románticas Best Sellers**, como su **serie Condes escoceses** y su **serie Duques escoceses**, publica ahora *James. Una niñera para el heredero (Serie Herederos)*, una **novela romántica contemporánea de segundas oportunidades** llena

de emoción, pasión, segundas oportunidades y amor ambientada en Nueva York

Si te gustan las **historias 100% románticas**, lee las novelas de Sarah Valentine.

¡Te vas a enamorar!

A ti, por acompañarme en cada aventura.

Prólogo

James

El sonido del metal retorciéndose aún resuena en mi mente como un eco que se niega a desaparecer. Cada vez que cierro los ojos, revivo el momento en que mi vida se desmoronó en un instante, en un frenazo que llegó demasiado tarde. El dolor de aquella noche continúa sangrando como una herida abierta, que no cicatriza, no importa cuánto tiempo pase. Recuerdo el brillo de los faros en la carretera mojada. Olivia iba a mi lado, llenando el interior del automóvil con su risa. Esa noche hablábamos de planes, de sueños y de un futuro que ya no existe. Hazel dormía plácidamente en el asiento trasero.

Pero entonces, en un instante, todo cambió. El impacto fue brutal, tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de gritar su nombre. Recuerdo el sonido del vidrio al romperse, el grito de Olivia cortado de repente y, luego, el silencio. Ese maldito silencio que ha llenado mi vida desde entonces. No sé cuánto rato después, me desperté entre los restos del coche, con la cabeza palpitando de dolor y las manos temblorosas buscando a Olivia. Grité su nombre hasta rasgarme la garganta, pero ella no respondía. No respondió. Nunca más lo hizo.

Cuando llegó la ambulancia todo se volvió un borrón de luces y voces. Alguien me sacó del automóvil, pero no pude apartar la mirada de Olivia, que continuaba atrapada en el asiento con el cuerpo inerte y los ojos cerrados como si estuviera dormida. No hubo un adiós, ni un último *te quiero*. Solo vacío, el más grande de todos.

El hospital fue un infierno. Los médicos me hablaban en un tono que pretendía ser reconfortarme, pero que solo consiguió llenarme de rabia. Me dijeron que no sufrí, que murió al instante. Como si eso pudiera consolarme. Como si la rapidez con la que la perdí hiciera que doliera menos. No pude soportarlo. Salí del hospital tan pronto como me lo permitieron. Necesitaba alejarme de las miradas de lástima, del olor a desinfectante que se pegó a mi piel y de los murmullos llenos de una compasión vacía para mí. Me fui a casa, a una que ya no sentía como mi hogar, porque faltaba Olivia..

En esos primeros días, mi vida se redujo a un patrón repetitivo de respiraciones forzadas y movimientos mecánicos. Me encargué de los arreglos funerarios como si estuviera programado para hacerlo, aunque no pude contar con su opinión en ninguna de las decisiones que debí tomar. El ataúd, las flores, la música... todo era gris y sin vida. Sin ella.

El día del funeral cayó un aguacero. El cielo parecía llorar por ella, como si supiera que había perdido a alguien irremplazable. Hazel, mi pequeña Hazel, no entendía del todo lo que sucedía. Me aferré a mi niña con la certeza de que era lo único que me mantenía anclado a este mundo. Pero mientras sostenía su pequeña mano en el cementerio, observando cómo bajaban el ataúd de su madre hasta el fondo del agujero, sentí cómo algo se rompía dentro de mí y tuve la certeza de que nada volvería a ser como antes.

La tumba de Olivia es un lugar que evito. No porque haya dejado de amarla, sino porque no puedo soportar lo que representa. Sin embargo, una tarde me obligué a ir. Necesitaba enfrentarme a lo que había sucedido, aunque solo fuera una vez. Me arrodillé ante la lápida, notando cómo el frío de la piedra atravesaba mis pantalones y permití que el dolor me inundara. No lloré, porque se me habían secado y me había quedado vacío, convirtiéndome en un cascarón de lo que alguna vez fui.

—Lo siento, Olivia —murmuré en apenas un susurro.

La culpa me devoraba como un monstruo que se alimentaba de mis remordimientos. Si hubiera estado más atento, si hubiera conducido más despacio, si hubiera... Demasiados *si hubiera* que no cambian nada.

Olivia siempre fue la luz en mi vida, la que me hizo creer que podía ser mejor y que podía ser feliz, que podríamos serlo juntos, siempre juntos. Sin embargo, esa luz se había apagado y me había dejado a oscuras, rodeado de una oscuridad que no podía soportar. Me incliné hacia adelante y apoyé mi frente contra la gélida lápida y tomé una decisión. Una que, en ese momento, me pareció la única forma de sobrevivir al dolor que me asfixiaba.

—Nunca volveré a amar —prometí con voz ronca—. No puedo. No quiero. Es demasiado doloroso.

Al decirlo, sentí que una parte de mí se endurecía y se volvía tan fría y dura como la lápida de mármol que había bajo mis manos. Sabía que era una decisión cobarde, pero también una necesidad. No podía volver a pasar por aquello, no podía permitirme sentir tanto de nuevo para perderlo todo después. Me levanté con el cuerpo rígido por el frío y la tensión. Miré una última vez la lápida de Olivia, sabiendo que esa promesa me protegería, pero también con la certeza de que me condenaba a una vida sin color ni esperanza, pero no me importó. Hazel me necesitaba, viviría por y para ella. Eso sería suficiente. Tenía que serlo.

Al alejarme de la tumba, el viento sopló con fuerza, arrastrando las hojas secas a mis pies. Cada paso que daba me parecía un adiós definitivo a lo que una vez fui y a lo que alguna vez tuve, porque en ese momento.. No era más que un hombre roto, que trataba de proteger los restos de lo que quedaba de él.

Mientras caminaba de regreso al coche, mi promesa resonaba en mi cabeza, como un mantra que me repetía una y otra vez: nunca volveré a amar. Era lo único que podía controlar en un mundo que me había demostrado que no podía proteger lo que más amaba. Me detuve un momento antes de abrir la puerta del Mercedes para permitir que mi promesa se asentase en mi pecho. La vida continuaba, pero yo lo iba a hacer a mi manera, con un corazón encerrado bajo llave y a salvo de cualquier sentimiento que pudiese hacerme vulnerable de nuevo.

Encendí el motor del coche y me obligué a no mirar atrás mientras abandonaba el cementerio. Esa sería mi vida ahora: proteger a Hazel y asegurarme de que ella nunca tuviese que sufrir lo que yo estaba sufriendo. A partir de entonces, me concentraría en mi trabajo, en mi hija y en intentar mantener a raya el dolor, que amenazaba con abrumarme cada vez que pensase en lo que había perdido.

La casa donde me crié y heredé tras la muerte de mi padre, me recibió con su silencio habitual. Cada uno de sus rincones era como un recordatorio de que Olivia ya no estaba a mi lado. La ausencia de su risa y de su voz era un vacío que ni el trabajo, ni ninguna distracción, podía llenar. Me obligué a seguir adelante, paso a paso, tarea a tarea, porque eso era lo que se esperaba de mí. Pero en el fondo, sabía que una parte de mí había muerto con ella aquella noche en la carretera. Y la única manera de seguir viviendo era mantener esa parte enterrada, junto con los recuerdos de lo que alguna vez fue.

Fuí hacia el dormitorio, el que solíamos compartir. Allí cada objeto en me hablaba de ella, desde el perfume que había en su tocador, hasta la manta tejida que solíamos ponernos sobre las piernas cuando veíamos películas. Al observarme en el espejo sobre la cómoda, apenas reconocí al hombre que me devolvía la mirada. Mi reflejo me mostraba un rostro endurecido por la ausencia y unos ojos vacíos, incluso de lágrimas. Olivia me enseñó a amar, pero su muerte me

había enseñado una lección más cruel: amar es arriesgarse y, en ese momento, ese era un riesgo que ya no podía asumir.

Al meterme en la cama, sabía que las noches serían la peor parte de los días, porque era en la quietud de la madrugada cuando los recuerdos volvían a mí con más fuerza, haciendo que el dolor se volviera insoportable. Pero estaba decidido a resistir. No por mí, sino por mi pequeña Hazel. Ella era lo único que me quedaba y por mi hija estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para seguir adelante, aunque eso significase cerrar mi corazón para siempre.

Cerré los ojos, pero el sueño no llegaba. En su lugar, las imágenes de aquella noche volvían una y otra vez, hasta que no pude soportarlo más. Me levanté, incapaz de quedarme quieto, y salí al balcón, dejando que el aire frío de la noche me despejase. Miré las luces de la ciudad, tan indiferentes a mi dolor, y me prometí que, pasase lo que pasease, nunca dejaría que nadie se acercase lo suficiente a mí como para herirme de nuevo.

Porque amar a alguien es darle el poder de destruirte y ya he sido destruido una vez. No habrá una segunda.

Capítulo 1

Claire

El sonido constante de los coches, las bocinas impacientes y el murmullo incesante de personas apuradas me reciben en Nueva York como un aluvión abrumador de vida. El aire es denso y está cargado de energía y, aunque he visto esta ciudad en películas y fotos, nada me había preparado para estar aquí, en medio de todo, con las luces de los rascacielos desafiando la oscuridad y las aceras repletas de gente, que se mueve con un propósito claro, mientras yo lucho por encontrar el mío.

Hace apenas una semana llegué con mi maleta cargada de sueños y expectativas, segura de que la ciudad de las oportunidades me recibiría con los brazos abiertos. Pero, ahora, con cada día que pasa, esos sueños me parecen más una carga que una promesa. Mi pequeño apartamento en Brooklyn, con sus paredes delgadas y el ruido constante del tráfico, no es el refugio que había imaginado tener en esta ciudad..

Cada mañana, salgo temprano de casa con el corazón lleno de esperanza mientras me dirijo a otra entrevista, aunque por la noche regreso de nuevo, agotada, desilusionada y de nuevo sin trabajo. Los días se están convirtiendo en un borrón de rechazos y promesas vacías. Mis ahorros se están evaporando rápidamente y la ansiedad se ha instalado en mi pecho como una sombra constante, que oscurece cualquier luz de optimismo que intento mantener encendida.

Pero hoy es diferente. Lo sé. Camino por las calles con el viento otoñal rozando mi cara y escondo mis manos en los bolsillos de mi abrigo para protegerme del frío que me cala hasta los huesos. Mi cabeza da vueltas, mientras piensa en la entrevista de esta mañana, buscando algún error que pueda haber cometido o algún motivo por el cual no me hayan ofrecido el puesto en ese momento. Pero todo ha sido tan rápido e impersonal como siempre. Una sonrisa forzada, un agradecimiento por mi tiempo, y un «nos pondremos en contacto contigo» que sé que nunca llegará. Lanzo un hondo suspiro y me detengo frente a una pequeña cafetería y el aroma a café recién hecho se cuele por la puerta abierta y me tienta a entrar. No puedo permitirme un lujo así con el poco dinero que me queda, pero necesito un respiro. Necesito un momento para detenerme y encontrar algo de consuelo en medio de este caos en el que se ha convertido mi vida desde que llegué a Nueva York.

Entro y veo que el lugar está casi vacío, solo hay un par de personas sentadas a las mesas junto a la ventana, concentrados en las pantallas de sus portátiles y ajenas al mundo exterior. Me acerco al mostrador y pido un café solo, el más barato de la carta. La barista, una joven con el cabello teñido de azul y un *piercing* en la nariz, me sonríe con simpatía mientras lo prepara. Me esfuerzo por devolverle la sonrisa, aunque tengo la sensación de que mis labios apenas se mueven.

Con la taza en la mano, me dirijo a una mesa en la esquina del local y lejos de la puerta de entrada, donde puedo contemplar a la gente sin ser observada. Me siento y tomo un sorbo de mi taza, El líquido caliente se desliza por mi garganta y me regala una calidez momentánea que casi me hace olvidar mi situación. Cierro los ojos y me permito un momento de silencio, alejándome mentalmente del bullicio de la ciudad, aunque sea solo por unos minutos. Pero esa paz es efímera, porque cuando abro los ojos, mi mirada se cruza con un tablón de anuncios que hay en una pared cerca de mi mesa. Lo observo y veo que está cubierto de tarjetas, panfletos y

papeles garabateados. La curiosidad me puede, así que me levanto y me acerco hasta él y compruebo que son mensajes de todo tipo: clases de yoga, conciertos en bares locales y anuncios de alquiler de habitaciones. Mis ojos recorren los papeles sin mucho interés, hasta que uno en particular llama mi atención. Es un pequeño anuncio escrito a mano, casi perdido entre los demás, pero las palabras «Se busca niñera» destacan como un faro en medio de la tormenta. Cojo el papel con cuidado, como si fuera un tesoro frágil y leo los detalles, aunque no da demasiada información:

«Se busca niñera para cuidado de niña de cinco años. Tiempo completo. Sueldo competitivo. Incorporación inmediata. Interesadas, llamar al número de aquí abajo».

No hay más información, solo un número de teléfono escrito con tinta negra. En ese instante, siento una chispa de esperanza en mi interior, pero también una oleada de dudas. ¿Qué tipo de familia necesita una niñera con tan poca antelación? ¿Por qué este anuncio está aquí y no en una agencia? Pero al mismo tiempo sé que no puedo permitirme ser quisquillosa. Estoy al borde de quedarme sin opciones para sobrevivir en esta ciudad y este trabajo quizás podría ser la oportunidad que tanto ansío. Respiro hondo, intentando calmar mis nervios, y guardo el papel en mi bolso. Mi mente ya está imaginando cómo será la llamada, qué diré, cómo me presentaré... Respiro hondo de nuevo, pero también tengo claro que es una oportunidad, quizás la única que tenga en un tiempo y no puedo dejarla pasar. Aunque la idea de cuidar a una niña en una ciudad que apenas conozco me asusta, sé que soy buena en lo que hago. He trabajado con niños antes y siempre he encontrado una manera de conectar con ellos, de ganarme su confianza, aunque eso no quita que ahora mi inseguridad se apodere de mí.

Termino mi café con rapidez con la decisión tomada. Salgo de la cafetería sintiendo el viento frío nuevamente en mi rostro, mientras camino de regreso a mi apartamento, con el papel del anuncio en mi bolso y un manojo de nervios en el estómago, que me obliga a acelerar el paso. Cuando llego a mi apartamento, me quito el abrigo y me siento en el borde de la cama con el teléfono en mano y el anuncio frente a mí sobre el edredón. Mi corazón late con fuerza mientras marco el número, trago saliva y escucho cómo cada pitido del tono de llamada resuena en mi cabeza como un tambor.

—Hola —responde una voz femenina al otro lado de la línea con tono profesional.

—Hola, me llamo Claire Bennett. Llamo por el anuncio de niñera que he visto en una cafetería —le digo con la voz un poco temblorosa, aunque trato de mantenerla firme.

—Ah, sí, gracias por llamar, Claire. Mi nombre es Sarah, soy la asistente personal del señor Stone. Él está buscando a alguien para cuidar de su hija. ¿Tienes experiencia como niñera?

—Sí, he trabajado con niños de diferentes edades, tanto en guarderías como para familias de forma privada. También soy educadora infantil —respondo y siento cómo mi voz ha adquirido un tono más seguro al hablar de mi experiencia.

—Eso suena muy bien. El señor Stone está buscando a alguien para que se incorpore de forma inmediata. Si estás disponible, ¿podrías venir mañana para una entrevista? —la voz de Sarah es directa, sin rodeos, como si ya hubiera decidido que soy una buena candidata.

—Sí, claro, estaré allí. ¿Podría darme la dirección? —anoto la dirección que Sarah me dicta con pulso tembloroso mientras escribo.

—Perfecto, te esperamos a las nueve de la mañana. Por favor, trae tu currículum y referencias —concluye Sarah antes de despedirse.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirando la pantalla por un momento, intentando asimilar lo que acaba de suceder. Tengo una entrevista. Es un pequeño paso, pero para mí es todo un

triunfo en este momento.

La dirección que me ha dado Sarah es en el Upper East Side. Por lo que de manera automática pienso en los edificios imponentes, las calles limpias y los escaparates de lujo de la zona. Es un mundo completamente diferente al mío, donde las personas parecen moverse con una seguridad y una confianza que me resulta ajena. ¿Cómo voy a encajar en un lugar así? Pero entonces pienso en la niña de cinco años a la que cuidaré, y en cómo los niños ven más allá de las apariencias y eso me consuela.

Paso el resto del día preparando mi currículum, revisando mis referencias y eligiendo cuidadosamente mi ropa para la entrevista. Quiero causar una buena impresión y demostrar que soy una persona competente. Pero más que eso, quiero ser alguien en quien esa pequeña niña pueda confiar.

Por la noche, cuando me meto en la cama, me cuesta dormir. Mi cabeza no deja de darle vueltas a cómo será la entrevista, en quién será ese señor Stone y qué tipo de persona estará detrás de ese apellido tan imponente. Pero por la mañana, aunque apenas he logrado pegar ojo, me levanto más segura de mí misma y de mis posibilidades. Me visto con un traje sencillo, pero profesional, me recojo el pelo en una coleta y reviso mis documentos por última vez antes de marcharme de casa.

El viaje en metro hasta el Upper East Side es largo. Cada parada me acerca más a un mundo que parece alejado del mío no solo por la distancia a la que vivo de él. Cuando finalmente llego, camino por calles amplias y arboladas, rodeada de edificios opulentos. Respiro hondo antes de acercarme al edificio que corresponde a la dirección que tengo anotada. Cuando estoy frente a él, observo su fachada de piedra y me parece más imponente de lo que había imaginado. Al entrar al *hall* de la entrada, el portero me saluda con cortesía cuando le digo a quién vengo a ver y me indica que tome el ascensor hasta el último piso. Mis nervios están a flor de piel mientras las puertas del ascensor se cierran y empiezo a subir. Me observo en el espejo del ascensor, intentando tranquilizarme. «Claire, puedes hacerlo. Los niños son tu fuerte. Esto es solo una entrevista más», me digo a mí misma.

Finalmente, cuando llego al último piso, las puertas metálicas del ascensor se abren y me muestran un amplio pasillo con paredes de color marfil y una alfombra de terciopelo azul que amortigua mis pasos. Camino hacia la única puerta que hay al final del pasillo, y siento cómo mi corazón late con fuerza. Tomo una respiración profunda y llamo el timbre. Poco después, la puerta se abre y me recibe una mujer de mediana edad con una sonrisa profesional. Es Sarah, sin duda.

—Claire Bennett, ¿verdad? —pregunta y asiento al escucharla—. Soy Sarah, la asistente del señor Stone. Pasa, por favor.

Entro y lo primero que noto es el silencio. El apartamento es espacioso, con una decoración minimalista pero lujosa y unos grandes ventanales que ofrecen una vista impresionante de Central Park. Todo está impecablemente ordenado, nada que ver con mi pequeño apartamento en Brooklyn. Sarah me guía a través de una sala de estar hacia un despacho, donde un hombre alto y bien vestido está de pie junto a un escritorio, con la vista fija en la pantalla de su ordenador. La tensión en sus hombros es evidente, y cuando finalmente levanta la vista hacia mí, me encuentro con unos ojos grises que parecen verlo todo, pero que no muestran nada, parecen vacíos.

—Señor Stone, ella es Claire Bennett —anuncia Sarah y su voz parece romper el hielo en el aire.

Él asiente con un movimiento apenas perceptible y luego se acerca para estrechar mi mano. Su apretón es firme y su piel fría. Hay algo en su presencia que me hace sentir pequeña, como si este hombre pudiera aplastarme con una sola palabra, pero al mismo tiempo, hay algo en su mirada gris que me intriga, una sombra que parece esconder más de lo que muestra.

—Gracias por venir, señorita Bennett —dice con una voz profunda y controlada, pero sin la calidez que esperaba—. ¿Ha traído sus documentos?

—Sí, aquí están —respondo, entregándole mi currículum y las cartas de recomendación. Sus dedos rozan los míos al tomarlos y siento una corriente eléctrica recorrer mi brazo. Me aclaro la garganta para disimular esa sensación y lo observo. El señor Stone los revisa en silencio, moviendo su mirada rápidamente por las páginas. Estoy demasiado nerviosa para hablar, así que solo espero, intentando controlar mi respiración. Finalmente, levanta la vista y asiente de nuevo, como si hubiera llegado a una conclusión.

—Su experiencia es impresionante —dice, aunque su tono es neutral—. Mi hija, Hazel, tiene cinco años y necesita a alguien que pueda ofrecerle estabilidad. Si decide aceptar este trabajo, su vida cambiará significativamente. Vivirá aquí, en el apartamento, y su prioridad será Hazel.

Asiento, intentando procesar la información. Vivir aquí, en este mundo tan diferente al mío, parece aterrador y emocionante al mismo tiempo. Pero si esto es lo que se necesita para salir adelante, entonces lo haré. No tengo la más mínima duda.

Capítulo 2

James

El teléfono suena con insistencia sobre mi escritorio y arruina la concentración que intento mantener en el informe que tengo delante. Suspiro y deslizo los dedos sobre la madera pulida antes de responder. Es Sarah, mi asistente personal, quien parece más decidida que nunca a resolver la última de las preocupaciones que ha estado carcomiéndome desde hace meses: encontrar a alguien que me ayude a cuidar de Hazel.

—Señor Stone —comienza Sarah con su tono profesional, aunque no puede ocultar la urgencia en su voz—. He encontrado una candidata. Se llama Claire Bennett. Su currículum es impresionante. Creo que debería tenerla en cuenta.

Dejo escapar un gruñido involuntario. Otra niñera. Otra desconocida que entrará en mi vida o, más bien, en la de Hazel, pretendiendo poder ofrecerle algo que ni siquiera yo he podido darle desde que Olivia se fue. La sola idea de dejar que alguien ocupe ese espacio me irrita profundamente.

—Sarah, ya hemos pasado por esto antes. No necesito recordarte cómo terminaron las últimas entrevistas —respondo, intentando mantener la impaciencia fuera de mi voz, aunque sé que fallo en el intento. Mi mirada se desvía hacia la ventana, donde el cielo gris de Nueva York se cierne sobre la ciudad, tan distante y frío como yo mismo me he vuelto.

—Lo sé, señor Stone, pero esta joven parece diferente. Es educadora infantil y según pone en su currículum tiene experiencia en el cuidado de niños en entornos difíciles. Puede que sea justo lo que Hazel necesita.

Lo que Hazel necesita. Esa frase me deja helado. Sé lo que mi hija necesita, lo sé mejor que nadie, y es algo que nadie en esta maldita ciudad puede ofrecerle. La voz de Sarah, sin embargo, es firme y resuelta, y reconozco que ha estado lidiando con esto tanto como yo, aunque de una manera diferente. La culpa invade mi pecho, recordándome que no puedo seguir evadiendo esta responsabilidad.

—De acuerdo —respondo finalmente, resignado—. Que venga mañana a primera hora y la entrevistaré personalmente.

—Gracias, señor Stone. Estoy segura de que no se arrepentirá—. Sarah cuelga antes de que pueda responder, probablemente temiendo que cambie de opinión.

Cuelgo el teléfono y me dejo caer en el sillón de cuero de mi escritorio. La luz tenue del atardecer se cuela por los ventanales, proyectando sombras que llenan la habitación de un ambiente melancólico. Siempre he preferido trabajar hasta tarde, sobre todo desde que Olivia... Me detengo antes de permitir que ese pensamiento se complete. Pienso en Hazel, mi pequeña, que ahora está en su habitación, probablemente perdida en uno de sus libros de cuentos. Se ha retraído en sí misma desde que Olivia murió y, aunque me esfuerzo en ser el padre que ella necesita, sé que no puedo hacerlo solo. Necesito ayuda, y aunque detesto admitirlo, quizás Sarah tiene razón.

A la mañana siguiente, me despierto con la misma sensación de vacío que ha sido mi compañera constante durante estos años. Me ducho, me visto y tomo mi café, todo en un silencio casi reverente, como si estuviera preparándome para una batalla. El apartamento está silencioso, demasiado grande y lujoso solo para mi pequeña y para mí. Cuando Olivia estaba aquí, cada

rincón de este lugar tenía vida. Ahora, en cambio, es simplemente un espacio frío y gris, una réplica de mi propio estado emocional.

Sarah llega antes que la candidata, como siempre, puntual y eficiente. Ella sabe cuánto odio estas entrevistas y cómo cada una de ellas me recuerda lo que falta en nuestras vidas. Pero es demasiado profesional para mencionarlo.

—Señor Stone, Claire Bennett llegará en diez minutos. ¿Quiere que la reciba y la acompañe hasta aquí? —pregunta, aunque ambos sabemos que no es una pregunta real. Sarah siempre ha sido la que maneja estos detalles.

—Sí, está bien —respondo, volviendo la mirada hacia mi ordenador, aunque mis pensamientos están lejos de la información de alguno de los casos que llevo y que ahora aparecen en la pantalla.

Pasan unos minutos antes de que escuche un golpe suave en la puerta. Me enderezo en mi silla y tomo una respiración profunda, preparándome para lo que viene. La puerta se abre y Sarah entra primero, seguida por una joven, con un traje sencillo pero adecuado. Su cabello rubio oscuro está recogido en una coleta baja, y sus ojos verdes, grandes y brillantes, me observan con una mezcla de curiosidad y nerviosismo.

—Señor Stone, esta es Claire Bennett —dice Sarah con voz profesional.

Me levanto para estrecharle la mano, y lo primero que noto es lo firme de su apretón, algo que no esperaba de alguien de su apariencia. Es joven, sin duda, pero hay una determinación en su mirada que no había visto en otras candidatas. Sin embargo, no puedo evitar sentir una punzada de escepticismo al pensar en si sabrá cuidar bien de mi pequeña.

—Señorita Bennett —saludo con un tono neutral, casi frío, mientras la invito a sentarse—. Gracias por venir. Me gustaría saber más sobre su experiencia.

Ella asiente y me entrega su currículum, que examino con detenimiento. Mientras leo, escucho su voz mientras me habla de su formación, sus trabajos anteriores y su pasión por la educación infantil. Habla con seguridad, con un tono cálido y envolvente, pero hay algo en su voz que también me incomoda. Es demasiado optimista, demasiado... joven.

—Veo que tiene experiencia con niños en situaciones difíciles —digo, levantando la mirada del papel para encontrarme con sus ojos—. Pero ¿qué sabe realmente sobre lo que significa cuidar de un niño que ha perdido a su madre?

Mi pregunta es directa, casi cruel, pero necesito saber cómo reacciona. He visto a otras candidatas desmoronarse bajo la presión de preguntas similares. Es mi forma de proteger a Hazel, de asegurarme de que nadie entrará en su vida sin comprender realmente lo que significa.

Claire se toma un momento antes de responder, lo cual respeto. No es una de esas respuestas automáticas que suelo escuchar, llenas de clichés y frases vacías.

—Sé que no puedo comprender por completo lo que Hazel está pasando —dice con voz suave pero firme—. Pero entiendo lo importante que es para un niño tener estabilidad, sentirse seguro y amado, especialmente después de una pérdida. Mi trabajo es ofrecerle eso y ser un apoyo constante para ella, alguien en quien pueda confiar.

Algo en sus palabras me hace detenerme. No es lo que dice, sino cómo lo dice, con una convicción que parece propia de una persona mayor que ella. Pero sigo siendo cauteloso. No puedo permitirme creer en promesas vacías.

—Hazel ha estado a cargo de varias niñeras desde... desde que su madre murió —digo, eligiendo cuidadosamente mis palabras—. Ninguna ha durado más de unos meses. No puedo permitir que mi hija se encariñe con alguien de nuevo y que esa persona desaparezca poco

después. Necesito saber que usted es capaz de comprometerse a largo plazo.

Claire asiente y veo un destello de comprensión en sus ojos. No es solo una entrevista para ella, lo veo en su expresión. Quizás entiende la situación más de lo que he imaginado al principio.

—Entiendo su preocupación, señor Stone —responde—. No me tomo este tipo de responsabilidades a la ligera. Si me da la oportunidad, prometo que estaré aquí para Hazel tanto tiempo como ella me necesite.

Me quedo en silencio un momento, evaluando cada palabra. Hay algo en ella, que me hace reconsiderar mi escepticismo inicial. Pero aún no estoy listo para ceder. Al menos, no todavía.

—Me gustaría que conociera a Hazel —digo finalmente levantándome de mi silla—. Así podremos comprobar cómo se llevan.

La acompaño por el pasillo hasta la habitación de Hazel, donde mi hija está sentada en su cama, con un libro entre las manos. Sus grandes ojos se levantan cuando entramos, y veo cómo evalúa a Claire, con esa mirada seria que ha adoptado desde la muerte de su madre.

—Hazel, esta es la señorita Bennett. Es posible que empiece a cuidar de ti —le digo con voz suave.

Hazel asiente, pero no dice nada. Claire se acerca con cuidado hasta ella, manteniendo una distancia respetuosa, algo que aprecio mucho. He visto a mi hija retraerse ante otros adultos, pero hay algo en la forma en que Claire la mira, con una mezcla de ternura y respeto, que parece desarmar a mi pequeña.

—Hola, Hazel —dice Claire con una sonrisa cálida—. He oído que te gustan los cuentos. ¿Qué estás leyendo?

Hazel duda un momento, pero luego le muestra la portada del libro de *El soldadito de plomo*, sin hablar. Es un cuento clásico, uno de los favoritos de Olivia. La nostalgia me golpea con fuerza, pero me mantengo firme, observando cómo interactúan..

—Ese es uno de mis preferidos —dice Claire mientras se sienta en una silla junto a la cama—. ¿Cuál es tu parte favorita?

Hazel duda, pero luego señala una página en particular. Claire asiente y comienza a hablar sobre la historia, preguntándole a Hazel sobre los personajes y qué le gusta de ellos. Es una conversación simple, pero veo algo que no había visto en mi hija desde hace tiempo: una pequeña chispa de interés. No sonrío, pero está participando en la conversación, y para mí, eso es suficiente por ahora.

Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración, esperando ver si Hazel se abre un poco más. No lo hace del todo, pero tampoco se retrae, lo cual, ya es un pequeño milagro. Claire no la presiona, ni intenta forzar la conexión entre ellas y eso me da un pequeño atisbo de esperanza. Después de unos minutos, decido interrumpirles antes de que la situación se vuelva incómoda. Necesito un momento para procesar lo que acabo de ver.

—Hazel, la señorita Bennett y yo vamos a hablar un poco más. Enseguida regreso— le digo, y ella asiente, volviendo a su libro.

Salimos de la habitación y cuando la puerta se cierra, me encuentro evaluando a Claire con nuevos ojos. No puedo evitar sentirme irritado por la forma en que está empezando a hacerme cuestionar mis propias decisiones.

—Parece que Hazel se ha sentido cómoda con usted —le comento manteniendo mi tono neutral.

—Es una niña maravillosa, señor Stone. Solo necesita tiempo y estabilidad. Estoy segura de que, con un poco de paciencia, podremos conseguirlo —responde con la voz cargada de esa misma determinación que vi antes en ella..

Miro hacia la puerta cerrada de la habitación de mi hija y luego vuelvo la mirada a Claire. Las palabras de Olivia regresan a mí como un susurro, recordándome cómo siempre me decía que Hazel necesitaba una figura femenina en su vida, alguien que pudiera ofrecerle lo que yo no podía. Pero la idea de reemplazar a Olivia es algo que no puedo soportar y me esfuerzo por sacar esos pensamientos de mi cabeza.

—Está bien, señorita Bennett. Acepto su propuesta, pero con una condición —digo con voz firme—. Este trabajo requiere compromiso total por su parte. Si acepta, debe estar dispuesta a ser parte de su vida durante mucho tiempo. Hazel no puede permitirse más pérdidas.

Claire me mira con sus grandes ojos verdes y asiente.

—Lo entiendo, señor Stone. Estoy dispuesta a comprometerme.

No estoy seguro de qué es lo que me hace confiar en ella, pero en este momento, siento que no tengo otra opción. Hazel necesita a alguien y quizás Claire Bennett podría ser esa persona.

—Muy bien —le respondo inclinando ligeramente la cabeza—. Puede empezar mañana.

Sarah se encarga de los detalles finales y cuando Claire se va, me quedo solo en mi despacho mirando por la ventana hacia la ciudad que nunca duerme. Siento que algo dentro de mí ha cambiado, como si hubiera dado un paso en una dirección que no esperaba. Claire Bennett es una incógnita, pero una parte de mí no puede evitar preguntarse si, tal vez, esta vez será diferente. Tal vez, he encontrado a alguien que pueda cuidar de Hazel como ella lo merece.

Me siento en mi escritorio, tomando una respiración profunda para después soltar el aire poco a poco. Según mis pulmones se van vaciando, mi escepticismo empieza a disiparse, aunque solo sea un poco.

Capítulo 3

Claire

No importa cuánto haya intentado prepararme para este momento, la realidad es mucho más abrumadora de lo que imaginaba. La fachada de piedra blanca, pulida y majestuosa del edificio de los Stone, parece desafiar la simplicidad de mi vida anterior, como si me retara a encontrar mi lugar en un mundo al que claramente no pertenezco.

Mientras cruzo el vestíbulo de mármol, mis pasos resuenan en el vasto espacio, amplificados por el silencio que reina en el ambiente. Cuando entro al enorme apartamento las paredes, decoradas con obras de arte moderno, que seguramente valen más de lo que podría ganar en toda mi vida, se alzan a mi alrededor, frías y distantes, como si quisieran mantenerme a raya. Cada detalle, desde los intrincados candelabros que cuelgan del techo hasta los muebles de diseño perfectamente alineados, gritan lujo, pero también algo más... el vacío lo invade todo. Respiro hondo, intentando contener los nervios que empiezan a agitarse en mi estómago. No puedo permitirme parecer insegura en mi primer día. Tengo que demostrar que soy capaz, que merezco estar aquí, aunque esta casa me haga sentir como una niña pequeña jugando a ser adulta en un mundo de gigantes.

Sarah, la asistente personal de James, me recibe en la entrada con su sonrisa profesional, pero amable. Me guía por el interior del apartamento y aprovecha para mostrarme las zonas, que serán relevantes para mi trabajo. A medida que avanzamos, noto que la vivienda, aunque impecable y perfectamente ordenada, carece de la calidez que uno esperaría en un hogar. Es como un museo, un lugar para admirar, pero no para vivir.

—Esta es la sala de estar principal —me dice Sarah, señalando una amplia habitación decorada en tonos neutros, con sofás de cuero y mesas de centro de vidrio. Grandes ventanales ofrecen una vista panorámica de Central Park, pero incluso esa vista parece fría—. Es probable que paséis tiempo aquí por las tardes, cuando Hazel regresa de la escuela.

Asiento, tomando nota mental de todo, aunque no puedo evitar sentirme un poco fuera de lugar. ¿Cómo voy a lograr que Hazel sienta este espacio como su hogar? ¿Cómo voy a ayudarla a sentirse segura y amada en un lugar tan imponente y distante?

Finalmente, llegamos a la habitación que me han asignado. Es más grande que todo mi apartamento en Brooklyn, con muebles elegantes y una decoración minimalista. La cama está cubierta con una colcha de seda gris y las cortinas que enmarcan las ventanas son de un tono similar, todo diseñado para crear un ambiente de serenidad... pero lo que siento es una frialdad que me cala hasta los huesos.

—Espero que te sientas cómoda aquí —dice Sarah, como si leyera mis pensamientos—. Si necesitas algo, no dudes en decírmelo.

—Gracias, Sarah —respondo intentando sonreír—. Estoy segura de que me acostumbraré pronto.

Ella me devuelve la sonrisa, pero hay algo en su expresión que me hace ver que entiende lo que estoy sintiendo. Antes de salir de la habitación, me da algunas instrucciones sobre el horario de Hazel y los detalles de su día a día. Intento absorber toda la información, pero mi mente sigue divagando, recorriendo cada rincón de esta casa que ahora, al menos por el

momento, debo llamar hogar.

Una vez que Sarah se va, me dejo caer en la cama, dejando que el peso de todo lo que me rodea se asiente sobre mis hombros, aunque no puedo permitirme entretenerme demasiado. Así que me levanto, aliso la colcha que he arrugado al sentarme y me preparo para el verdadero desafío del día: seguir conociendo a Hazel.

Cuando salgo al pasillo para encontrarme con ella, mi nerviosismo regresa a mí con fuerza. He trabajado con niños antes, pero algo me dice que Hazel será diferente. Su vida está marcada por una pérdida muy importante. Sé que el dolor puede hacer que los niños se cierren y levanten muros, y no estoy segura de cómo voy a atravesarlos.

La encuentro en la sala de juegos que, para mi sorpresa, está llena de vida. Aquí, el lujo de la vivienda se entrelaza con la inocencia infantil: hay peluches de todos los tamaños en las estanterías, una pequeña cocina de juguete ocupa una esquina y una mesa baja está cubierta de libros de cuentos y colores. Es un espacio que, a diferencia del resto de la casa, parece haber sido creado con amor. Hazel está sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y un peluche en el regazo. Su cabello castaño cae sobre sus hombros y ella está concentrada en el libro que sostiene. Es tan pequeña y vulnerable, que me parte el corazón.

—Hola, Hazel —le digo suavemente, sin querer asustarla.

Ella levanta la vista y me mira con esos grandes ojos, que parecen ver mucho más de lo que debería ser capaz de comprender a su edad. Hay un momento de silencio tenso, pero luego asiente con la cabeza, como aceptando mi presencia, aunque no parece del todo convencida.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunto, acercándome un poco más.

—Es... es un libro de cuentos —responde en apenas un susurro, como si hablara para sí misma más que para mí.

—¿Te gusta leer? —me siento en el suelo a su lado, imitando su postura, con la esperanza de parecerle menos intimidante.

Ella asiente de nuevo, pero no dice nada más. Su silencio es como una barrera que sé que no puedo romper en un solo día, por lo que decido no presionarla. En lugar de eso, tomo otro libro de cuentos de la mesa y lo abro, comenzando a leer en voz alta, aunque no estoy segura de que me esté escuchando realmente.

Pasan los minutos y aunque Hazel no se une a mí, tampoco se marcha de mi lado. Eso lo tomo como una pequeña victoria. Mi voz llena el espacio mientras leo sobre aventuras en tierras lejanas, pero mis pensamientos siguen regresando a esta pequeña niña que, de alguna manera, ha soportado más de lo que debería a su corta edad. Cuando finalmente termino el cuento, Hazel me mira por un momento, como si estuviera evaluando lo que acabo de hacer. No sé si he pasado la prueba, pero al menos no me ha rechazado.

—Voy a estar aquí para ti, Hazel —le digo con suavidad—. No tienes que hablar si no quieres, pero quiero que sepas que estoy aquí para cuando lo necesites.

Ella no responde, pero hay algo en su mirada que me dice que me ha escuchado y que entiende lo que le digo, aunque no esté lista para aceptarlo todavía.

Más tarde, cuando estoy organizando los juguetes en la sala de juegos, me doy cuenta de lo cansada que estoy. No solo por el esfuerzo físico, sino por la carga emocional de intentar conectar con una niña que ha construido unas murallas tan altas a su alrededor. Pero no pienso rendirme. No puedo permitirme hacerlo.

La tarde pasa rápidamente y cuando llega la hora de la cena, el ambiente en la vivienda cambia sutilmente. Es como si las paredes mismas se tensaran, preparándose para algo

incómodo. En ese momento, James regresa a casa. El sonido de sus pasos en el vestíbulo es firme, seguro, y cuando aparece en el comedor, su presencia llena la habitación de inmediato. Me esfuerzo por mantener la compostura mientras él se sienta a la mesa con gesto impasible y su fría mirada gris me evalúa con esa frialdad que parece ser su marca personal.

—¿Cómo ha ido su primer día, señorita Bennett? —pregunta con la voz tan controlada que casi parece distante.

—Bien, gracias —respondo, aunque no puedo evitar que mi tono suene un poco tenso.

Hazel está sentada a su lado, pero su actitud es la misma de siempre: tranquila, cerrada en sí misma y sin apenas tocar su comida. James la mira de reojo y veo una sombra de preocupación en su expresión, pero se desvanece tan rápido como ha aparecido.

—Hazel es una niña muy inteligente —añado intentando aliviar la tensión—. Le gusta leer y parece disfrutar de su tiempo en la sala de juegos.

James asiente, pero no dice nada más. El silencio entre nosotros se alarga de forma incómoda, hasta que decido que lo mejor es centrarme en la niña.

—¿Te gustaría que leyéramos un cuento juntas después de la cena, Hazel? —le pregunto con suavidad.

Ella me mira y en sus ojos veo una mezcla de sorpresa y duda, pero finalmente asiente.

—Vale —murmura con un hilo de voz.

James levanta una ceja y, por un momento, veo algo en su mirada que me confunde. Parece sorprendido, o tal vez, impresionado. Pero su expresión vuelve a la normalidad tan rápido, que me pregunto si lo he imaginado.

El resto de la cena transcurre en un silencio tenso y, cuando finalmente termina, me disculpo para ir a preparar a Hazel para la lectura. La llevo a su habitación, un espacio que, al igual que la sala de juegos, está decorado con colores suaves y detalles infantiles que contrastan con la frialdad del resto de la casa. Nos sentamos juntas en su cama, y empiezo a leerle uno de los libros que ella ha elegido. A medida que avanzo en la historia, noto que se acurruca un poco más cerca de mí y recuesta la cabeza descansando en mi hombro. Es un gesto pequeño, casi imperceptible, pero lo suficiente como para que mi corazón dé un vuelco. Siento la calidez de su cuerpo contra el mío y, aunque no dice nada, este simple acto me habla más que cualquier palabra. Es un pequeño paso hacia adelante, una señal de que, tal vez, no todo está perdido, y eso me da fuerzas para continuar.

Sigo leyendo, modulando mi voz con suavidad, dejando que las palabras fluyan como un río tranquilo desde mis labios. Hazel cierra los ojos lentamente y, cuando termino el cuento, noto que su respiración se ha vuelto profunda y regular. Está dormida. No quiero moverme, ni romper este momento de paz, pero sé que debo hacerlo. Con cuidado, deslizo mi brazo de debajo de su cabeza y la arropo, asegurándome de que esté cómoda. Me quedo un momento más a su lado, observando su pequeño rostro relajado en el sueño. En estos momentos, parece tan frágil y tan vulnerable, que no puedo evitar preguntarme cuánto dolor debe haber soportado en su corta vida y cuántas noches habrá pasado llorando en silencio, esperando a que regrese su madre. Y en este instante, me prometo a mí misma que haré todo lo posible para que Hazel nunca más se vuelva a sentir sola.

Salgo de su habitación en silencio y cierro la puerta con suavidad para no despertarla. Mientras camino por el pasillo hacia mi propia habitación, me cruzo con James. Está de pie frente a la ventana del salón, con la espalda recta y las manos en los bolsillos. Me detengo, dudando si debería interrumpirlo, pero algo en su postura me invita a acercarme. Camino

despacio y cada uno de mis pasos resuena en el silencio de la noche. Cuando llego a su lado, él no se gira para mirarme, pero sé que es consciente de mi presencia.

—Hazel está dormida —digo suavemente.

—Lo sé —responde en un murmullo apenas audible sobre el susurro del viento contra los cristales.

Miro su perfil, iluminado por la luz de la luna, y noto una expresión que no había visto en él antes. Sus ojos están fijos en algún punto más allá del horizonte, pero parece que su mente está muy lejos de aquí, atrapada en sus pensamientos que, por supuesto, no compartirá y menos conmigo. Es un hombre lleno de misterios, de capas que ha construido para protegerse, algo que me despierta una profunda curiosidad por conocerlo mejor y entender qué lo ha llevado a ser como es.

—Hoy ha sido un día difícil para Hazel —continúo intentando encontrar una manera de conectarme con él, aunque sea solo un poco—. Pero creo que está empezando a confiar en mí.

Finalmente, James gira la cabeza hacia mí. Sus ojos, grises y penetrantes, me observan con intensidad.

—Hazel no confía en nadie con facilidad—me dice y percibo un tono en su voz que me hace pensar que no solo se refiere a su hija—. Si ha empezado a confiar en ti, entonces has logrado más de lo que muchos han intentado.

A pesar de que lo que acaba de decirme no es un cumplido, viniendo de él hace que lo reciba como si lo fuera. Asiento y noto un ligero rubor en mis mejillas que no puedo controlar.

—Es una niña fuerte —respondo en un intento de mantener la conversación—. Solo necesita tiempo... y paciencia.

James asiente y, por un momento, parece que va a decir algo más, pero se queda en silencio. Ambos miramos hacia la oscuridad más allá de la ventana, donde las luces de la ciudad parpadean en la distancia. Es un paisaje que parece muy lejano y diferente al mundo en el que vivimos dentro de estas paredes.

—Gracias por cuidar de ella hoy —dice finalmente casi un susurro.

—Es mi trabajo y me gusta lo que hago—respondo, eligiendo mis palabras con cuidado—. Quiero que Hazel sepa que siempre estaré aquí para ella, pase lo que pase.

James se queda en silencio y noto que hay algo más que quiere decir, algo que está luchando por pronunciar. Pero antes de que pueda continuar, él se endereza, como si se hubiera dado cuenta de que ha mostrado demasiado y la frialdad vuelve a sus ojos.

—Es tarde. Deberías descansar —dice de nuevo con tono distante.

Asiento, con la certeza de que ahora la conversación ha llegado a su fin. Sin embargo, no puedo evitar sentir que, por un breve momento, he logrado traspasar una de las muchas barreras que James Stone ha levantado a su alrededor. Es un pequeño logro.

—Buenas noches, señor Stone —murmuro, dándome la vuelta para dirigirme a mi habitación.

—Buenas noches, Claire —responde y algo en la forma en la que pronuncia mi nombre provoca que una suave corriente eléctrica recorra mi espalda.

Camino por el pasillo y no puedo evitar pensar en que esta casa, con todo su lujo y su grandeza, es como una prisión para quienes viven en ella. Pero tal vez, con el tiempo, pueda ayudar a Hazel a encontrar algo de luz en medio de la oscuridad que la rodea. Y tal vez, también podré descubrir qué es lo que mantiene a James Stone atrapado en su propio laberinto de emociones reprimidas.

Cuando finalmente me acuesto, me esfuerzo por dejar ir las tensiones, por relajarme y permitir que el sueño me lleve, pero la imagen de James, de pie junto a la ventana, sigue persiguiéndome. Hay algo en él que me atrae y me desconcierta al mismo tiempo, una mezcla de emociones que no estoy segura de cómo manejar. Cierro los ojos, esperando que la mañana me traiga claridad, pero sé que nada será sencillo en otro lugar. Los desafíos a los que tendré que enfrentarme serán mayores de lo que había imaginado, pero también sé que no puedo darme por vencida. Ni por Hazel y, tal vez, tampoco por James.

Capítulo 4

James

El día comienza como cualquier otro, con la rutina precisa que he establecido para mantener mi vida en un orden casi militar. Me levanto antes del amanecer con el silencio de la casa como único compañero mientras reviso correos y leo informes. Es en estas horas de la madrugada cuando siento que todo está bajo control, cuando todo parece estar en su lugar y la caótica realidad del día aún no se hace presente. Sin embargo, últimamente, ese control que tanto valoro me parece frágil. No es fácil admitirlo, pero todo comenzó cuando Claire Bennett entró en esta casa. No puedo evitar observarla mientras interactúa con Hazel. Lo hago desde las sombras, en silencio, como un guardián que vigila su tesoro máspreciado. Es entonces cuando compruebo que tiene una habilidad para conectar con mi hija, que me resulta desconcertante. Hazel ha estado tan cerrada y tan reacia a cualquier tipo de conexión desde la muerte de Olivia, que la idea de verla sonreír de nuevo se había convertido en una fantasía lejana. Pero ahí está, en la sala de juegos, con Claire a su lado, compartiendo una risa suave y tímida, pero real.

El sonido de esa risa me golpea como un puño cerrado en el estómago. Mi hija, mi Hazel, está sonriendo y no soy yo quien lo ha provocado. La constatación de eso despierta en mí una mezcla venenosa de alivio y celos, emociones que se arremolinan en mi pecho, luchando por imponerse una sobre la otra.

Claire parece moverse con una gracia innata y una suavidad que contrasta con la rigidez de esta casa. La veo inclinarse hacia Hazel, susurrarle algo que hace que mi hija asienta y que la mire con sus grandes y atentos ojos clavados en los suyos. No sé qué le dice, pero la reacción de mi hija es suficiente para hacerme darme cuenta de que, de alguna manera, Claire ha comenzado a llenar un vacío al que yo no he podido ni siquiera acercarme. Debería sentirme aliviado, incluso agradecido, porque mi pequeña necesita precisamente esto, alguien que la haga sentirse segura, querida y que pueda darle lo que yo, con toda mi buena voluntad, no he logrado ofrecerle. Y, sin embargo, cada vez que veo a Claire con ella, una punzada de celos me atraviesa de manera irracional y punzante. Es como si la presencia de la niñera amenazara con borrar lo que queda de Olivia en la vida de mi hija, como si, al aceptar a esta mujer en nuestras vidas, estuviera permitiendo que los recuerdos de mi esposa se desvanecieran poco a poco.

—Papá, ¿quieres jugar con nosotras? —me pregunta Hazel con su voz suave y tímida, sacándome de mis pensamientos.

Me doy cuenta de que ambas me están mirando, Claire con una expresión neutral, pero observadora, y Hazel con esa esperanza en sus ojos que no he visto en tanto tiempo. Su pregunta es simple, pero llena de una complejidad que solo yo puedo entender. Me pide que entre en ese pequeño mundo que Claire ha comenzado a construir con ella, un mundo que sé que está fuera de mi control.

—Tal vez más tarde, cariño. Ahora tengo que terminar algo —respondo, esforzándome por mantener el tono calmado, aunque una parte de mí se siente culpable por la mentira que acabo de decirle.

Hazel asiente, no insiste y eso me hace sentir aún peor. He estado tan alejado de ella y rodeado por mi propio dolor, que parece haber aprendido a no esperar mucho de mí. Me digo que

estoy haciendo lo correcto, que estoy protegiendo a Hazel, a mí mismo, pero la verdad es que la distancia que he creado entre nosotros es una barrera que, si no tengo cuidado, podría volverse infranqueable.

Claire no dice nada, pero puedo sentir su mirada fija en mí, evaluándome de una manera que me resulta incómoda. Es como si intentara descifrar qué me detiene, por qué me mantengo a distancia y eso me pone en guardia. No necesito que me analice ni que me entienda. Solo quiero que haga su trabajo y mantenga su lugar en esta casa. Doy media vuelta, para alejarme de la escena, pero no puedo evitar sentir que algo dentro de mí se ha agrietado. Mientras me dirijo a mi despacho, los sonidos de su conversación, los murmullos suaves y las risas ahogadas, me persiguen. Me siento como un extraño en mi propia casa, como si estuviera observando la vida de otra persona, una vida en la que no tengo cabida.

Me encierro en mi despacho, permitiendo que las paredes se cierren a mi alrededor, para crear un refugio en el que intentar recuperar el control. Pero incluso aquí, la imagen de Claire y Hazel sigue rondando en mi cabeza, como un fantasma que se niega a dejarme en paz.

Ahora puedo permitirme ser débil. Olivia siempre fue el corazón de esta familia, la que mantenía todo unido con su amor, su paciencia y su luz. Sin ella, me he quedado solo con la responsabilidad de proteger a nuestra hija y de asegurarme de que esté a salvo. Pero protegerla no significa ceder el control y la presencia de Claire, con su juventud y su optimismo, la siento como una invasión en la vida que he intentado construir desde que Olivia se fue.

El tiempo pasa lentamente y a pesar de que intento concentrarme en los documentos que tengo frente a mí, en las pruebas e informes del inicio que estoy preparando y que deberían servirme para escapar de mi realidad, no puedo dejar de pensar en lo que está sucediendo al otro lado de la puerta de mi despacho. Claire ha traído algo a esta casa que no puedo controlar, algo que podría cambiarlo todo y eso me aterra.

Más tarde, cuando la casa comienza a sumergirse en la quietud de la noche, voy a cenar con Hazel. Claire ha ayudado a la señora Robertson, nuestra interna, y ya ha preparado la mesa, pero se mantiene al margen. No quiero darle la impresión de que estoy cediendo y de que estoy agradecido por cómo está haciendo su trabajo, aunque en el fondo, sé que lo estoy.

—¿Cómo ha ido el día, cariño? —pregunto, intentando sonar casual, aunque esta conversación me llena de ansiedad.

—Bien, papá —me responde con una pequeña sonrisa que ilumina su rostro—. Claire y yo hemos leído juntas y también hemos estado dibujando.

Sonrío, pero por dentro, mi corazón se aprieta al escuchar lo de *Claire y yo*. Esas palabras, tan simples, contienen tantas implicaciones, que me siento abrumado. Parece que Hazel está comenzando a abrirse y a confiar en Claire y, aunque debería sentirme aliviado, no puedo evitar sentirme reemplazado.

—Eso suena maravilloso, cariño —digo y mi hija asiente con entusiasmo.

El resto de la cena transcurre en un silencio incómodo, roto solo por los ruidos suaves de los cubiertos y los vasos. Claire se mueve con una eficiencia que me irrita y me impresiona a partes iguales. Parece saber exactamente qué hacer para mantener el equilibrio y no invadir nuestro espacio, pero tampoco desaparecer. Es como si entendiera las complejidades de esta casa mejor de lo que estoy dispuesto a admitir.

Cuando Hazel se ha ido a dormir, me encuentro solo con Claire en la cocina. Ella está limpiando los platos con movimientos tranquilos y meticulosos, aunque sabe que ese trabajo corresponde a la señora Robertson.. Hay algo en su presencia que me desconcierta, una calma

que parece desentonar con el caos interno que me invade.

—Gracias por lo de hoy —. Esas palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas.

Claire se gira, sorprendida, pero rápidamente recupera su compostura.

—Es mi trabajo, señor Stone —responde con una sonrisa tenue—. Hazel es una niña maravillosa y es un placer pasar tiempo con ella.

—Sé que es tu trabajo —digo con un tono más brusco de lo que pretendía—. Pero quiero dejar algo claro. Mi prioridad es Hazel. No quiero que... no quiero que se apegue demasiado a usted. Las cosas pueden cambiar rápidamente y no quiero que ella sufra más.

Hay un destello en sus ojos, algo que se asemeja a la comprensión, pero también a la determinación. Es una mirada que me incomoda, porque no estoy acostumbrado a que alguien me mire así, como si fuera capaz de ver más allá de mis palabras, desafiando mi autoridad sin decir nada.

—Entiendo, señor Stone —me dice finalmente—. Pero también creo que su hija merece sentirse segura y tener a alguien en quien pueda confiar y que no se marche de su lado..

Su tono es suave, pero hay una firmeza que me deja sin saber cómo responderle. No es que no quiera que Hazel confíe en alguien, pero la idea de que esa persona no sea yo y que sea Claire quién ocupe un lugar en su vida, que debería ser mío, me llena de una angustia que no puedo evitar.

—Solo ten cuidado —le contesto, aunque me siento ridículo por no ser capaz de articular mejor lo que le quiero decir.

Claire asiente, pero no dice nada más. Termina de limpiar los platos y mientras lo hace, me doy cuenta de que he perdido el control, no solo de esta conversación, sino de algo más profundo, algo que se me escapa de las manos.

Me retiro a mi despacho, cerrando la puerta tras de mí con más fuerza de la necesaria. Me dejo caer en la silla y me paso las manos por el pelo, peinándolo hacia atrás. Empiezo a sentir esta casa, que en teoría es mi hogar, como un lugar extraño, lleno de emociones y tensiones que no sé cómo manejar. No puedo evitar pensar en Olivia. Ella siempre sabía cómo mantener el equilibrio y que todo pareciera fácil. Sin embargo, ahora sin ella, no puedo evitar sentir que cada día pierdo un poco más de lo que una vez tuve.

Claire ha traído con ella un cambio que no he pedido, pero que, de alguna manera, parece inevitable. Mi hija vuelve a sonreír, habla y muestra signos de una felicidad que pensé que había desaparecido para siempre. Y, sin embargo, en lugar de sentir alivio, noto que algo se rompe dentro de mí cada vez que lo veo.

La frialdad que he adoptado hacia Claire es mi única defensa. No puedo permitirme ser vulnerable, no de nuevo. He aprendido la lección más dolorosa de todas: amar a alguien es darle el poder de destruirte. Y ya he sido destruido una vez.

Así que, mientras me siento en la oscuridad de mi despacho, decido que mantendré a Claire a distancia. No importa lo que Hazel sienta, no importa lo que yo empiece a notar en mis propias emociones. Ella es solo una niñera y así debe continuar siendo. Es la única manera de proteger lo que queda de mi vida y de evitar que los fantasmas del pasado vuelvan a devorarme.

Capítulo 5

Claire

La casa de los Stone, con su opulencia intimidante, comienza a convertirse poco a poco en mi nuevo mundo. Cada día al despertarme en mi habitación, una estancia que aún me parece demasiado grande, rodeada de muebles que parecen sacados de una revista de diseño, aunque, en realidad, lo único que resaltan es la falta de calidez que predomina en todo el apartamento. Sin embargo, eso no me despista de mi principal objetivo en esta casa cuando me despierto: Hazel. Por esa razón, cada mañana me concentro en aprender sus rutinas, en descubrir qué la hace sonreír y qué la hace cerrarse en sí misma. No es fácil. Hazel es una niña reservada y, aunque cada día logramos un pequeño avance, siento que debo ser muy cuidadosa, porque algún gesto o alguna palabra mía puede significar la diferencia entre verla florecer o retraerse. Y eso es lo último que quiero.

A lo largo de las semanas, he empezado a llenar los días de la niña con actividades que creo que la hacen feliz. Organizamos tardes de manualidades, donde creamos todo tipo de cosas con papel, pegamento y colores, también salimos a Central Park para recoger flores y luego las prensamos entre las páginas de libros viejos y leemos juntas cada noche, explorando mundos de fantasía donde todo es posible. Poco a poco, veo cómo Hazel comienza a abrirse y a confiar en mí. Sin embargo, la presencia constante de James es un reto completamente diferente. Su figura imponente y su actitud reservada crean un ambiente de tensión en la casa que me resulta imposible de ignorar. Hay días en los que parece interesado, cuando se une brevemente a nuestras actividades o me pregunta cómo está Hazel, pero esos momentos son fugaces. Tan rápido como se acerca, se vuelve a retirar de nuevo, sumido en ese mundo solitario y frío que ha construido alrededor de sí mismo. Su comportamiento contradictorio me pone nerviosa. Nunca sé qué esperar de él y eso me inquieta. Es como si caminara sobre una fina capa de hielo, temerosa de que un paso en falso pueda romper el frágil equilibrio que hemos establecido. No puedo evitar sentirme confundida y atrapada entre la profesionalidad que debo mantener y una atracción que comienza a surgir en lo más profundo de mi ser. Intento no pensar en la forma en que James se mueve por la casa, ni en cómo su presencia parece llenar cada espacio, incluso cuando no está en la misma habitación que yo. Pero es difícil. Hay algo en él que me atrae, a pesar de que sé que no debería sentirme atraída por él. Lo que siento es una atracción silenciosa y peligrosa, como un secreto que no debe ser revelado. Y, sin embargo, está ahí, creciendo cada vez que nuestros caminos se cruzan y cada vez que nuestros ojos se encuentran, aunque solo sea por un breve instante.

Esta tarde, mientras estoy en la cocina preparando la merienda para Hazel, James entra. No es habitual verlo en casa a esa hora y, menos aún, en la cocina, por lo que su presencia me toma por sorpresa, al igual que la tensión que provoca en el ambiente.

—¿Cómo está Hazel? —pregunta con tono neutral, casi distante.

Levanto la vista del plato de frutas que estoy cortando y lo encuentro observándome con esa mirada penetrante, que siempre parece buscar algo más allá de lo que digo.

—Está bien —respondo tratando de mantener la voz relajada—. Hemos estado en el parque, le encantan las flores y, después, hemos estado haciendo algunos dibujos.

James asiente, pero no dice nada más. Se acerca a la mesa, apoyando una mano en el

respaldo de una silla, como si estuviera pensando en sentarse, pero finalmente decide no hacerlo. Hay algo en su postura que me hace pensar que quiere decir algo más, pero no estoy segura de qué.

—Me alegra saber que se lo pasa bien —dice finalmente, pero su voz tiene una nota de tristeza, que me hace sentir un nudo en el estómago.

—Hazel es una niña maravillosa —respondo con la necesidad de decir algo que alivie su tristeza—. Es muy creativa y tiene un corazón enorme. Solo necesita tiempo.

—Tiempo... —James repite la palabra—. Eso es algo que no puedo darle.

Quiero decirle que no es cierto, pero me detengo. Así que me limito a asentir y vuelvo a mi tarea, aunque siento su mirada fija en mí, como si estuviera esperando algo de mí que no sé qué es.

—Claire —dice de repente con voz más suave—. Te agradezco lo que estás haciendo por Hazel.

 Mi corazón da un vuelco al escuchar mi nombre en sus labios, dicho de esa manera. —Es un placer para mí —respondo levantando la mirada hasta encontrarme con la suya.

Hay un momento, apenas un segundo, en el que siento que algo cambia en el aire entre nosotros. Pero, al igual que todas las veces anteriores, se retrae antes de que pueda profundizar en esa conexión. Da un paso atrás y rompe nuestro contacto visual, y casi puedo ver cómo se cierra sobre sí mismo, regresando a esa actitud fría y distante que tanto lo define.

—Debo volver al trabajo —dice de nuevo con su tono habitual—. Gracias por cuidar de Hazel.

Antes de que pueda responder, se da la vuelta y sale de la cocina, dejándome sola y con esa sensación de haber estado a punto de tocar algo profundo, pero que se me ha acabado escapando entre los dedos.

Paso el resto de la tarde en una especie de niebla emocional, luchando por concentrarme en la niña, aunque mis pensamientos siguen regresando a ese momento compartido con él en la cocina. Intento racionalizarlo, decirme que no significa nada, que solo estoy proyectando mis propias emociones en alguien que claramente no está interesado en nada más allá de lo estrictamente profesional. Pero es difícil, sobre todo cuando veo cómo a Hazel se ilumina la carita cada vez que su padre está cerca, aunque él trate de mantener la distancia.

La cena es un momento tenso, como suele serlo en esta casa. Hazel se sienta entre su padre y yo, come en silencio mientras James y yo intercambiamos las palabras justas para mantener una apariencia de normalidad. Es como si ambos estuviéramos actuando en una obra de teatro, que ninguno de los dos quiere protagonizar, pero que nos vemos obligados a seguir adelante.

Después de acostar a Hazel, me retiro a mi habitación, donde la soledad de la noche se convierte en mi única compañía. Me dejo caer en la cama, agotada, pero incapaz de relajarme. Mi mente sigue reproduciendo cada interacción, cada mirada y cada palabra que he compartido con él. Intento descifrar a James, pero es como intentar leer un libro con las páginas en blanco. Hay algo en él, algo que me atrae y me repele al mismo tiempo, una complejidad que no logro entender y que me desconcierta. No obstante, sé que lo que me sucede es inapropiado y que no debería estar sintiendo esto. Pero no puedo evitarlo. James Stone es un hombre marcado por el dolor, alguien que ha construido murallas tan altas y gruesas que dudo que alguna vez las derrumbe. Y, sin embargo, cada vez que veo un atisbo de vulnerabilidad en él, algo dentro de mí

se enciende y soy incapaz de apagarlo.

Niego con la cabeza. No debería estar aquí, acostada en esta cama, pensando en él de esta manera. Debería concentrarme en mi trabajo, en Hazel y en hacer de esta casa un lugar seguro para ella. Pero es como si una parte de mí, una parte que había enterrado hace mucho tiempo, estuviera despertando lentamente, atraída por el misterio que él representa.

Al final, me levanto de la cama y me dirijo al balcón de mi dormitorio, esperando que el aire fresco de la noche me despeje. Me apoyo en la barandilla y observo Central Park, que se extiende como un océano oscuro bajo la luz de la luna. Pienso en mi vida antes de llegar aquí, en los sueños que tenía y en las esperanzas que me trajeron hasta Nueva York. Todo parecía muy sencillo y claro entonces. Pero ahora, me encuentro atrapada en un torbellino de emociones que no esperaba y en una vida que no había planeado. No sé qué me depara el futuro en esta casa, ni cómo evolucionarán las cosas entre James y yo. Lo único que sé es que debo ser fuerte, por Hazel y por mí misma. No puedo permitirme perder el control, ni puedo permitir que esta atracción fuera de lugar que siento me desvíe de lo que realmente importa.

Pero mientras contemplo el cielo nocturno, no puedo evitar preguntarme qué pasaría si las cosas fueran diferentes. ¿Qué pasaría si James permitiera que alguien se acercara a él? ¿Qué pasaría si yo fuera esa persona? Son preguntas peligrosas y que no debería estar haciéndome, sin embargo, ahí están, persistentes y negándose a desaparecer de mi cabeza.

Finalmente regreso a la cama, decidida a dejar atrás esos pensamientos, al menos por esta noche. Cierro los ojos e intento ahuyentar las imágenes de James que siguen rondando en mi cabeza. Pero mientras el sueño comienza a arrastrarme, no puedo evitar sentir que estoy jugando con fuego y que esta atracción, por mucho que intente negarla, está destinada a complicarlo todo.

Capítulo 6

James

El reloj en mi despacho marca las nueve de la noche cuando finalmente me obligo a cerrar el portátil. Siento que el silencio que me rodea, me ahoga más que de costumbre, y una inquietud que no logro definir que me mantiene en vilo. La jornada ha sido larga en el despacho de abogados, que un día perteneció a mi padre y que ahora es mío porque soy su único heredero. He tenido un día lleno de reuniones interminables y decisiones que deben tomarse con precisión milimétrica. Sin embargo, a pesar de todo lo que ha sucedido hoy, es la ausencia de un ruido lo que realmente capta mi atención.

Me pongo de pie y estiro los músculos, que protestan por las horas pasadas en la misma posición. Camino hacia la ventana y miro hacia al exterior, ahora sumido en la oscuridad. El viento frío hace ondear las ramas de los árboles y me doy cuenta de que las luces de la habitación de Hazel, visibles desde aquí, están apagadas. No es inusual que se acueste temprano, pero hay algo en esta quietud que reina en la casa, lo que me inquieta..

Salgo del despacho y camino por el largo pasillo hacia su habitación, haciendo resonar mis pasos sobre las baldosas de mármol. La casa está demasiado callada y vacía y una sensación extraña comienza a apoderarse de mí. Cuando llego a la puerta de Hazel, toco suavemente, y espero a escuchar su voz, pero no hay respuesta. La abro con cuidado y veo la estancia a oscuras. Mis ojos tardan un momento en acostumbrarse, pero cuando lo hacen, la veo: Hazel está en su cama, hecha un ovillo bajo las mantas.

—Hazel —murmuro para no asustarla cuando estoy junto a ella—. Cariño, ¿estás despierta?

Cuando no responde, me inclino para darle un beso en la frente, pero al hacerlo, me doy cuenta de que está ardiendo. El calor que emana de su cuerpo me atraviesa como una puñalada, despertando el pánico que siempre está al acecho, esperando cualquier excusa para explotar. Mis dedos tiemblan mientras acaricio su mejilla, esperando que abra los ojos.

—Hazel, despierta, por favor—insisto con más urgencia.

Su pequeña figura se remueve bajo las mantas y cuando finalmente abre los ojos, me encuentro con una mirada vidriosa y perdida en un mar de fiebre.

—Papá... —me susurra de forma débil, casi imperceptible.

—Estoy aquí, Hazel. Estoy aquí, cariño —le digo en voz demasiado alta, aunque sé que mis palabras no pueden aliviar el malestar que sé que siente.

En ese momento, la puerta se abre detrás de mí y Claire entra en la habitación, quizá alertada por mis gritos. Sin decir una palabra, se acerca rápidamente a la cama y nos mira a Hazel y a mí buscando respuestas.

—Está ardiendo de fiebre —digo con la voz más áspera de lo que pretendía—. ¿No se ha quejado en todo el día? No sé cuánto tiempo lleva así.

Claire niega con la cabeza y se sienta en la cama junto a Hazel y le toma la mano, hablando en un tono bajo y calmado.

—Hazel, cariño, necesito que te quedes despierta un poquito más, ¿de acuerdo? Voy a buscar algo que te ayudará a sentirte mejor —le dice, aunque mi hija apenas puede asentir.

Me quedo paralizado por un segundo, sin saber qué hacer, hasta que Claire me mira y me dice con firmeza

—James, necesitamos bajar su fiebre. ¿Tienes algún medicamento para niños? —pregunta, aunque su tono deja claro que no solo me está preguntando, sino dirigiendo la situación.

—Sí, en el botiquín del baño —respondo y antes de que pueda procesarlo, ya estoy en camino.

Encuentro el medicamento rápidamente y regreso a la habitación, donde Claire ha conseguido que Hazel se incorpore un poco en la cama. Su habilidad para mantener la calma en medio de esta tormenta es algo que admiro, aunque en este momento, todo lo que siento es desesperación.

—Aquí está —digo dándole la medicina.

Claire toma la botella, mide la dosis con precisión y luego la acerca a los labios de Hazel. La niña obedece, pero cada movimiento es lento, pesado, como si el simple acto de tragar le exigiera un esfuerzo monumental. Verla así, tan frágil y vulnerable, hace que mi corazón se contraiga de miedo.

—Lo estás haciendo muy bien, cariño —murmura Claire mientras acaricia el cabello de mi hija—. Ahora solo necesitas descansar. Vamos a quedarnos aquí contigo, no te preocupes.

La gratitud que siento por Claire en este momento es indescriptible, pero también siento algo más, algo que no puedo permitir que crezca dentro de mí. Esta mujer, con su capacidad para entrar en nuestras vidas y cuidar de Hazel con una facilidad que yo no tengo, está rompiendo las barreras que he construido a mi alrededor, y eso me aterra.

Nos turnamos para cuidar de Hazel durante la noche. A veces, es Claire quien se sienta junto a la cama, murmurando palabras tranquilizadoras, mientras yo me quedo en la puerta, observando con una mezcla de alivio y recelo. Otras veces, soy yo quien toma su lugar, sintiendo el peso de la responsabilidad como una losa sobre mis hombros. En esos momentos, Claire se retira, pero nunca se aleja demasiado y permanece preparada para intervenir si es necesario en cualquier momento.

Hay momentos en los que nuestras manos se rozan al pasar un paño frío sobre la frente de Hazel o cuando uno de nosotros le ofrece agua. En esos instantes, son esos roces fugaces, aunque no intencionados, los que me sacuden de una manera para la que no estoy preparado. Cada vez que su piel entra en contacto con la mía, siento una corriente que me atraviesa, un recordatorio doloroso de lo que he perdido y de lo que, tal vez, podría encontrar si tan solo estuviera dispuesto a abrirme. Pero no lo estoy.

Horas después, cuando la fiebre finalmente empieza a bajar, Hazel se queda dormida y su respiración vuelve a tener un ritmo más regular, me permito relajarme solo un poco, aunque sigo preocupado. Me levanto de la silla junto a su cama y me acerco hasta la ventana.

—James —Claire me llama, suave pero firme.

Me giro y la encuentro de pie detrás de mí, con la cara iluminada solo por la tenue luz de la lámpara de la mesita de noche. Hay una suavidad en sus ojos que me desarma y una comprensión que me hace sentir más vulnerable de lo que me gustaría admitir.

—Gracias por quedarte —digo con la voz rasposa, como si las palabras se atascaran en mi garganta.

—No tienes que agradecerme —responde ella, dando un paso hacia mí—. Estoy aquí para Hazel... y para ti también.

Su proximidad y el calor que emana de su cuerpo es casi abrumador. La miro y, por un breve instante, me permito bajar las defensas que tanto me he esforzado en alzar. Veo en sus ojos una preocupación real, una conexión que va más allá de lo profesional, y eso me asusta.

—No sé qué habría hecho sin ti esta noche —confieso, aunque no estoy seguro de por qué. Tal vez es el agotamiento o la soledad que llevo arrastrando desde hace tanto tiempo. Pero en este momento, necesito que alguien lo sepa y que entienda lo perdido que me siento.

—No estás solo, James —dice ella y esas palabras, aunque son simples, están llenas de significado y me golpean con una fuerza inesperada.

Nos quedamos ahí, en la penumbra, en un silencio que no necesita que llenemos con palabras. La presencia de Claire y su apoyo inquebrantable, me da un consuelo que no sabía que necesitaba. Pero también me recuerda lo peligroso que es dejar que alguien entre en mi vida de esta manera. No puedo permitirme depender de ella, ni sentir lo que estoy empezando a sentir.

Finalmente, me aparto, rompo el contacto visual y vuelvo a levantar las barreras que por un momento había dejado caer.

—Debemos descansar. Mañana será un día largo —digo tratando de sonar firme y distante, aunque sé que mi voz no me obedece del todo.

Claire asiente, pero antes de salir de la habitación, coloca una mano en mi brazo, un gesto breve, pero que dice más de lo que las palabras podrían expresar. La calidez de su tacto queda impresa en mi piel incluso después de que se haya ido y cuando finalmente me quedo solo, no puedo evitar desear que no se hubiera alejado.

Vuelvo a la cama de Hazel, para asegurarme de que está cómoda y de que la fiebre no ha vuelto. Al observar su expresión tranquila, siento una oleada de alivio mezclada con una tristeza profunda. Esta noche, me ha recordado lo frágil que es la vida y lo rápido que todo puede cambiar. Y también me ha mostrado algo que no quería ver: que, a pesar de todos mis esfuerzos por mantenerme distante, Claire ha encontrado una manera de atravesar las barreras que tanto me esfuerzo por mantener elevadas.

Me siento en la silla junto a la cama observando cómo duerme mi hija. Mientras la casa se sumerge en el silencio de las últimas horas de la madrugada, mi mente sigue girando en torno a la mujer que, sin quererlo, ha comenzado a ocupar un espacio que no estoy seguro de poder permitirle.

No puedo negar lo que ha sucedido esta noche, ni puedo ignorar lo que comienza a surgir dentro de mí. Pero mientras me quedo aquí, velando el sueño de Hazel, me prometo a mí mismo que haré todo lo posible por mantener esas emociones bajo control. Porque lo último que quiero es abrir la puerta al dolor nuevamente. No puedo permitirme ese lujo. No puedo permitirme volver a amar.

Capítulo 7

Claire

El sol se cuela tímidamente entre las cortinas de mi habitación y me despierta. Abro los ojos lentamente y me muevo bajo las sábanas. Estoy cansada por haber pasado casi toda la noche en vela cuidando de Hazel. En ese instante, la imagen de la niña, frágil y febril, se impone en mi mente, seguida de la presencia constante de James preocupado a mi lado. Me incorporo en la cama, dejando que los recuerdos de la noche pasada me inunden. Y en mi mente se dibuja la forma en la que James sostenía la mano de su hija, como le susurraba que enseguida se pondría bien y la vulnerabilidad que se coló en su mirada, que normalmente es del todo impenetrable, algo que ha logrado conmoverme profundamente. Sacudo la cabeza, intentando deshacerme de esos pensamientos, porque no puedo permitirme ir por ese camino. Tengo que tener claro que mi trabajo aquí es cuidar de Hazel, y no puedo dejarme llevar por sentimientos inapropiados hacia su padre. Pero, a pesar de mis intentos por negarlo, siento que algo ha cambiado dentro de mí.

Tras una ducha rápida, me visto con un vestido azul claro y unos zapatos cómodos, un atuendo sencillo en contraste con la opulencia de la casa, pero que es más que suficiente para el día que me espera. Antes de salir de la habitación, me detengo frente al espejo, para observarme. Mis ojos revelan una mezcla de emociones que no puedo ignorar: preocupación, deseo y, sobre todo, una confusión que me pesa en el alma.

Camino hacia la cocina, donde espero encontrar a Hazel desayunando. Al entrar, la encuentro sentada a la mesa, con una taza de chocolate caliente entre sus manos. Sus mejillas aún están pálidas, pero sus ojos brillan con más vida que la noche anterior.

—¡Buenos días, cariño! —exclamo esforzándome por transmitir alegría.

Ella levanta la vista y me dedica una sonrisa tenue.

—Buenos días, Claire —me dice a media voz.

—¿Cómo estás? ¿Te encuentras mejor? —pregunto acariciándole una de sus mejillas.

—Sí, aunque papá ha dicho que me quede en casa hoy y que no vaya al cole.

—Eso suena bien. Podemos pasar el día juntas jugando y así te recuperarás antes.

Hazel asiente y toma otro sorbo de su taza. Mis ojos se deslizan hacia la puerta cuando escucho pasos al otro lado. James aparece, impecablemente vestido con un traje gris, y en su rostro su habitual máscara de seriedad.

—Buenos días —saluda, dirigiéndose principalmente a la cría.

—Buenos días, papá —responde ella, esbozando otra sonrisa.

—¿Cómo te sientes, princesa?

—Mejor. Claire y yo vamos a jugar hoy.

James asiente. Por un instante, nuestros ojos se encuentran, y espero percibir algún rastro de la conexión que sentimos anoche, pero su expresión es impenetrable, fría.

—Gracias por cuidar de Hazel, Claire —dice con tono formal.

—Lo hago encantada—respondo, intentando mantener la compostura.

—Debo irme. Tengo un juicio importante. Volveré tarde.

Se inclina para besar la frente de Hazel y, sin más, sale de la cocina. Me quedo allí, sintiendo una punzada de decepción. La calidez y vulnerabilidad que mostró anoche han desaparecido, reemplazadas por su habitual distancia.

—Papá siempre tiene trabajo —murmura Hazel, mirando su taza con gesto triste.

—Él te quiere mucho, Hazel, pero tiene muchas responsabilidades.

—Lo sé —susurra, aunque su voz revela una tristeza que me parte el corazón.

En ese momento, Decido que hoy haremos actividades que la hagan sentir especial y querida. Pasamos la mañana inventando historias y disfrazándonos. Su risa llena la habitación cuando interpreto voces ridículas para los personajes, y por un momento, olvido mis propias preocupaciones.

Después del almuerzo, la niña se queda dormida en el sofá, agotada aún por la noche que ha pasado. La cubro con una manta y voy a la biblioteca. La biblioteca es uno de mis lugares favoritos del apartamento. Las paredes están cubiertas de estanterías, que van desde el suelo hasta el techo, repletas de libros de todos los géneros. La luz suave que se filtra a través de las ventanas crea un ambiente acogedor en medio de la inmensidad de la casa. Mientras paseo mis dedos por los lomos de los libros. Mis pensamientos vuelven a James y a la frialdad con la que me ha tratado esta mañana.

Suspiro, dejándome caer en uno de los sillones y echo la cabeza hacia atrás y clavo la mirada en el techo. Resoplo sonoramente y cierro los ojos. Sé que mis sentimientos por él van más allá de la simple atracción física. Pero también soy consciente de las barreras que nos separan: la diferencia de edad, de clases, y, sobre todo, nuestra relación profesional.

Mientras no dejo de darle vueltas a todo esto, la puerta de la biblioteca se abre, y para mi sorpresa, entra James y al verme, parece tan sorprendido como yo de encontrarnos aquí.

—No esperaba encontrarte en la biblioteca —me dice, cerrando la puerta detrás de él.

—Hazel está durmiendo, así que he pensado en aprovechar para leer un poco —le respondo, intentando sonar casual, aunque un poco avergonzada de que me haya descubierto allí.

Él asiente y se acerca hasta una de las estanterías que hay al otro lado de la estancia. La tensión en el aire es palpable y siento cómo mi corazón se acelera. Quizás esta sea mi oportunidad de abordar lo que sucedió anoche.

—James —comienzo levantándome del sillón—. Quiero hablar contigo sobre anoche.

Al oírme, veo cómo se tensa al instante y sus dedos se detienen sobre el lomo de uno de los libros que tiene frente a él en la estantería.

—No hay nada de lo que hablar, Claire. Hiciste tu trabajo y te lo agradezco —me dice antes de dejarme hablar.

—No es solo eso. Siento que... hubo una conexión. Que ambos mostramos facetas que normalmente ocultamos.

Sus ojos se fijan en los míos, fríos y distantes.

—Claire, aprecio tu ayuda, pero creo que estás malinterpretando las cosas —me dice con tono seco.

Al escucharle, siento como si me hubieran arrojado un balde de agua fría. La forma en que descarta mi intento de acercamiento, me hiere más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—Entiendo —murmuro mientras bajo la mirada.

—Es mejor mantener las cosas en el ámbito estrictamente laboral. Por el bien de Hazel.

Asiento, sintiendo una mezcla de humillación y tristeza.

—Por supuesto. Disculpa si te he hecho sentir incómodo —le respondo tratando de aguantarme las lágrimas.

—Yo ahora debo regresar al bufete. Volveré tarde —me dice y toma un libro de la estantería y, sin mirarme, sale de la biblioteca. Me quedo allí, sintiendo cómo mis lágrimas

amenazan con desbordarse. ¿Cómo he podido ser tan ingenua? Debería haber sabido que un hombre como James Stone nunca vería nada más allá de nuestra relación laboral.

Recupero la compostura y regreso al salón, donde Hazel aún duerme plácidamente en el sofá. Me siento a su lado y observo su gesto sereno. Ella es la razón por la que estoy aquí, debo recordarlo. No puedo permitir que mis sentimientos compliquen mi trabajo y, sobre todo, mi relación con Hazel.

La tarde transcurre con calma. Hazel despierta con más energía y pasamos el tiempo dibujando y contando historias. Su risa es un bálsamo para mi alma herida, recordándome que, a pesar de todo, estoy aquí por ella.

Al anoecer, preparo la cena junto a Hazel, que insiste en ayudarme y darle descanso a la señora Robertson. Así que juntas preparamos su plato favorito: macarrones con queso. Su entusiasmo es contagioso, y por un momento, logro olvidar la fría conversación que tuve con James esta mañana. Mientras cenamos, la niña habla animadamente sobre las historias que hemos leído esta tarde y los dibujos que hemos hecho. Sin embargo, su mirada se dirige constantemente hacia la puerta, esperando a que llegue su padre. Cada minuto que pasa sin él, su ánimo decae un poco más.

—¿Crees que papá vendrá a cenar? —pregunta con la voz cargada de esperanza.

—No lo sé, cariño. Dijo que vendría tarde, pero quizás llegue a tiempo para que puedas verlo antes de irte a la cama.

Pero el tiempo pasa y James no aparece. Veo la decepción en los ojos de la niña y me esfuerzo por mantener el ambiente alegre.

—¿Qué te parece si vemos una película antes de dormir? —sugiero.

—¡Sí! Quiero ver *Frozen*—me dice con entusiasmo y yo no puedo evitar sonreír al verla de nuevo contenta.

Preparamos palomitas y nos acurrucamos en el sofá del salón, para sumergirnos en el mundo mágico de la pantalla. Hazel se ríe y canta las canciones de la película con una sonrisa, consiguiendo contagiarme con su felicidad. A mitad de la película, escucho la puerta principal cerrarse y Hazel se incorpora con la mirada brillante por la emoción.

—¡Papá!

James entra en el salón con gesto cansado, pero se le ilumina la cara al ver a su hija.

—Hola, princesa. ¿Qué haces despierta a esta hora?

—Estamos viendo *Frozen*. ¿Quieres verla con nosotras? —le pregunta Hazel con ojos suplicantes.

Él duda por un momento, mirando su reloj.

—Solo un ratito, ¿eh?

Hazel aplaude emocionada y le hace espacio en el sofá entre nosotras. James se sienta y la cercanía de nuestros cuerpos me pone nerviosa. Puedo oler su colonia, una mezcla sutil de madera y especias que me resulta embriagadora. La película continúa y siento cómo aumenta la tensión en mi cuerpo. Soy consciente de cada movimiento y de cada respiración que James hace. Pese a que intento concentrarme en la pantalla, su presencia a mi lado es abrumadora y no lo consigo. Hazel se acurruca contra su padre, mientras lucha por mantener los ojos abiertos. Los observo y la escena me parece tan íntima, que me siento como una intrusa sentada junto a ellos en el sofá.

—Parece que alguien está lista para ir a dormir —murmura James, mirando a su hija.

—No... quiero... terminar... la peli —balbucea Hazel mirándolo con párpados pesados.

—Podemos terminar de verla mañana, princesa.

Hazel asiente débilmente, sucumbiendo al sueño. James la toma en sus brazos, levantándose con facilidad.

—Yo la llevo a su habitación —le ofrezco, poniéndome de pie.

—No, yo lo hago. Gracias.

Asiento, sintiendo una vez más esa barrera invisible que James ha levantado entre nosotros y me quedo donde estoy observándole mientras sale del salón con Hazel en los brazos. Sus pasos se pierden en la distancia, mientras yo me quedo, sumida en mis pensamientos. Decido apagar la televisión y recoger las palomitas esparcidas por el suelo. Mientras limpio, no puedo dejar de darle vueltas a la situación. Está claro que James no tiene interés en una relación conmigo más allá de lo profesional. Su actitud y sus palabras distantes me lo han dejado claro. Así que debo aceptar que mis sentimientos no son correspondidos y que, por el bien de todos, especialmente de Hazel, es mejor mantener las cosas como están. Además, no puedo permitirme alimentar unas esperanzas, que solo me van a acabar provocando más dolor.

Cuando termino de limpiar, voy hacia mi habitación. Mientras camino por el pasillo, escucho voces provenientes de la habitación de Hazel. Me detengo y escucho a James cantarle una canción de cuna a la niña. Su voz, suave y melódica, llena el aire, y siento una punzada en el corazón, al constatar que es un padre amoroso, capaz de mostrar una ternura a la niña, que a mí me niega. Me alejo, para respetar su intimidad y entro en mi habitación. Cierro la puerta y me dejo caer en la cama exhausta tanto física como emocionalmente.

Mañana será un nuevo día, una nueva oportunidad para centrarme en lo que realmente importa: Hazel. Debo dejar de lado mis sentimientos por James y recordar cuál es mi propósito aquí. Pero mientras cierro los ojos, la imagen de James con Hazel en brazos cantándole invade mis pensamientos. Y, a pesar de mis esfuerzos por contenerme, una lágrima solitaria rueda por mi mejilla, llevándose consigo la esperanza de lo que nunca podrá ser.

Capítulo 8

James

El apartamento está en silencio, mientras camino por los pasillos con pasos firmes oyendo el eco de mis zapatos contra el mármol, que parece resonar más fuerte dentro de mi cabeza, acompañando el tumulto de pensamientos que no he podido calmar desde que Claire entró en nuestras vidas. Hay algo en ella que me perturba, algo que ha empezado a penetrar las capas de protección que construí alrededor cuando Olivia murió. Pienso en Claire cuando sé que no debería hacerlo, pero no puedo evitar preguntarme lo que estará haciendo en cada momento, si estará cuidando de Hazel o si estará bien. Es algo que no puedo permitirme, porque es una debilidad que me pone en peligro. Porque permitirme sentir algo por otra mujer sería traicionar a todo lo que Olivia representaba para mí. Niego con la cabeza y me detengo en seco frente a la puerta del despacho e inhalo aire profundamente, mientras intento ordenar mis pensamientos. Necesito mantener la distancia y ser más frío y distante. Esa es la única manera que tengo de asegurarme de que estos sentimientos que anidan en mi pecho no crezcan, ni me atrapen en una espiral de emociones que no quiero, ni estoy preparado para hacerles frente. Empujo la puerta y entro en el despacho, dejando que la familiaridad del espacio me envuelva. Aquí, rodeado de papeles, informes y la luz tenue que se filtra por las cortinas, es donde me siento más seguro de quién soy y de lo que debo hacer. Pero hoy, incluso este santuario parece tener grietas. Me acerco al escritorio, dejando caer mi peso en la silla de cuero que ha sido testigo de tantas noches solitarias. Miro el ordenador, esperando que el trabajo me absorba, pero mi mente sigue regresando a ella una y otra vez. Claire. Su sonrisa, su risa suave cuando está con Hazel y la manera en que sus ojos se iluminan cuando habla de algo que la apasiona. Todo en ella es una contradicción a la oscuridad en la que vivo desde la muerte de Olivia. Y es precisamente esa luz, su luz, lo que más me asusta.

—Tengo que parar esto—murmuro para mí mismo.

La culpa me corroe. Si dejo que Claire se acerque más, si me permito sentir algo por ella, ¿qué significará eso para la memoria de mi esposa? Es como si cada vez que pienso en Claire, estuviera apartando a Olivia un poco más de mí, borrando su rostro, su voz y su amor. No puedo traicionar su memoria de esa manera. Tengo que mantenerme más distante y mantener a Claire en su lugar. Ella es la niñera de Hazel, nada más. Por mucho que Hazel parezca florecer bajo su cuidado y sonría más cuando ella está cerca, sé que debo mantener la relación con Claire en el ámbito profesional. Es la única manera de protegernos a ambos y, en especial, de proteger a mi hija de un dolor que ya le ha hecho demasiado daño.

Pero cuando finalmente me levanto de la silla, decidido a llevar a cabo mi plan, siento una punzada de duda dentro de mí. ¿Es posible apagar algo que parece encenderse cada vez que la veo? Me obligo a recordar por qué es necesario. Olivia era mi todo y dejar que Claire ocupe un espacio en mi corazón sería un acto de traición. Camino hacia la ventana y miro hacia el parque donde Hazel y Claire suelen pasar tiempo juntas. A esta hora, el jardín está vacío y mis pensamientos se vuelven hacia la última noche que pasamos juntos, cuando mi hija enfermó. Recuerdo cómo Claire y yo cuidamos de ella y cómo me sentí al ver a Claire tan calmada y segura de sí misma. Hubo un momento en el que noté una conexión con ella, que no había sentido desde que Olivia murió y casi permití que mis defensas cayeran.

Me aparto de la ventana, incapaz de soportar ese recuerdo. Esta conexión es lo que necesito destruir. No puedo permitir que crezca, ni que se convierta en algo más. Es un riesgo que no estoy dispuesto a correr.

De repente, el sonido de una risa infantil atraviesa el silencio, seguida por la voz cálida de Claire. Ese sonido me coge desprevenido. Me esfuerzo por ignorarlo, por fingir que no me afecta, pero la verdad es que lo hace profundamente. Salgo del despacho y voy a la cocina, a buscar algo que me distraiga, cualquier cosa que me aleje de esos pensamientos. Pero cuando llego, Claire está allí, preparando algo para Hazel.

—Buenos días, James —dice sin levantar la vista del plato con tono amable pero profesional.

—Claire —le respondo haciendo el esfuerzo por mantener un tono neutro.

Se hace un silencio incómodo y, por un momento, no sé qué más decir. Normalmente, estaría contento con esta falta de conversación, pero hoy, no sé por qué, me pesa como una carga. Ella parece notar la tensión, porque sus movimientos se vuelven más contenidos.

—¿Cómo está Hazel esta mañana? —pregunto buscando algo para romper el hielo.

—Mucho mejor. No tiene fiebre y está de buen humor. Estoy planeando hacer algunas actividades tranquilas con ella esta tarde, para que no se agote.

Asiento, sintiéndome un poco más aliviado por las noticias. Pero en lugar de marcharme de la cocina, me quedo allí, observando cómo hace sus tareas. Hay algo en su presencia que me calma, aunque al mismo tiempo me altera. Es esa dualidad la que me tiene atrapado, la que me obliga a luchar contra mis propios sentimientos.

—Claire —comienzo a decir con la voz más baja de lo que pretendo—. He estado pensando...

Ella se detiene y levanta la vista para mirarme. Sus ojos son una mezcla de curiosidad y algo más que no logro descifrar.

—Sobre anoche y sobre lo que ha estado pasando entre nosotros —digo obligándome a continuar.

Veó cómo su expresión cambia y se vuelve más tensa.

—James, si he hecho algo que te incomoda, lo lamento —me dice con voz suave pero firme.

—No es eso —niego con la cabeza con frustración por no encontrar las palabras adecuadas—. Es solo que... esto no debería estar sucediendo.

—¿A qué te refieres?

Su pregunta me toma por sorpresa, como si realmente no entendiera lo que estoy tratando de decir, o tal vez solo está esperando que sea yo quien lo admita. Me esfuerzo por no dejar que la conversación se desvíe.

—Nosotros —digo y paro para tomar aire—. No puede haber un *nosotros*. Tú eres la niñera de Hazel. No deberíamos... no deberíamos mezclar las cosas.

Veó cómo su rostro se endurece ligeramente, como si mis palabras la hubieran herido más de lo que esperaba.

—James, lo único que quiero es hacer bien mi trabajo, cuidar de Hazel y asegurarme de que esté feliz y bien. Pero si sientes que estoy cruzando algún límite, haré todo lo posible para evitarlo de ahora en adelante.

Su tono es profesional, pero debajo de él percibo que hay algo más, algo que me hace sentir culpable por haber empezado esta conversación. Quiero decirle que no es su culpa, que soy

yo quien está luchando con sentimientos que no debería tener, pero sé que no sería justo.

—Es lo mejor para todos —murmuro, más para mí que para ella.

Claire asiente lentamente, pero en sus ojos veo la confusión y la herida que le he causado. Quiero tocarla, disculparme, pero en lugar de eso, me doy la vuelta y me alejo, sintiendo cómo la distancia entre nosotros crece con cada paso que doy. Es lo que debo hacer, lo que tengo que hacer para protegerme a mí y a mi hija. Pero entonces, ¿por qué siento que he cometido un error?

Paso el resto del día sumido en el trabajo, tratando de ahogar los pensamientos y las emociones que no dejan de asaltarme. Cada correo e informe es un intento desesperado de recuperar el control que siento que estoy perdiendo. Pero incluso en medio del bullicio de mi trabajo de abogado, la imagen de Claire dolida por mis palabras continúa atormentándome.

Cuando finalmente regreso a casa esa noche, continuo sintiendo pesado el ambiente, porque sigue cargado de la tensión que yo mismo he creado. Hazel ya está dormida y la casa está en silencio, excepto por los pasos suaves de Claire en la cocina. La encuentro allí, limpiando los restos de la cena con movimientos automáticos, como si su mente estuviera en otro lugar.

—Claire —la llamo con la voz ronca por el cansancio.

Ella se detiene, pero no se gira para mirarme.

—¿Sí?

—Gracias por hoy... y por todo lo que haces por Hazel.

Finalmente, se gira para mirarme y en ese instante veo una frialdad en su mirada, que me cuesta mucho evitar.

—Es mi trabajo, James. Buenas noches.

Y con esas palabras, se aleja, dejándome solo en la cocina, rodeado por el eco de la decisión que he tomado. Me digo a mí mismo que he hecho lo correcto, que esta distancia es necesaria. Pero mientras subo las escaleras hacia mi habitación, no puedo evitar sentir que algo se ha roto, algo que tal vez no podré reparar.

Me quedo despierto mucho tiempo después de que la casa se haya sumido en la oscuridad, luchando contra los fantasmas que he invocado. Olivia, Claire, Hazel... todas ellas giran en mi mente como un torbellino de recuerdos y emociones que no sé cómo manejar. Y mientras el reloj avanza, me doy cuenta de que no importa cuánto intente alejarme, ni lo frío que procure ser con ella, los sentimientos que he estado reprimiendo siguen ahí, esperando su oportunidad para reclamar lo que queda de mi corazón.

Pero no puedo permitirme amar de nuevo. No puedo permitirme abrirme al dolor ni a la pérdida. Así que, a pesar de todo, tengo que continuar con la máscara que he creado, esperando que algún día, el dolor que siento por esta decisión desaparezca, aunque en lo más profundo sé que nunca lo hará.

Capítulo 9

Claire

El sonido del agua corriendo llena la cocina mientras limpio los platos del desayuno. Mis movimientos son automáticos, casi mecánicos, y mi mente está en otro lugar, atrapada en una maraña de emociones que no logro desenredar. La conversación con James de ayer sigue resonando en mi cabeza, sus palabras fueron frías y calculadas, en un intento desesperado de establecer una distancia entre él y yo, que no puedo comprender del todo. No puedo evitar sentirme herida, como si algo dentro de mí se hubiera roto. Pero no puedo permitirme caer en la trampa de mis propios sentimientos. Hazel me necesita y mi prioridad aquí es ella, no las complicadas emociones que James ha despertado en mí. Así que por eso he decidido que hoy voy a dedicar el día a hacer feliz a Hazel. Me seco las manos con una toalla y voy hasta el salón, donde la cría está dibujando en un cuaderno apoyada en la mesa de centro, que hay frente al sofá. La miro y la veo tan concentrada en lo que hace, que me entenece verla así, con su carita iluminada mientras colorea el dibujo que ella misma ha hecho.

—¡Es precioso, Hazel! —le digo con una sonrisa—. Oye, he pensado una cosa...

—¿Qué cosa? —me pregunta la niña apartando por un momento la mirada del dibujo y con una sonrisa en su carita.

—¿Qué te parece si hoy salimos a hacer algo especial?

Hazel levanta la vista de nuevo y posa sus ojos oscuros llenos de curiosidad en mí.

—¿Especial? ¿Qué vamos a hacer?

—Había pensado en llevarte al parque. Podríamos hacer un picnic, jugar y después tomar un helado. ¿Te gusta la idea?

Su sonrisa se ensancha y la alegría en su rostro me indica, que he tomado la decisión correcta.

—¡Sí, me encantaría! —exclama emocionada.

La felicidad en sus ojos me llena de una calidez que necesitaba desesperadamente. También invito a James a unirse, aunque una parte de mí no tiene muchas esperanzas de que acepte. Sé que está ocupado y que su comportamiento reciente sugiere que prefiere mantenerse alejado, pero algo dentro de mí se resiste a rendirse por completo.

—¿Qué te parece si invitamos a papá? —le sugiero a la cría.

Hazel asiente con entusiasmo y siento una pequeña punzada en el corazón. Sé cuánto significa su padre para ella y también lo mucho que le duele cuando él no está presente.

Así que voy hasta el despacho de James y respiro profundamente antes de llamar a la puerta. Su voz, firme como siempre, me invita a entrar. Al entrar en la estancia, lo encuentro sentado en su escritorio, inmerso en papeles, con expresión concentrada y lejana. Al verlo tan lejos de aquí, solo puedo volver a recordar el abismo que existe entre nosotros y que parece haberse ensanchado aún más desde nuestra última conversación.

—James —comienzo, esforzándome por parecer tranquila—, Hazel y yo vamos a salir al parque hoy. Pensé que quizá te gustaría unirme a nosotras.

Sus ojos se apartan brevemente de la pantalla, evaluándome con esa mirada que nunca logro descifrar del todo. Después, se queda en silencio durante más rato del que esperaba, lo que me hace pensar que va a rechazar mi oferta.

—¿A qué hora planeáis salir? —pregunta finalmente con tono neutral.

La sorpresa me invade, aunque trato de disimularla rápidamente.

—En una hora, si te parece bien.

—Estaré listo para entonces— asiente, volviendo su atención a los papeles que tiene sobre la mesa.

Al salir del despacho siento una mezcla de alivio y confusión. La verdad es que no esperaba que aceptara, después de cómo me ha tratado últimamente.

Una hora después, estamos en el coche, con Hazel cantando suavemente una canción infantil, mientras observa el paisaje desde la ventana. James conduce en silencio concentrado en la carretera. La tensión entre nosotros es palpable, pero intento que no se note, porque hoy el día es para Hazel y voy a hacer todo lo posible para que sea una jornada especial.

Llegamos al parque, un lugar lleno de árboles altos y caminos serpenteantes. Buscamos un lugar plano y despejado, y extendemos una manta. Hazel se apresura a sacar los sándwiches, la fruta y las galletas que he horneado esta misma mañana.

—¡Este es el mejor picnic de mi vida! —declara Hazel sonriente.

James se sienta con nosotros, aunque continúa manteniendo una cierta distancia, al menos, conmigo. Cuando Hazel le ofrece una galleta hecha por mí, algo en su expresión se suaviza y la acepta con una leve sonrisa, que casi me hace olvidar la frialdad que se ha instalado entre nosotros.

Después de comer, Hazel corre hacia la zona de parque infantil y la escucho reír y gritar mientras sube y baja por el tobogán. James y yo la observamos cómo juega y charlamos del clima, el parque y sus instalaciones, cualquier cosa que no requiera profundizar demasiado y nos permita mantener la distancia. Pero incluso en medio de esa superficialidad, hay pequeños momentos en los que nuestras miradas se encuentran y entonces siento una chispa de lo que podría llegar a ser si nos permitiéramos explorar ese camino.

—Hazel está muy feliz hoy —digo, rompiendo el silencio, mientras él observa a su hija que se balancea en los columpios.

—Eso es lo importante —responde él sin apartar la mirada de la niña.

—Pero también es importante que tú estés bien, James —añado con cautela y eligiendo cuidadosamente mis palabras.

Finalmente, se gira hacia mí con sus profundos ojos grises, llenos de emociones que no expresadas.

—Lo estoy haciendo lo mejor que puedo, Claire.

—Lo sé —respondo con suavidad—. Solo quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites, no solo para cuidar de Hazel, sino también para escucharte o para lo que sea.

Hay un momento en el que creo que me va a decir algo más, algo que podría romper el muro que hay entre nosotros, pero, como siempre, corta la conversación antes de que pueda llegar más allá.

—Agradezco tu apoyo, pero es mejor que nos centremos en Hazel.

Asiento, aceptando su decisión, aunque una parte de mí anhela algo más, pero parece que eso está fuera de mi alcance.

El resto de la tarde transcurre con una calma engañosa. Jugamos con Hazel, reímos con ella y, por momentos, casi parece que seamos una familia normal que está disfrutando de un día en el parque. Pero cada vez que las manos de James y las mías se rozan y nuestros ojos se encuentran, la tensión regresa para recordarnos que estamos caminando en una línea muy fina.

Cuando el sol comienza a ponerse, recogemos nuestras cosas y nos dirigimos de regreso al coche. Hazel se queda dormida casi al instante con su cabeza apoyada en mi hombro, mientras el automóvil avanza por las calles de la ciudad. James conduce en silencio y el ambiente dentro del coche es más pesado que el de esta mañana y tengo la una sensación de que hemos cruzado una barrera, aunque ninguno de los dos esté dispuesto a admitirlo.

Al llegar al apartamento, James lleva a Hazel a su habitación, mientras yo guardo las cosas en la cocina. Me siento agotada, no tanto por la actividad del día, sino por la lucha constante con mis propios sentimientos. No sé cómo manejar lo que está pasando entre James y yo, si es que está pasando algo realmente. Todo parece tan confuso y tan fuera de mi control, que me siento perdida.

Mientras lavo los últimos platos, oigo pasos detrás de mí. Me giro y veo a James en la puerta de la cocina, observándome con una intensidad que me hace detenerme.

—Claire —comienza y percibo en su voz un tono más suave que el que usa habitualmente—. Gracias por hoy, Hazel ha disfrutado mucho el día, y... yo también.

—Me alegro —respondo notando cómo mis mejillas se sonrojan un poco.

Se queda junto a la puerta, en silencio, como si estuviera tratando de encontrar las palabras adecuadas. Percibo tensión en su postura y no puedo evitar preguntarme si finalmente va a decir lo que ambos hemos estado evitando y va a permitir que este momento sea el comienzo de algo nuevo para él y para mí. Pero en lugar de eso, simplemente asiente y da un paso atrás.

—Es tarde. Deberías descansar. Buenas noches,.

Y con esas palabras, se da la vuelta y sale de la cocina. Al quedarme sola de nuevo, siento cómo la frustración y la tristeza me inundan. Cada vez que parece que estamos a punto de acercarnos, algo lo detiene y lo obliga a retroceder, y yo me quedo sola y perdida en esta confusión de emociones.

Cuando termino de limpiar la cocina, apago las luces y me voy a mi habitación. Siento la casa más grande y vacía que nunca, como si reflejara la distancia que sigue existiendo entre nosotros. En mi dormitorio, me recuesto en la cama y cierro los ojos, aunque no consigo conciliar el sueño. En la oscuridad de mi habitación, solo puedo pensar en lo que podría ser, en lo que podría pasar si James y yo dejáramos de lado nuestros miedos y nos permitiéramos explorar lo que realmente sentimos. Pero mientras tanto, me quedo atrapada en esta maraña de emociones, esperando un cambio que quizás nunca llegue. La noche avanza lentamente y, mientras el sueño finalmente me arrastra, me prometo a mí misma que, pase lo que pase, seguiré haciendo mi trabajo lo mejor que pueda por Hazel. Porque ella es lo único que me ancla en este mar de incertidumbre y la única razón por la que sigo adelante, incluso cuando mi corazón parece querer detenerse cada vez que James me aleja. Y aunque no sé qué nos deparará el futuro, sé que no puedo rendirme, ni por Hazel ni por mí misma. Porque tal vez, hay una posibilidad de que, algún día, ambos encontremos la paz que tanto necesitamos, juntos.

Capítulo 10

James

El parque está lleno de vida, con el sonido de los pájaros mezclándose con las risas de los niños que corren por todas partes. Es un día soleado, el tipo de día que debería inspirar tranquilidad, aunque mientras observo a Claire y Hazel jugando en el césped, siento una mezcla de emociones que no me permite relajarme por completo.

Hazel se ríe con una alegría que hace tiempo no veía en ella y la razón está clara: Claire. Hay algo en la manera en que interactúan, en la facilidad con la que se comunican con Hazel, que me provoca una punzada de envidia y alivio al mismo tiempo. Ella es una presencia cálida y constante en la vida de mi hija, algo que nunca pensé que necesitaríamos tan desesperadamente hasta que ella llegó.

Claire se sienta en el suelo, con las piernas cruzadas, mientras ayuda a la niña a construir un castillo de arena improvisado con las manos. El sol ilumina su rostro y durante un breve instante, me sorprende a mí mismo pensando en lo natural que es que estemos aquí los tres juntos, como si siempre hubiera sido parte de nuestras vidas. Es una sensación extraña, pero imposible de ignorar.

A lo largo del día, observo a Claire más de lo que debería, viendo detalles en ella, que antes pasaba por alto. La manera en que su cabello brilla bajo el sol, la suavidad en sus gestos cuando guía a Hazel con paciencia y la risa que brota de sus labios con facilidad me resultan fascinantes. Claire no es solo la niñera de mi hija, es mucho más, porque poco a poco se ha convertido en alguien que ha traído una luz inesperada a nuestras vidas, y eso me aterra. No puedo evitar sentir que he fallado como padre al no poder brindarle a Hazel lo que Claire parece darle sin esfuerzo. He estado tan consumido por mi dolor, por la culpa que me carcome desde la muerte de mi esposa, que me he distanciado de la única persona que debería haber sido mi prioridad desde el principio. Claire ha llenado ese vacío y, aunque debería sentirme agradecido, lo único que logro experimentar es una profunda sensación de impotencia.

A lo largo de la tarde, intento mantener las barreras que me he impuesto, recordándome constantemente que no debo permitir que Claire se acerque demasiado. Pero cada vez que Hazel sonríe y veo a Claire reír junto a ella, siento que esas barreras se debilitan cada vez más.

Nos sentamos bajo la sombra de un árbol mientras mi hija se entretiene con una mariposa que revolotea cerca. El viento agita suavemente las hojas sobre nuestras cabezas y crea un ambiente de paz que contrasta con el torbellino de pensamientos que me asedia.

—Hazel realmente se divierte contigo —digo finalmente, rompiendo el silencio que se ha instalado entre nosotros.

Claire me mira con sus expresivos ojos verdes, que reflejan la luz que se filtra a través de las hojas de los árboles que nos rodean.

—Es una niña maravillosa —me responde con una sonrisa—. Tiene un espíritu tan libre y una imaginación tan grande, que me sorprende todos los días.

Hay una sinceridad en su voz y una admiración real por mi hija que me desarma. Pero debajo de esa admiración, percibo algo más, algo que me hace sentir incómodo y vulnerable. Me esfuerzo por mantener mi tono neutral, pero sé que ella nota la tensión en mi voz.

—No sé qué haríamos sin ti —admito, aunque las palabras salen más como un susurro.

—James, estoy aquí para ayudar —responde ella, su tono suave—. Pero Hazel te necesita a ti más que a nadie.

Sus palabras son una bofetada de realidad que me golpea con fuerza. He estado evitando esa verdad desde hace tiempo, escondiéndome detrás de mi trabajo y mis responsabilidades, permitiendo que Claire se encargue de lo que yo no he sido capaz de manejar. Es una verdad incómoda, que me hace sentir pequeño, pero es la verdad y no puedo seguir ignorándola.

—No he sido el padre que debería ser para ella —murmuro, más para mí mismo que para Claire.

—Eso no es cierto —replica con firmeza—. Estás haciéndolo lo mejor que puedes. Eso es lo que importa.

Hay una calidez en sus palabras y una comprensión que me hace querer bajar la guardia, dejar que alguien más cargue con parte de este peso que me aplasta cada día. Pero al mismo tiempo, esa cercanía me asusta y me recuerda que cuanto más me acerque a Claire, más riesgo corro de perderla, como me pasó con Olivia.

El día continúa y a pesar de que lo intento, no puedo evitar sentirme cada vez más conectado con Claire. Sus risas y su manera de cuidar de Hazel parece arrastrarme hacia una dirección que me he prohibido explorar. Así, me encuentro sonriendo más de lo que debería y disfrutando de pequeños momentos de paz que hace tiempo que no experimentaba. Y eso me preocupa.

Mientras Hazel se queda dormida en el coche camino a casa, el silencio entre Claire y yo está más lleno de cosas que ambos sabemos, pero que ninguno se atreve a decir. Puedo sentir su mirada de vez en cuando, pero evito encontrarme con sus ojos, sabiendo que, si lo hago, podría ceder a algo que no puedo permitirme.

Cuando llegamos al apartamento, llevo a Hazel a su habitación, sintiendo su pequeño cuerpo relajado contra el mío y su respiración suave y rítmica en mi oído. La coloco en su cama con cuidado y la arropo antes de salir de la habitación en silencio. Al cerrar la puerta, me detengo un momento y me permito que todo lo que he sentido hoy me invada, pero solo por un instante. Salgo del dormitorio y voy a la cocina, donde me encuentro a Claire, que está guardando las cosas que hemos llevado al parque. La observo moverse con esa gracia natural que siempre me ha impresionado y, por un breve instante, me imagino la posibilidad de que las cosas fueran diferentes, de que podría dejarme llevar por lo que siento por ella... Pero inmediatamente, la culpa me invade y me recuerda que no puedo traicionar la memoria de Olivia de esa manera.

—Claire —la llamo con voz más baja de lo que pretendo, al escucharme, se detiene y se gira hacia mí para mirarme—. Gracias por hoy, Hazel ha disfrutado mucho el día, y... yo también —admito, aunque sé que mis palabras son insuficientes para expresar lo que realmente siento.

—Me alegro mucho —me responde con voz suave, pero cargada de algo más, algo que ninguno se atreve a nombrar.

El silencio que se instaura entre nosotros justo después es insoportable y siento cómo mis barreras, esas que he estado levantando todo el día, empiezan a derrumbarse. Pero justo cuando estoy a punto de decir algo más, algo que podría cambiarlo todo, me doy cuenta de lo que realmente está en juego.

—Es tarde. Deberías descansar —digo finalmente, recuperando la compostura. Aunque tras mis palabras, veo la decepción en sus ojos y siento también la mía. Al escucharme, asiente y sin decir nada más, sale de la cocina y yo me quedo solo con mis pensamientos y sintiendo el

peso de mis decisiones.

Sé que he hecho lo correcto, pero, entonces, ¿por qué me siento tan mal?

Voy hacia mi habitación, y cuando me meto en la cama, cierro los ojos y el eco de la risa de Claire y Hazel sigue resonando en mi mente y me recuerda lo que podría ser si me atreviera a dejarme llevar. Pero no tengo la valentía suficiente como para hacerlo.

Cierro los ojos y trato de dormir, pero lo único que siento es una soledad abrumadora. Según avanza la madrugada en mi cabeza da vueltas un pensamiento que me dice que por mucho que luche contra mis sentimientos, Claire ya se ha colado en mi corazón. Y es precisamente por eso, por lo que debo mantenerme alejado de ella. Porque amar de nuevo significaría abrirme al dolor, a la pérdida, y ese es un riesgo que no puedo permitirme tomar. No después de todo lo que he sacrificado para proteger lo poco que me queda.

Me giro en la cama, sintiendo el peso de mis decisiones como una carga que no sé si podré seguir soportando. Pero, por ahora, es todo lo que tengo. Y con eso, cierro los ojos, esperando que el amanecer traiga consigo la fuerza que necesito para seguir adelante, sin Claire, sin lo que podría haber sido. Porque ahora mismo, esta es la única manera que encuentro para sobrevivir.

Capítulo 11

Claire

El sonido suave de la lluvia golpeando contra los cristales de los ventanales me envuelve mientras ordeno la habitación de Hazel. Es una mañana gris, de esas que invitan a quedarse en casa, bueno, en el apartamento de James, y no puedo evitar que mis pensamientos se dirijan de nuevo hacia él. Doblo una manta y la coloco cuidadosamente sobre la cama, me muevo de forma automática, mientras no dejo de pensar en todo lo que ha sucedido últimamente entre James y yo. En los últimos días, he notado algo diferente en él, algo que me ha hecho querer ver más allá de esa fachada fría que siempre muestra al mundo. Sé que debajo de su coraza hay un hombre herido, alguien que está luchando con su dolor de maneras que solo él comprende. Quiero ayudarlo a que se libere de ella, por lo que hoy voy a intentar acercarme a él, no como la niñera de Hazel, sino como alguien que realmente se preocupa por su bienestar. No sé si lo conseguiré, pero siento que, al menos, debo intentarlo.

Cuando termino de arreglar la habitación, me dirijo a la cocina y lo encuentro allí, revisando unos documentos mientras toma un café. La luz suave de la mañana se filtra por las ventanas, bañando la habitación en un resplandor cálido que contrasta con el clima exterior. Es un ambiente casi íntimo, y eso me da el valor que necesito para acercarme a él.

—Buenos días —digo con suavidad, intentando no sobresaltarlo.

James levanta la vista de los papeles y me mira, asintiendo con un gesto breve.

—Buenos días, Claire. ¿Hazel ya está en su habitación? —pregunta, aunque ambos sabemos que sabe la respuesta y que solo intenta mantener una conversación en tono neutro.

—Sí, está jugando tranquilamente. Por eso, me gustaría aprovechar para hablar un poco, si tienes tiempo —añado, esperando que no rechace mi invitación.

Lo veo dudar por un momento, como si estuviera intentando descifrar mis intenciones, hasta que al final asiente y deja los documentos sobre la mesa.

—De acuerdo, ¿sobre qué quieres hablar?

Me siento en una silla frente a él al otro lado de la mesa y tomo una respiración profunda antes de comenzar a hablar.

—He estado notando algunos cambios en ti, James.

Él me observa, como si estuviera en guardia mientras hablo, pero no me interrumpe, lo cual tomo como una buena señal.

—Sé que intentas mantener una distancia conmigo y con Hazel —continúo, eligiendo mis palabras con cuidado—, pero no puedo evitar sentir que hay algo más, algo que estás luchando por contener. Me gustaría entenderte mejor, si me lo permites.

—No es fácil para mí. Hay muchas cosas que... que prefiero no revivir —me dice casi en un susurro, como si cada una de las palabras que pronuncia le costara un gran esfuerzo.

—Lo sé y no quiero presionarte —respondo con suavidad—. Solo quiero que sepas que no tienes que quedártelo para ti. Estoy aquí y estoy dispuesta a escuchar, si alguna vez decides compartirlo.

James aparta la mirada y fija sus ojos en el café que sostiene entre sus manos. Veo tensión en sus hombros y una lucha interna que, aunque no la expresa con palabras, la siento. Finalmente, exhala lentamente, como si hubiera tomado una decisión importante.

—Perder a Olivia fue... devastador —comienza con la voz cargada de una tristeza que no había escuchado en él antes—. Ella era todo para mí. La mujer que me dio a Hazel y que me amó por encima de todo y de todos. Por eso, cuando la perdí, sentí que una parte de mí murió con ella.

Sus palabras, llenas de un dolor que puedo palpar, me atraviesan, por lo que soy consciente de que James me está mostrando una cara de él, que nadie más ha visto. Un lado que ha mantenido escondido y protegido detrás de una gruesa capa de frialdad y distancia.

—Lo siento mucho —susurro, sin saber qué más decir—. No puedo imaginar lo difícil que debe haber sido para ti.

—Y no es solo eso —continúa, como si una vez que ha comenzado, no puede detenerse—. Me siento culpable cada día, por no haber hecho lo suficiente y no haberla podido protegerla. Y ahora, cada vez que siento algo, cada vez que me permito sentir algo por otra persona, es como si estuviera traicionando su memoria.

Su confesión es cruda, honesta y, por un momento, siento que se ha desnudado emocionalmente ante mí, dejándome ver la profundidad de su dolor y su culpa. Quiero decirle que no es así, que Olivia no querría que él viviera en esta prisión autoimpuesta, pero sé que no es tan simple.

—Creo que Olivia querría que fueras feliz y encontraras la manera de seguir adelante —digo finalmente, eligiendo mis palabras con cuidado—. No es traición seguir viviendo, ni seguir sintiendo. Es lo que todos merecemos, incluso tú.

Sus ojos se encuentran con los míos y, por un instante, veo un destello de algo más, algo que no es dolor ni culpa, sino una mezcla de esperanza y miedo. Pero tan rápido como aparece, desaparece, y la máscara que conozco tan bien vuelve a cubrir su rostro.

—Es difícil, Claire. No puedo simplemente dejar de sentirme así. Y lo último que quiero es haceros daño a mi hija o a ti y arrastraros a algo que no sé controlar ni manejar.

—No estás solo en esto —respondo con la voz firme, pero llena de compasión—. Estoy aquí para ayudarte y para estar contigo, si me lo permites.

James asiente lentamente, como procesando mis palabras. Ambos nos quedamos en silencio, como si estuviéramos pensando en lo que acabamos de decir y en lo que significa este momento.

—Gracias —dice finalmente en apenas un murmullo—. No sé qué haría sin ti.

El peso de sus palabras me impacta más de lo que esperaba y siento que algo dentro de mí se ablanda, una conexión que se fortalece entre nosotros, a pesar de las barreras que él sigue intentando mantener.

La conversación parece habernos acercado, aunque ambos sabemos que hay mucho más por hablar. Pero, por ahora, este pequeño avance es suficiente. Me ha permitido ver un lado suyo que no muestra a todo el mundo y, por eso, quiero estar a su lado, para ayudarlo a encontrar la paz que necesita.

Finalmente, James se levanta de la mesa y deja su taza de café vacía en el fregadero. Lo observo y no puedo evitar sentir una mezcla de ternura y tristeza por todo lo que ha compartido conmigo.

—Voy a trabajar un poco en el despacho —me dice volviéndose hacia mí—. Gracias por escucharme, Claire.

—Gracias a ti por compartirlo conmigo —respondo con una sonrisa cálida.

Él asiente una vez más antes de salir de la cocina y yo me quedo allí, pensando en lo que hemos hablado, sintiendo que hemos dado un pequeño pero importante paso hacia adelante. Sé

que aún queda mucho por hacer y muchas barreras que romper, pero siento que hemos comenzado algo importante, algo que podría cambiar la relación que hay entre nosotros.

Capítulo 12

Claire

Me despierto antes que de costumbre, con la cabeza ya inundada de pensamientos que no me dejan en paz. He estado evitando este momento, en el que no puedo continuar haciendo oídos sordos a lo que mi corazón ha estado tratando de decirme durante las últimas semanas.

Estoy enamorada de James.

El simple hecho de admitirlo, aunque sea en la soledad de mi mente, me provoca una mezcla de emociones que no sé cómo manejar. Es como si una puerta se hubiera abierto, dejando entrar una oleada de sentimientos que me arrastran sin piedad. Siento una calidez en el pecho y un deseo profundo, pero al mismo tiempo, también me invade una punzada de dolor que me recuerda lo imposible de esta situación.

Me giro en la cama y abrazo la almohada con fuerza, como si eso pudiera ayudarme a contener las lágrimas que amenazan con escapar de mis ojos. Estoy enamorada de un hombre que sigue atrapado en su dolor y que todavía lucha por soltar el recuerdo de su esposa fallecida. Y no solo eso, sino que también es mi jefe, alguien con quien no debería tener ningún tipo de relación más allá de la estrictamente profesional.

La diferencia de edad y las barreras sociales son un muro insuperable que nos separa. James es un hombre complejo, marcado por su pasado, y por mucho que me duela admitirlo, sé que no está listo para algo más. Al menos, no conmigo, ni en este momento. Así que lo mejor que puedo hacer es mantener estos sentimientos en secreto y enterrarlos en lo más profundo de mi corazón donde no me duelan. Debo concentrarme en mi trabajo y en seguir adelante con mi vida sin dejar que este amor imposible me consuma.

Me levanto y voy al baño, donde el agua caliente de la ducha me ayuda a despejarme. Mientras el vapor llena la estancia, me esfuerzo en no pensar en él, ni recordar cómo me siento cuando estoy a su lado, ni revivir las conversaciones que hemos tenido, especialmente, la de anoche. James me ha mostrado un lado de sí mismo que pocos han visto, y eso solo ha hecho que mis sentimientos por él sean más profundos. Pero no puedo permitir que eso afecte mi trabajo, ni la relación que tengo con él y con Hazel.

Una vez que estoy vestida y lista para el día, bajo a la cocina para preparar el desayuno. Mientras mezclo los ingredientes para las tortitas, escucho los suaves pasos de Hazel acercándose, y me esfuerzo por dibujar una sonrisa en mi cara.

—¡Buenos días, Claire! —me saluda la niña con su habitual entusiasmo.

—¡Cariño, buenos días! ¿Has dormido bien?

Ella asiente con una gran sonrisa y, por un momento, su alegría me sirve para mantener a raya mis preocupaciones.

—¿Puedo ayudarte a hacer las tortitas? —me pregunta mientras se sube a una silla para alcanzar la encimera.

—¡Claro que sí! Súbete las mangas y lávate las manos —le indico mientras busco el delantal, que suele ponerse cuando cocinamos juntas.

Cuando terminamos de preparar el desayuno, coloco los platos en la mesa y justo cuando Hazel se sienta, James entra en la cocina. Al verle siento cómo un nudo se forma en mi estómago. No puedo evitar mirarlo, y en su cara veo el rastro del cansancio, como si la

conversación de anoche lo hubiese desvelado.

—Buenos días —nos saluda con voz suave pero contenida.

—¡Papá!—le responde Hazel con una sonrisa radiante—. Claire y yo hemos hecho tortitas. ¡Tus favoritas!

James le devuelve la sonrisa, sin embargo, noto la tensión en su gesto, como si hubiera algo que le inquieta.

—Gracias, mi amor, tienen muy buena pinta.

—¿Con qué las vas a querer? ¿Con mermelada o con chocolate? —le pregunta la niña con una gran sonrisa.

—¿Tú qué crees? —quiere saber James dibujando en su cara una sonrisa de nuevo

—¡Con chocolateeeeeeeee, muuuucho chocolateeeeeee! —grita Hazel entusiasmada.

Mientras desayunamos, Hazel domina la conversación hablando sobre los planes que tiene para pasar el día. Mientras los escucho hablar, intento mantenerme al margen, interviniendo solo cuando es necesario, y cada vez que mi mirada se cruza con la de James, aparto la vista rápidamente, temerosa de lo que podría revelar.

Después del desayuno, Hazel corre hacia el jardín y yo me quedo recogiendo la mesa y, para mi sorpresa, James me ayuda en silencio. El ambiente entre nosotros es tenso y sé que ambos estamos pensando en la conversación de anoche. Me esfuerzo por mantener la compostura, por actuar como si todo estuviera bien, pero sé que él nota que algo ha cambiado.

—Claire —dice de repente en voz baja—. Quiero agradecerte lo que me dijiste anoche. Significa mucho para mí.

Me detengo un momento y siento cómo el corazón me late fuerte en el pecho. No esperaba que hiciera referencia a lo de anoche. Así que, respiro hondo antes de responder, intentando mantener la voz firme.

—No tienes que agradecerme nada. Solo quiero que sepas que estoy aquí para ti, como amiga y como alguien que se preocupa por ti y por Hazel.

Él asiente lentamente, pero su mirada me dice que está luchando con algo que no está dispuesto a compartir del todo. La tensión entre nosotros es casi tangible y, por un breve instante, siento la tentación de decirle lo que siento y admitir que estoy enamorada de él. Aunque rápidamente descarto la idea, porque si lo hiciera solo complicaría más las cosas.

—No quiero que te sientas incómoda por lo que te conté anoche —añade—. Estoy tratando de encontrar una manera de seguir adelante, pero sé que no es fácil para ninguno de nosotros.

—Lo entiendo. No te preocupes —respondo, esforzándome por sonreír, aunque siento que mi corazón se está rompiendo en mil pedazos.

Nos quedamos en silencio, terminando de recoger la cocina en un ambiente lleno de emociones que ninguno de los dos se atreve a desvelar. Finalmente, James se marcha a su despacho con la excusa de que tiene trabajo. Cuando me quedo sola, miro por la ventana hacia el jardín, donde Hazel corre detrás de una mariposa sin dejar de reír. La observo por un momento, dejándome envolver por su inocencia y su alegría, antes de salir al jardín a jugar con ella. No puedo permitir que mis sentimientos hacia James interfieran en mi trabajo, ni en la relación que tengo con Hazel. Ella merece lo mejor de mí y eso significa mantener mi corazón bajo control, por mucho que duela.

Incluso mientras juego con Hazel no puedo dejar de darle vueltas a lo que siento. Estoy enamorada de un hombre que no puedo tener, un hombre que sigue atrapado en su dolor y que,

por mucho que desee, probablemente nunca pueda corresponderme. Y aunque sé que lo correcto es mantener este amor en secreto, no puedo evitar sentir algo que cada día me resulta más difícil de soportar.

A lo largo del día, me esfuerzo por mantenerme ocupada, buscando cualquier excusa para evitar pensar en lo que siento por James. Pero me resulta imposible y cada vez que lo veo, siento que estoy perdiendo la batalla.

Al final del día, cuando Hazel ya duerme, me voy a mi habitación y me siento en la cama con las rodillas abrazadas contra mi pecho. Las lágrimas que he estado conteniendo durante todo el día finalmente comienzan a rodar por mis mejillas, silenciosas pero implacables. Lloro por lo que no puede ser, ni nunca será y por el dolor de tener que mantener este amor oculto en lo más profundo de mi corazón. Pero sé que, a pesar de que intento convencerme de lo contrario, estar cerca de James y no poder expresar lo que siento es una tortura, que no sé cuánto tiempo podré soportar. Pero sé que no me queda otra opción. Por el bien de mi trabajo, de Hazel, y de mi propio corazón, debo mantener estos sentimientos en secreto, aunque me estén destrozando por dentro.

Me recuesto en la cama y cierro los ojos, deseando que el sueño me atrape y así escapar, aunque sea por unas horas, de la realidad que me atormenta. Pero incluso mientras me adentro en la oscuridad del sueño, la imagen de James sigue presente, también su sonrisa, su voz y, por supuesto, su dolor... y mi amor por él, un amor que no puedo evitar, pero que tampoco puedo permitir que me destruya.

Capítulo 13

James

Pese a que hoy parece que sea un día más de trabajo, y eso debería mantenerme concentrado en él al ritmo de la rutina, me siento en medio de un torbellino de emociones, que no puedo ignorar. Cada vez que pienso en Claire, los documentos y casos de los que debo encargarme como abogado dejan de tener importancia y solo puedo fijar mi atención en ella. No importa que intente con todas mis fuerzas apartarla de mis pensamientos, porque siempre gana. Cada día que pasa, me siento más atraído por ella, de su risa suave, de la manera de mirarme y de cuidar de Hazel. Es como si Claire fuera el sol y yo un planeta que no puede evitar girar a su alrededor.

Hoy tenemos una cena de negocios en casa. Es una de esas reuniones formales, donde los socios del bufete y potenciales inversores vienen a discutir planes futuros, compartir ideas y, en general, establecer conexiones que podrían ser beneficiosas para la empresa y Claire estará allí, cuidando de mi hija.

Cuando bajo al salón para recibir a los invitados, la veo. Está con Hazel, ayudándola a colocarse un lazo en el pelo. Mi hija está radiante y feliz de poder asistir a la cena, aunque sabe que se marchará a dormir temprano. Claire parece tranquila, como si nada la afectara, pero yo sé que no es así. Desde nuestra conversación la otra noche, la tensión entre nosotros ha seguido creciendo y ambos lo sabemos.

—Estás preciosa, Hazel —le digo esbozando una sonrisa sincera.

—¡Gracias, papá! —responde con entusiasmo— ¿Te gusta mi lazo? —me pregunta girándose para mostrarme su peinado.

Claire levanta la vista y nuestros ojos se encuentran por un instante. Es solo un segundo, pero es suficiente para que mi corazón se acelere. Hay algo en su mirada, una mezcla de comprensión y tristeza, que me hace sentir como si estuviera perdiendo algo importante. Desvío la mirada rápidamente, recordándome que debo mantener las cosas bajo control, que no puedo permitir que estas emociones se apoderen de mí y menos en este momento.

La cena comienza sin problemas y yo me esfuerzo por mantenerme concentrado en las conversaciones de negocios, aunque mi mente vuelve una y otra vez a Claire, que ya se ha ido con Hazel para ponerla a dormir. Mientras, la velada avanza entre copas de vino y conversaciones que fluyen sin esfuerzo. Todo transcurre según lo planeado, hasta que uno de mis socios, un hombre al que apenas conozco, comienza a hacer comentarios que me ponen en alerta.

—¿Y quién es esta encantadora mujer que estaba hace un rato al cuidado de tu hija? —pregunta Smith sonriendo de manera pícaro, algo que me hace apretar los dientes.

—La niñera de Hazel, Claire —respondo, intentando mantener un tono neutral, aunque noto cómo la ira me invade.

—¿Niñera? Vaya, qué suerte tienes de tener a una muchacha tan guapa bajo tu mismo techo —dice con un tono en su voz que no me gusta lo más mínimo.

En ese momento, Claire regresa a la cena, después de acostar a Hazel, y nos saluda. Smith le dedica una sonrisa un tanto pícaro, y ella, siempre educada, le devuelve la sonrisa, aunque veo la incomodidad en sus ojos. Y eso me enerva aún más. Siento una oleada de celos que me invade, una emoción que no esperaba experimentar, al menos no de esta manera. Es irracional, lo sé, pero no puedo evitarlo. La idea de que alguien más se acerque a Claire de esa manera e

intente cruzar una línea que no debería, me llena de una furia que apenas logro contener.

—Ella es una excelente niñera y también es parte importante de nuestra familia —le digo continuando con la conversación y con la esperanza de que mi mensaje sea lo suficientemente claro para Smith. Al escucharme, parece que capta la indirecta, aunque no deja de mirarla con una sonrisa, que me dan ganas de borrarle de un puñetazo. Pero Claire, siempre profesional, mantiene su compostura y se excusa para retirarse a su habitación. Mientras se aleja, me quedo en el comedor observando cómo se va y sintiendo como el nudo que tengo en mi pecho aún se aprieta más.

La cena continúa, pero mi cabeza ya no está en los negocios, porque no puedo dejar de pensar en lo que Claire ha despertado en mí esta noche. Los celos, esa emoción tan visceral y primitiva, me han obligado a darme cuenta de algo que he estado evitando durante demasiado tiempo. Lo que siento por ella es mucho más profundo de lo que he querido admitir, y eso me aterra.

Después de que los invitados se marchen, la casa vuelve a quedarse en silencio. De pie en el salón, miro por la ventana. El reflejo de la luna en el vidrio me devuelve una imagen de mí mismo que no reconozco del todo, un hombre arrastrado por unas emociones que no sabe cómo manejar. En ese instante, oigo un ruido a mi espalda, me giro y veo a Claire que entra y se detiene a unos pasos de mí. Al verla, poso mi mirada en la suya, sé que este debería ser el momento de confesarle lo que siento, pero las palabras continúan atrapadas en mi garganta por miedo.

—Parece que la cena ha sido todo un éxito —comenta con tono neutral.

—Sí, así es —le respondo apartando la mirada de sus ojos.

Nos quedamos en silencio, porque ninguno de los dos nos atrevemos a pronunciar lo que nos gustaría decir. La distancia que yo mismo he creado entre nosotros cada vez es mayor, pero los celos que he sentido esta noche, me han hecho darme cuenta de que no quiero perderla. Por eso alzo la mirada de nuevo hasta encontrarme con la suya.

—Claire... —comienzo a decir, pero me detengo, sin saber cómo continuar.

Ella espera, paciente, aunque puedo ver una tristeza en su mirada que me rompe el corazón. Es como si supiera lo que estoy a punto de decir.

—Lo que ha sucedido esta noche durante la cena... me ha hecho darme cuenta de algo —le digo forzándome a ser honesto—. No puedo negar más lo que siento por ti. Pero al mismo tiempo, no sé cómo manejarlo.

Claire parpadea, sorprendida, y por un instante, veo una chispa de esperanza en sus ojos. Pero rápidamente, esa chispa se apaga, reemplazada por la misma resignación que he visto en ella antes.

—James, yo...

—No digas nada —la interrumpo, sintiendo que, si la dejo hablar, no seré capaz de continuar—. Sé que esto es complicado, pero tenía que decírtelo. Tenía que ser honesto contigo y también conmigo.

Claire da un paso hacia mí y el impulso que siento de acercarme a ella y tomar su mano, es casi irresistible. Pero en lugar de eso, mantengo la distancia, sabiendo que, si me acerco más, no habrá vuelta atrás.

—James, no quiero complicar más las cosas —dice con expresión contrariada—. Estoy aquí para cuidar de Hazel, para ayudarte a ti y no quiero que nada de esto afecte a mi trabajo.

—Lo sé —respondo, aunque las palabras me duelen—. Pero necesitaba que lo supieras.

Nos quedamos en silencio y, finalmente, Claire asiente con expresión tranquila, pero sus ojos reflejan una tormenta de emociones que estoy seguro que se parece a la mía.

—Buenas noches, James —dice, y se da la vuelta para salir de la habitación.

La veo irse, sintiendo cómo se lleva consigo una parte de mí que no sabía que le había entregado. Me quedo solo en el salón y me doy cuenta de que esta noche me ha enseñado que mis sentimientos por ella son más profundos de lo que querría admitir y aunque no sé cómo manejarlo, sé que no puedo seguir evitando la verdad. Claire significa algo para mí, algo que va más allá de la atracción o la compañía. Ella ha llenado algo que pensé que siempre continuaría vacío y ahora que lo sé, no puedo permitir que se me vuelva a escapar.

Capítulo 14

Claire

Mientras preparo el desayuno de Hazel, intento concentrarme en lo que estoy haciendo, en la rutina que siempre me ha dado consuelo, pero hoy no es suficiente. Cada vez que cierro los ojos, veo la expresión de James al confesarme lo que sentía. Y, lo peor de todo, siento que ese momento ha creado una distancia entre nosotros más grande que la que había hasta ahora. Cuando más perdida estoy en mis pensamientos, Hazel entra en la cocina y yo me esfuerzo por sonreírle e intentar olvidar, aunque sea por un momento, los pensamientos que me atormentan.

—¡Buenos días, Claire! —saluda, acercándose para ver qué estoy cocinando.

—Buenos días, cariño. He hecho tus tortitas favoritas —respondo, tratando de poner la misma energía de siempre en mi voz.

—¡Bieeeeeeeeeeeeeen! —exclama ella, subiendo a su silla con la misma agilidad y entusiasmo de siempre.

Me concentro en servirle el desayuno, mientras escucho todo lo que le gustaría hacer durante el día. La alegría de Hazel es un bálsamo para mi corazón, pero incluso su risa, que siempre me ha hecho sonreír sin esfuerzo, no logra disipar la nube de dudas y confusión que me envuelve. Mientras Hazel come, la puerta de la cocina se abre y James entra. El simple hecho de verlo hace que mi estómago se contraiga. Lo observo de reojo, intentando disimular, pero sé que mis ojos me traicionan. Hay algo diferente en él esta mañana, una tensión en sus hombros y una dureza en su mandíbula que no puedo ignorar.

—Buenos días —saluda con voz grave, pero contenida, como si estuviera esforzándose por mantener una apariencia de normalidad.

—¡¡¡Buenos días, papá!!! —exclama la niña con una sonrisa radiante, ajena a la tormenta que se avecina entre nosotros.

—Buenos días, James —respondo, esforzándome por sonar tranquila, aunque siento que mi voz tiembla ligeramente.

James se sirve una taza de café y se sienta a la mesa con nosotras. El ambiente está cargado de una tensión palpable, como si ambos fuéramos conscientes de todo lo que se quedó en el aire la noche anterior. Hazel, inocente y feliz, sigue hablando y nosotros la escuchamos, pero nuestras miradas se cruzan en más de una ocasión y, cada vez que lo hacen, siento que me falta el aire. Cuando termina su desayuno, Hazel me pide permiso para ir a jugar y se marcha corriendo con una risa que resuena en la cocina vacía. Mientras, yo acabo de recoger la cocina, consciente de que James me está observando y de que está esperando el momento adecuado para decir algo. Pero el silencio se estira como una cuerda tensa entre nosotros. Finalmente, cuando estoy a punto de marcharme de la cocina, James se levanta de la mesa y se acerca a mí. Me vuelvo hacia él y veo cómo me mira y la intensidad de su mirada me deja sin aliento.

—Claire —dice a media voz—, sobre lo que sucedió anoche...

—No tienes que decir nada —lo interrumpo, temiendo lo que pueda salir de su boca—. No quiero que te sientas presionado para hablar de eso.

Pero él sacude la cabeza, como si estuviera luchando por encontrar las palabras adecuadas.

—No puedo...—dice, dando un paso más cerca—. No puedo ignorar lo que sentí, ni lo

que vi en tus ojos.

Mi corazón late con fuerza al escuchar lo que acaba de decirme. Estamos tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. Hay una energía eléctrica en el aire, una tensión que nos envuelve, que sé que podría explotar en cualquier momento.

—Es complicado —murmuro casi en un susurro—. No quiero que nada de esto afecte a mi trabajo ni a mi relación con Hazel.

—Lo sé... Pero hay algo entre nosotros, que no puedo seguir negando.

Sus palabras me atraviesan como una corriente y, por un instante, todo en mí me grita para que dé un paso adelante y que deje que las emociones se apoderen de mí. Pero sé que no debo, porque sé que este es un terreno peligroso y que podría destruir todo lo que hemos construido si no somos cuidadosos.

James extiende una mano hacia mí y me roza el brazo. Esa simple caricia me hace estremecer y, cuando levanto la vista, encuentro sus ojos fijos en los míos mirándome con una intensidad que me deja sin palabras.

—Claire... —susurra inclinándose ligeramente hacia mí.

El mundo parece detenerse. Puedo sentir su aliento contra mi piel y el calor de su cercanía y, por un momento, me pierdo en la posibilidad de lo que podría suceder si dejo que esto avance. Pero justo cuando nuestras miradas se encuentran y parece que podríamos cruzar esa línea que nos separa, la realidad nos golpea con fuerza. Ambos nos detenemos y veo el miedo reflejado en sus ojos, un miedo que sé que también está en los míos. Estamos al borde de algo que podría cambiarlo todo, pero ninguno de los dos está preparado para dar ese paso.

—No podemos... —murmuro, rompiendo el hechizo. James asiente y retira la mano con una expresión que es una mezcla de dolor y resignación.

—Tienes razón —responde con dificultad—. No podemos permitirnos esto.

La distancia entre nosotros vuelve a crecer y con ella la barrera invisible que nos hemos impuesto. Nos quedamos en silencio, ambos conscientes de lo que casi ha ocurrido, de lo que podría haber sido y de lo que nunca será. La fragilidad del momento nos ha mostrado que, por mucho que queramos, no estamos preparados para lo que implicaría cruzar esa línea. Finalmente, James da un paso atrás, lo miro a los ojos y la frialdad que veo en ellos es como un golpe que me deja helada.

—Voy a trabajar a mi despacho —dice de manera casi mecánica.

Asiento, sin poder articular ni media palabra. Lo veo girarse y salir de la cocina, mientras yo me quedo aquí, sola y con la sensación de vacío que me ha provocado eso que casi ha sucedido entre nosotros. Me apoyo en la encimera y cierro los ojos, mientras trato de recuperar el control sobre mi respiración. Lo que ha sucedido entre nosotros no es algo que pueda simplemente olvidar, pero también sé que debo encontrar la manera de seguir adelante y mantener la compostura por el bien de todos, especialmente de Hazel. Paso el resto del día como en medio de una neblina emocional, que me mantiene como anestesiada. Hago mi trabajo, cuido de Hazel y sonrío cuando es necesario, pero en mi interior, estoy rota. Cada vez que pienso en lo que casi ha sucedido con James, siento un dolor agudo en el pecho, un recordatorio de que, por mucho que lo desee, no puedo tener lo que mi corazón desea.

Al caer la noche, cuando Hazel duerme, me encuentro de nuevo en mi habitación, acurrucada en la cama. Las lágrimas que he estado conteniendo todo el día finalmente se derraman, silenciosas pero implacables, desde mis ojos hasta mi barbilla. Lloro por lo que no puede ser, por lo que casi fue y por el abismo que sigue creciendo entre él y yo. No sé cómo

seguir adelante, ni cómo soportar lo que siento sin dejar que me destruya.

Mañana será otro día, en el que intentaré mantener las cosas en su lugar. Pero mientras la noche avanza, sé que la batalla apenas ha comenzado, y que cada día será un nuevo desafío para mantener mi corazón a salvo, para no dejar que este amor imposible me consuma por completo.

Capítulo 15

James

Estoy en mi despacho, sentado frente a la ventana, con la mirada perdida en el paisaje. Afuera, las ramas de los árboles se mecen suavemente con la brisa y el cielo de color plomizo promete lluvia, como si el tiempo reflejara el estado en el que me siento. He estado aquí, recordando el momento en el que Claire y yo casi cruzamos esa línea que ambos sabemos que no deberíamos cruzar. Ese recuerdo sigue torturándome con lo que casi fue. Podía sentir su aliento y el calor de su cuerpo tan cerca del mío y, por un instante, todo en mí me decía que diese ese paso y me dejara llevar por lo que tanto anhelo. Pero luego, el rostro de Olivia apareció en mi mente como una sombra. Su recuerdo, su sonrisa, la forma en que me miraba con esos ojos llenos de amor... todo eso volvió a mí y me detuvo en seco. Porque amar a Claire, dejarme llevar por lo que siento por ella, sería como borrar a Olivia de mi vida, como si lo que hubo entre nosotros no importara.

¿Cómo podría hacerle eso? ¿Cómo podría permitirme sentir algo por otra mujer sin pensar que traicionaba su memoria?

Sé que Claire está confundida y dolida por mi comportamiento y no puedo permitir que esto continúe y menos aún mis sentimientos, tan contradictorios y dolorosos, la arrastren a ella también. Claire merece algo mejor, alguien que pueda darle todo sin reservas, alguien que no esté encadenado a un recuerdo que nunca desaparecerá por completo. Me detengo frente al escritorio con la mirada en la foto de Olivia que tengo sobre él. Es de los primeros meses de nuestro matrimonio, cuando todo era fácil y el futuro lo veía brillante y lleno de promesas. En la foto, Olivia me está sonriendo y siento una punzada en el pecho al recordarla. No puedo dejar de pensar en cómo se sentiría si supiera lo que estoy a punto de hacer.

—Lo siento, Olivia —murmuro en un susurro—. No sé cómo seguir adelante sin sentir que te estoy traicionando.

Cierro los ojos, intentando contener las emociones que amenazan con desbordarse. Desde que murió, he reconstruido mi vida alrededor de este dolor y de esta culpa, y ahora no sé cómo dejarlo ir, ni si alguna vez podré.

Pero, ¿qué estoy diciendo?

No puedo seguir permitiendo que Claire esté cerca de mí, no cuando cada día que pasa me siento más atraído por ella y soy más incapaz de controlar lo que siento. Si sigo así, acabaré arrastrándola conmigo y eso no puedo permitirlo.

Aunque me duele mucho tomar esta decisión, sé que es lo correcto. Si me distancio, ambos podremos continuar con nuestras vidas sin el peso de esta confusión que nos consume. Claire podrá seguir adelante y encontrar a alguien que pueda amarla como merece.

Los días siguientes transcurren en una especie de niebla emocional. Me esfuerzo por mantener una fachada de frialdad y de distancia. Claire, siempre perceptiva, nota el cambio de inmediato, pero no dice nada. Sus ojos, sin embargo, son un reflejo de la confusión y el dolor que sé que le estoy causando y eso me atormenta. Cada vez que hablamos o nos miramos el aire entre nosotros se vuelve tenso y lleno de las palabras y de los sentimientos que nos callamos. La calidez y la conexión que se había creado entre nosotros se ha convertido solo en un recuerdo.

—James, ¿necesitas algo más? —me pregunta Claire con tono profesional, aunque no puedo evitar notar la tristeza en sus ojos.

—No, estoy bien —respondo tratando sonar indiferente.

Ella asiente, pero veo la decepción en su rostro. Me doy cuenta de que cada vez que pongo más distancia entre nosotros, estoy estropeando algo que podría haber sido hermoso. Pero lo que no puedo explicarle es que lo hago porque me importa demasiado como para arriesgarme a hacerle daño.

Las noches se vuelven las peores. Cuando la casa está en silencio y me encuentro solo con mis pensamientos, con los recuerdos de Olivia y lo que siento por Claire. Es una batalla constante, una lucha interna que no sé cómo ganar. Me siento dividido entre el pasado y el presente, entre lo que una vez tuve y lo que podría tener si me permitiera sentir de nuevo.

Pero cada vez que me planteo la posibilidad de que tal vez podría encontrar la manera de amar a Claire sin sentir que estoy traicionando a Olivia, el miedo me detiene. Es un miedo paralizante, el temor de que, al abrirme a Claire, podría perderla y perderme a mí mismo en el proceso.

Entonces, en lugar de enfrentarme a ese miedo, me escondo detrás de la frialdad y la distancia, confiando en que, si continúo así, estos sentimientos desaparecerán o al menos se atenuarán lo suficiente como para no sentir que estoy al borde del colapso cada vez que la veo. Pero en el fondo, sé que estoy mintiéndome a mí mismo. Estos sentimientos no van a desaparecer, ni van a desvanecerse simplemente porque lo desee.

Cierro los ojos, recuesto la espalda en la silla del despacho y dejo que el silencio me envuelva. Sé que estoy en una encrucijada, y que tarde o temprano, tendré que enfrentar la realidad de lo que siento. Pero por ahora, me aferro al frío que he creado entre nosotros, esperando que sea suficiente para mantener mi dolor a raya.

Sin embargo, en lo más profundo de mi ser, algo me dice que esta lucha no ha terminado, aunque no sé cuánto tiempo más podré seguir manteniendo a Claire y a mis propios sentimientos a distancia. Porque el amor que siento por ella, aunque no quiera admitirlo, es real.

Capítulo 16

Claire

Hoy, desde que ha amanecido, me siento atrapada en una mezcla de tristeza y confusión de la que no consigo deshacerme. La tensión entre James y yo ha alcanzado un punto que no puedo seguir ignorándola. Su comportamiento, sus frías palabras y la distancia que ha impuesto entre nosotros me han dejado devastada y sin saber cómo seguir adelante.

Me esfuerzo por mantener la compostura mientras me visto, eligiendo un atuendo sencillo y cómodo, algo que no llame la atención. Hoy, más que nunca, necesito pasar desapercibida y esconderme detrás de una fachada que me permita proteger lo que queda de mi corazón.

Al salir de la habitación, me encuentro con Hazel en el pasillo. Su sonrisa es tan brillante y despreocupada que me duele pensar en cómo mi relación con James podría afectar su felicidad. Hazel no merece sufrir por las decisiones de los adultos que estamos a su alrededor.

—¡Buenos días, Claire! —exclama la niña con entusiasmo, mientras corre para darme un abrazo

—Buenos días, cariño —respondo, devolviéndole la sonrisa, aunque por dentro me siento rota—. ¿Estás lista para desayunar?

—¡Sí! ¿Podemos hacer tortitas otra vez? —pregunta con ilusión

—Por supuesto, vamos a la cocina —digo tomando su mano mientras nos dirigimos juntas hacia allí.

Cuando entramos en la estancia, me encuentro con James, que está sentado a la mesa, absorto en su taza de café y en los papeles que tiene frente a él. La habitación se llena de una tensión inmediata, que me esfuerzo en ignorar mientras acompaño a Hazel hasta la encimera para empezar a preparar el desayuno.

—Buenos días, James—digo, intentando mantener mi tono neutral y sin permitir que note las emociones que siento.

—Buenos días —responde sin levantar la vista.

El tono de su voz es distante, casi mecánico, y me hace sentir como si un muro impenetrable se hubiera levantado entre nosotros. Me concentro en Hazel y en preparar la masa para hacer las tortitas, mientras me esfuerzo por no dejar que el comportamiento de James me afecte más de lo que ya lo ha hecho.

A medida que preparamos el desayuno, Hazel intenta llenar los silencios con su charla alegre y ambos respondemos con sonrisas y asentimientos, pero hay un vacío en la sala que ni siquiera la energía de Hazel puede llenar. Me siento atrapada, como si cada palabra que intercambiamos fuera un recordatorio de lo que ha cambiado entre nosotros, de lo que podría haber sido y que ahora parece inalcanzable.

Después del desayuno, Hazel se marcha a jugar, y me quedo sola en la cocina con James. El silencio que cae sobre nosotros es abrumador, y sé que no puedo seguir viviendo en esta montaña rusa emocional sin tomar una decisión.

—James —digo finalmente con la voz más firme de lo que esperaba—, necesitamos hablar.

Él levanta la vista y me mira con una mezcla de sorpresa y resignación. Por un momento, pienso que va a ignorar mi petición, pero después de un largo silencio, asiente.

—De acuerdo, hablemos —responde con tono suave y cauteloso.

Siento mi corazón acelerarse, con la certeza de que lo que estoy a punto de decir podría cambiarlo todo. Respiro hondo antes de comenzar para armarme de valor

—No puedo seguir así. No puedo seguir tratando de adivinar cómo te sientes, ni intentando entender por qué te alejas de mí cuando parecíamos estar tan cerca de algo... algo real —digo con la voz temblorosa—. No puedo seguir haciéndome daño de esta manera.

Veo cómo sus facciones se endurecen, como si mis palabras hubieran tocado una herida que él no estaba dispuesto a mostrar.

—Lo siento si te he hecho daño. Pero hay cosas que... no puedo superar —admite con la voz cargada de un dolor que me rompe el corazón.

—Lo entiendo. Sé que estás luchando con muchas cosas, y no te estoy pidiendo que olvides o que sigas adelante sin más. Solo quiero que seas honesto conmigo. Si no hay un futuro para nosotros, si lo que sientes por mí no es suficiente, necesito saberlo para poder seguir adelante.

Las palabras salen de mi boca con una claridad que no esperaba y, por un momento, siento que he recuperado una parte de mí misma, que había estado perdida en medio de toda esta confusión. James me mira, y en sus ojos veo una tormenta de emociones, pero también veo la decisión que ha tomado. Sabe lo que va a decir y, aunque no quiero escuchar la respuesta, sé que lo necesito.

—Claire, no quiero hacerte daño, y precisamente por eso... creo que es mejor que mantengamos las cosas estrictamente en el ámbito profesional —dice con tono firme pero teñido de tristeza—. No puedo darte lo que mereces y no puedo permitir que te acerques más, porque eso solo nos provocará más dolor a ambos.

Las palabras me golpean como un puñetazo y aunque sabía que esto era lo que iba a decir, escucharlo en voz alta es devastador. Siento las lágrimas amenazando con desbordarse, pero me esfuerzo por mantener la compostura,

—Entiendo —respondo en apenas un susurro.

El silencio que sigue es agónico, lleno de todo lo que podría haber sido y que ahora nunca será. Finalmente, James se levanta de la mesa, con el gesto serio y lleno de una tristeza, que me hace querer abrazarlo, consolarlo, aunque sé que no es lo que él quiere.

—Voy a estar en mi despacho —dice antes de salir de la cocina.

Me quedo allí, en la quietud que ha dejado tras de sí, sintiendo como si el mundo hubiera perdido su color y se hubiera vuelto blanco y negro. Las lágrimas que he estado conteniendo finalmente caen, silenciosas y dolorosas, mientras me apoyo en la encimera, tratando de recuperar el aliento.

Sé que no puedo seguir así, pero también sé que no puedo forzar a James a sentir algo a lo que no está dispuesto. No puedo quedarme aquí, esperando algo que nunca llegará. Necesito protegerme y alejarme antes de que este amor no correspondido me destruya por completo.

A lo largo del día, mi decisión se solidifica. Sé que no puedo simplemente marcharme, no sin asegurarme de que Hazel esté bien, pero debo distanciarme emocionalmente. Necesito construir mis propias barreras y proteger lo que queda de mi corazón antes de que sea demasiado tarde.

Hazel sigue siendo mi prioridad, y mientras ella me necesite, estaré aquí. Pero en cuanto a James... tengo que empezar a dejarlo ir y a aceptar que lo que podría haber sido no es más que un sueño que nunca se materializará.

Al caer la noche, cuando Hazel duerme, me encuentro de nuevo en mi habitación rodeada de oscuridad. Me siento en la cama, abrazando mis rodillas contra mi pecho, y dejo que mis lágrimas caigan libremente por mi cara, permitiéndome sentir el dolor que me atraviesa el pecho.

Sé que mañana será otro día, en el que intentaré de nuevo seguir adelante sin dejar que este dolor me consuma. Pero mientras la noche avanza, no puedo dejar de pensar que, aunque el distanciamiento es lo mejor para ambos, no será fácil. Porque no será sencillo olvidar lo que siento por James, ni tampoco seguir adelante sabiendo lo que podría haber sido.

Capítulo 17

James

El sonido del reloj en la pared es la única cosa que rompe el silencio aplastante de mi despacho. Tic, tac, tic, tac... cada segundo parece alargarse y cada minuto se arrastra con una lentitud insoportable. Estoy sentado a mi escritorio, pero no puedo concentrarme en nada de lo que tengo frente a mí. Los documentos, las sentencias, los informes... todo ha perdido sentido y ha quedado reducido a meras hojas de papel que no tienen poder para distraerme de lo único que ocupa mi mente.

Claire.

Hace solo unos días, tomé la decisión de distanciarme de ella, convencido de que era lo mejor para ambos. Pensé que alejándome, protegiendo mi corazón y el suyo, evitaríamos más dolor. Pero ahora, mientras el eco de esa decisión resuena en mi mente, me doy cuenta de lo equivocado que estaba, porque lo único que he conseguido ha sido empeorar las cosas, no solo para ella, sino también para mí. Desde que la he apartado de mi lado, solo soy una sombra de lo que era. Mis días son grises y vacíos, y todo lo que antes me daba consuelo en mi rutina diaria ahora parece carecer de sentido. Pienso en ella cada momento, preguntándome si también está sufriendo o si está tan rota como yo por esta distancia que nos he impuesto.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en mis manos tratando de encontrar alguna paz en el silencio que me rodea, pero lo único que veo es su cara y la tristeza en sus ojos cuando le dije que debíamos alejarnos. Pero incluso entonces, en lugar de ser honesto y admitir lo que realmente siento, opté por la cobardía de esconderme detrás de una fachada de frialdad.

Y ahora, me siento más miserable que nunca.

Me levanto de la silla y empiezo a caminar por el despacho, incapaz de quedarme quieto. Siento el peso de mis decisiones y de mis miedos y sé que estoy perdiendo algo importante, algo que podría haber sido hermoso si hubiera tenido el valor de arriesgarme.

A mi cabeza vuelve ella una y otra vez la forma en que su risa ilumina cualquier habitación o cómo su voz suave tiene el poder de calmar incluso las tormentas internas más feroces. Desde que llegó a nuestras vidas, ha sido un rayo de luz en la oscuridad que ha envuelto mi mundo desde que Olivia murió. Pero en lugar de aferrarme a esa luz, la he empujado lejos por mi maldito miedo a que lo que podría suceder si me acercaba a ella.

Pero ¿qué gano con este distanciamiento? Nada. Solo más dolor y más vacío. Necesito a Claire más de lo que estoy dispuesto a admitir, más de lo que jamás pensé que necesitaría a alguien después de Olivia.

Sigo dando vueltas por el despacho, haciendo resonar mis pasos y encontrar una solución que no implique perderla, ni destruir lo poco que nos queda. Pero cada idea que se me ocurre me parece inadecuada. Porque el problema no es solo que la haya alejado, sino que yo sigo atrapado en el pasado y en el miedo a traicionar la memoria de Olivia al permitirme amar de nuevo.

¿Es esto lo que Olivia hubiera querido? ¿Que me consumiera en la culpa y el dolor y que me negara la posibilidad de ser feliz de nuevo? En el fondo sé que la respuesta es no, porque Olivia era la persona más generosa y amorosa que he conocido, y sé que querría que siguiera adelante y que encontrara la felicidad, incluso si eso significaba amar a otra persona. Pero mi cabeza no deja de jugarme malas pasadas, haciéndome sentir que si me acerco a Claire, borraré

todo lo que Olivia y yo compartimos.

Me detengo frente a la ventana, mirando hacia el parque que se extiende bajo la luz tenue de la tarde. El mismo lugar donde Hazel y Claire suelen pasar las tardes, riendo y jugando. El simple hecho de pensar en Claire con Hazel me provoca una punzada en el pecho. Claire no es solo importante para mí, sino también para mi hija.

No puedo seguir así. No puedo seguir negando lo que siento, no cuando cada día que pasa me siento más perdido sin ella. Sé que debo hacer algo, pero la pregunta es, ¿qué? ¿Cómo puedo acercarme a Claire sin hacerle más daño? ¿Cómo puedo admitir lo que realmente siento sin arriesgarlo todo?

La puerta de mi despacho se abre, me giro y veo a Hazel, tan sonriente como siempre.

—¡Papá! —dice corriendo hacia mí—. ¿Quieres venir al parque? Claire y yo hemos planeando hacer una casita de flores.

La mención de Claire hace que mi corazón dé un vuelco. Trato de sonreír, aunque siento que el peso de la tristeza todavía sobrevuela sobre mí.

—No lo sé, cariño. Tengo mucho trabajo.

La decepción cruza su rostro, pero rápidamente la reemplaza con su habitual tenacidad.

—Vamos, papá. Será divertido. Claire dijo que podríamos hacer una casa lo suficientemente grande para que te sientes dentro.

Sus palabras, tan inocentes y llenas de entusiasmo, me hacen darme cuenta de lo que realmente es importante. No es solo lo que yo sienta, sino también lo que esto significa para Hazel y para su felicidad. Si continuo distanciándome, no solo me alejaré de Claire, sino también de mi hija y eso es algo que no puedo permitir.

Respiro hondo y finalmente asiento.

—Está bien, mi amor. Vamos al parque.

Hazel aplaude emocionada y corre delante de mí. En el parque observo a mi hija junto a Claire, que está de rodillas en el césped, organizando flores en pequeños ramilletes. La veo antes de que me vea y la imagen de ella, tan concentrada en su tarea, me golpea con fuerza. Claire ha sido la constante, el punto de estabilidad en nuestras vidas, y verla así, tan serena y distraída, me hace sentir un nudo en la garganta.

Cuando finalmente levanta la vista y me ve, hay una mezcla de sorpresa y cautela en sus ojos, como si no estuviera segura de cómo reaccionar a mi presencia. Y no la culpo. He sido frío y distante, y ahora, estoy aquí como si todo estuviera bien, cuando en realidad estoy más confundido que nunca.

—James —dice con voz suave, aunque contenida.

—Claire —respondo esforzándome por mantener mi tono neutral—. Hazel me ha convencido de unirme a vuestra construcción de la casa de flores.

Ella asiente, pero la tensión entre nosotros es palpable. Hazel, ajena a todo esto, sigue hablando animadamente sobre los planes para la casita, describiendo cómo quiere que sea y qué flores le gustaría usar. Me siento en el césped junto a ellas y mientras Hazel continúa hablando, siento la necesidad de decir algo y romper el hielo que he creado entre Claire y yo.

—Claire, debo disculparme —le digo finalmente—. No he sido justo contigo. Te he alejado de mí, cuando deberías haber estado más cerca. Y lo siento... por todo.

Ella me mira y, por un momento, pienso que me va a decir algo, pero luego, simplemente asiente con expresión tranquila, aunque veo el dolor que intenta esconder. No sé si mis palabras han significado algo, pero tenía que decirlo. Necesitaba que supiera que me doy cuenta de lo que

he hecho y que me arrepiento.

Después de mi disculpa, pasamos el resto de la tarde construyendo la casita de flores y, aunque el ambiente es más ligero gracias a Hazel, la tensión entre Claire y yo continúa, a pesar de que me parece que quizá hay una posibilidad de reconciliación que antes no existía. Es un pequeño rayo de esperanza, y aunque no sé cómo se desarrollarán las cosas a partir de ahora, sé que no puedo seguir alejándome de ella.

El sol comienza a ponerse y, mientras observo a Hazel y Claire riendo juntas, siento una paz que no había sentido en días. Sé que mi lucha interna no ha terminado y que aún tengo mucho que resolver, pero por primera vez, me permito pensar que tal vez podría encontrar una manera de seguir adelante sin apartar a Claire de mi lado.

Capítulo 18

Claire

El aire fresco de la mañana me recibe mientras cruzo la puerta del edificio de apartamentos, Hazel camina a mi lado, con su pequeño rostro lleno de entusiasmo por la excursión que hemos planeado para hoy. Iremos a uno de los parques favoritos de Hazel, donde hay muchos árboles y un pequeño lago con patos y un laberinto de caminos serpenteantes, que invitan a perderte en ellos. Es un lugar tranquilo y bonito, perfecto para pasar un día lleno de juegos y risas.

—¿Podemos ir a ver los patos primero? —me pregunta Hazel emocionada mientras tira de mi mano, guiándome hacia el lago.

—Por supuesto, cariño. Vamos a verlos —respondo con una sonrisa, dejando que su entusiasmo me envuelva.

Mientras caminamos hacia el lago, me esfuerzo por mantener mis pensamientos, en disfrutar de este día con Hazel sin permitir que las sombras de mis sentimientos por James oscurezcan la felicidad de estar con ella. Cuando llegamos al lago, Hazel se arrodilla en el borde y observa cómo los patos chapotean en el agua. Su risa es contagiosa y, por un momento, me permito relajarme y disfrutar de la simplicidad de este momento. Sin embargo, una parte de mí sigue alerta, preocupada por lo que vendrá, por cómo manejaré el inevitable encuentro con James cuando regresamos a casa.

De repente, Hazel se levanta y corre hacia un grupo de niños que están jugando a lo lejos. Me quedo observándola y mi corazón se llena de ternura al verla tan feliz. Pero esa sensación de paz se disipa rápidamente cuando, de repente, la pierdo de vista entre la multitud.

—¡Hazel! —llamo preocupada. Pero no la oigo y sigo sin verla.

Mi corazón comienza a latir más rápido y, una sensación de pánico me invade mientras corro hacia donde la vi por última vez. Busco desesperadamente entre la gente, pero no está en ningún lado. Mis pensamientos se vuelven caóticos y el miedo se instala en lo más profundo de mí. ¿Dónde está? ¿Cómo ha podido desaparecer tan rápido?

—¡Hazel! —grito de nuevo con la voz más desesperada.

La gente a mi alrededor comienza a mirarme, pero nadie parece haberla visto. Mis manos tiemblan y me esfuerzo por no perder la calma. Debo encontrarla. No puedo permitir que le pase algo. Mi cabeza corre a mil por hora, tratando de pensar en dónde podría haber ido, pero la verdad es que no tengo ni idea.

Finalmente, decido hacer lo único que puedo pensar en este momento: llamar a James. Mis manos temblorosas apenas logran marcar su número, y cuando escucho su voz al otro lado, siento una oleada de alivio mezclada con el miedo que todavía me consume.

—James... no encuentro a Hazel —digo tratando de mantener la voz firme, aunque no lo consigo.

Hay un breve silencio al otro lado de la línea antes de que él responda con la voz tensa y llena de preocupación.

—¿Dónde estás, Claire?

Le doy la ubicación, tratando de ser lo más clara posible.

—Voy de inmediato.

Cuelgo y mi corazón continúa latiendo desbocado, mientras sigo buscando a la niña por

todas partes. Intento no ponerme en lo peor, pero es difícil no dejar que los pensamientos oscuros se cuelen en mi cabeza.

Finalmente, veo a James corriendo hacia mí con el rostro pálido y los ojos llenos de la misma preocupación que siento yo. No hay tiempo para explicaciones ni formalidades. Ambos sabemos lo que tenemos que hacer: encontrar a Hazel cuanto antes.

—¿Dónde la has visto por última vez? —pregunta lleno de angustia.

Le señalo el lugar y él empieza a buscar sin perder un segundo. Nos dividimos, cada uno se encarga de un lado diferente del parque. Mientras corro por los senderos, llamando a Hazel una y otra vez, siento cómo mi miedo se convierte en desesperación. ¿Qué haré si no la encontramos? No puedo ni siquiera imaginarme ese escenario.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, escucho una voz familiar.

—¡Claire!

Me giro y veo a James, sosteniendo a la cría en brazos. Mi corazón se detiene por un segundo y, luego, el alivio me golpea como una ola, tan fuerte que casi me deja sin aliento. Corro hacia ellos y cuando llego, abrazo a Hazel con toda la fuerza que me queda, sin poder contener las lágrimas que amenazaban con caer desde el principio.

—Dios, Hazel... —susurro con la voz rota por la emoción—. No sabes cuánto me has asustado.

La niña, ajena a la magnitud de lo que ha sucedido, solo sonríe y me abraza, como si nada hubiera pasado.

—Lo siento, Claire. Vi un perrito muy bonito y lo seguí.

La simplicidad de su respuesta y la inocencia con la que lo dice me deja sin palabras. Todo este tiempo, mientras el pánico se apoderaba de mí, ella solo estaba disfrutando de la belleza del mundo a su manera, sin darse cuenta del caos que había causado.

James, que ha estado en silencio durante todo este tiempo, finalmente habla.

—Por suerte, la hemos encontrado.

Miro a James y en sus ojos veo un reflejo de lo que siento, el alivio mezclado con el miedo. Hay una conexión entre nosotros en este momento, que trasciende todo lo que ha pasado, todo lo que hemos intentado eliminar.

—Sí... —susurro.

El viaje de regreso a casa es silencioso, cada uno de nosotros está inmerso en sus propios pensamientos. Hazel, agotada por la emoción del día, se queda dormida en el asiento trasero y, mientras la miro, no puedo evitar sentir una oleada de amor tan fuerte que casi me abruma. Ella es lo más importante y haré cualquier cosa por protegerla, incluso si eso significa seguir luchando contra mis propios miedos e incertidumbres..

Al llegar al apartamento, James lleva a Hazel a su habitación y yo los sigo en silencio. Cuando la acuesta y la cubre con una manta, me doy cuenta de lo vulnerable que se ve en este momento, tan diferente de la figura fuerte y controlada que siempre muestra. Salimos de la habitación y cerramos la puerta con cuidado para no despertarla. Nos quedamos en el pasillo y nos miramos. El silencio que hay entre nosotros está lleno de todo lo que no hemos dicho. Finalmente, James se vuelve hacia mí, con expresión seria pero no distante.

—No puedo... no puedo dejar de pensar en lo que podría haber pasado si no la hubiéramos encontrado.

Sus palabras, tan cargadas de emoción, me alcanzan de una manera que no esperaba. Lo miro y veo el mismo miedo reflejado en sus ojos, el mismo dolor que he sentido yo.

—Yo tampoco —respondo con voz temblorosa—. Ha sido aterrador, lo he pasado fatal..

Hay un momento de silencio, en el que nuestras miradas se encuentran y siento que algo está cambiando entre nosotros. La intensidad de la situación ha derribado algunas de las barreras que ambos habíamos levantado y, por un instante, me pregunto si esto podría ser el comienzo de algo nuevo.

James da un paso hacia mí y puedo ver la lucha en su expresión entre lo que siente y lo que cree que debe hacer. Su proximidad me hace sentir vulnerable y expuesta, pero también hay un calor reconfortante en saber que no estoy sola en esto.

—Claire... —comienza en apenas un susurro—. No puedo seguir ignorando lo que siento.

Mi corazón late con fuerza, con una mezcla de esperanza y temor. Este es el momento que ambos hemos estado evitando, pero ahora no sé qué decir, ni qué hacer. Lo único que sé es que también he estado luchando, intentando eliminar lo que siento, y tal vez sea este el momento de dejar de luchar.

—James, yo... —intento hablar, pero las palabras se me atragantan en la garganta.

Antes de que pueda continuar, él levanta una mano y sus dedos rozan suavemente mi mejilla y el contacto de sus dedos en mi piel es como una chispa que enciende todo lo que he estado reprimiendo. Finalmente, después de lo que parece una eternidad, James baja la mano y posa su mirada en la mía.

—No sé qué va a pasar. Pero sé que no quiero perderte.

Sus palabras, llenas de sinceridad, me llegan al alma y, por primera vez en mucho tiempo, siento que tal vez, podríamos encontrar un camino a través de todo esto, juntos.

—Yo tampoco quiero perderte—respondo con voz firme pero suave.

Nos quedamos allí, en el pasillo, con la oscuridad envolviéndonos, pero esta vez, hay una luz al final del túnel. Una luz que no sé a dónde nos llevará, pero que estoy dispuesta a seguir.

Capítulo 19

James

Estoy en el salón, con un vaso de whisky en la mano, observando el reflejo de las luces tenues en el cristal, mientras que la casa está en silencio. No suelo beber solo, pero hoy necesito algo que me ayude a calmar la tormenta que ruge dentro de mí.

No puedo dejar de pensar en el terror absoluto que he sentido cuando Claire me ha llamado, con la voz temblorosa y llena de pánico. En ese momento, todo lo demás ha dejado de importar, excepto encontrar a Hazel. Y luego, cuando finalmente la he tenido en mis brazos, el alivio ha sido tan intenso que casi me desmorono allí mismo. Pero no fue solo el miedo por Hazel lo que me ha afectado tanto, sino también el miedo a perder a Claire. Mientras buscaba a mi hija lleno de angustia, me he dado cuenta de algo que he estado negando durante demasiado tiempo: no puedo seguir fingiendo que Claire es solo la niñera de mi hija. Ella es mucho más que eso para mí y ya no puedo seguir ignorando lo que siento.

Apoyo el vaso sobre la mesa, mientras mis pensamientos giran dentro de mí en un torbellino de emociones que no logro controlar. Desde que llegó a casa, Claire ha sido una constante en nuestras vidas, un pilar de estabilidad y calidez que ha traído luz a un hogar que llevaba demasiado tiempo sumido en la oscuridad. Y aunque he intentado mantenerla a distancia, por miedo a lo que eso podría significar, ahora sé que no puedo seguir así. Me levanto de la silla, incapaz de quedarme quieto, y empiezo a caminar por la sala. Cada paso que doy parece llevarme más cerca de una decisión que he estado evitando. Sé que necesito acercarme a Claire y demostrarle que estoy dispuesto a intentarlo, aunque no esté seguro de cómo. Pero el miedo a lo que podría perder si no sale bien sigue ahí. Sin embargo, el miedo de perderla definitivamente es aún mayor que todo lo demás.

Finalmente, me detengo frente a la chimenea, observando las llamas que bailan sobre los troncos. Pienso en Claire, en su fuerza, en su bondad y en la forma en que siempre ha estado ahí para Hazel y para mí, aunque yo no lo haya merecido. Pienso en cómo me he comportado y en cómo la he herido al mantenerla a distancia de mí y siento una punzada de arrepentimiento que me atraviesa el pecho.

—No puedo perderla —murmuro en voz baja, como si decirlo a viva voz lo hiciera más real y definitivo.

Sé lo que debo hacer. Ya no puedo seguir escondiéndome detrás de las excusas y de la culpa por Olivia. Nunca podré olvidarla, pero también sé que ella querría que siguiera adelante y encontrara la felicidad. Y Claire... me hace sentir cosas que pensé que nunca volvería a experimentar. Sin atreverme a pensarlo más, salgo del salón y me dirijo hacia el pasillo que lleva a las habitaciones. Cada paso que doy resuena en el silencio del apartamento y con cada uno de ellos, siento cómo se reafirma mi decisión. Voy a hablar con Claire, a decirle todo lo que siento. Es lo único que puedo hacer si no quiero seguir viviendo con este vacío y con la sensación de que algo importante se me está escapando. Creo que le debo una explicación de todo lo que siento por ella.

Llego a la puerta de su dormitorio y me detengo un momento para ordenar mis pensamientos y encontrar las palabras adecuadas. Sé que no será fácil, pero no puedo dejar pasar esta oportunidad. Respiro hondo y llamo suavemente a la puerta con los nudillos.

—Claire, ¿puedo hablar contigo? —mi voz suena más temblorosa de lo que esperaba, pero no retrocedo.

La puerta se abre unos segundos después y Claire aparece tras ella. Su expresión es una mezcla de sorpresa y cautela y puedo ver que también está luchando con sus propios sentimientos.

—¿Qué sucede? —pregunta con voz suave, pero llena de tensión.

—Necesito hablar contigo... sobre lo que ha estado pasando entre nosotros —digo esforzándome por mantener la calma.

Ella asiente y me hace un gesto para que entre en su habitación. Su dormitorio es un espacio pequeño y acogedor, con una calidez que refleja su personalidad. Me siento en la silla, que hay junto a la ventana, y ella lo hace en la cama, mirándome con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—Sé que no he sido justo contigo —comienzo buscando las palabras correctas—. He estado distante y frío y sé que eso te ha hecho daño.

La sorpresa en su rostro es evidente, pero no dice nada.

—No he sabido cómo manejar lo que siento por ti —admito en voz baja—. Desde que Olivia murió, he estado atrapado en este ciclo de culpa y miedo, temiendo que al permitirme sentir algo por otra persona, estaría traicionando su memoria. Pero hoy me he dado cuenta de que ya no puedo seguir así.

Su mirada se suaviza y veo que está escuchando con atención lo que le digo.

—Te necesito en mi vida —le digo finalmente con voz firme—. No solo como la niñera de Hazel, sino como algo más. Sé que he sido un cobarde al no hacer frente a mis sentimientos antes y no sé si es demasiado tarde, pero estoy dispuesto a intentarlo y a encontrar una manera de hacer que esto funcione... si tú también lo quieres.

La miro, esperando y temiendo su respuesta, pero sabiendo que tengo que aceptar lo que sea que me diga. Finalmente, lanza un hondo suspiro y veo cómo sus hombros se relajan.

—He estado muy confundida... y también muy dolida —me dice con la voz llena de emoción—. No sabía qué pensar ni qué hacer. Pero si hay algo que he aprendido hoy, es que no quiero vivir arrepintiéndome de lo que no hice. Y si estás dispuesto a intentarlo... entonces yo también o.

Sus palabras son un bálsamo para mi alma, una chispa de esperanza en la oscuridad que ha envuelto mi vida durante todo este tiempo. Me levanto de la silla, sintiendo como el peso que he cargado sobre mis hombros comienza a desaparecer, y me acerco a ella.

Nos miramos en silencio, conscientes de lo que significa este momento y extendiendo una mano hacia ella y cuando Claire la toma, siento una conexión tan fuerte, que casi me deja sin aliento.

—No sé cómo será el futuro —digo con suavidad—. Pero lo único que sé es que quiero vivirlo contigo a mi lado.

Claire me sonríe y asiente.

—Entonces, lo viviremos juntos —responde con convicción.

Nos quedamos uno frente al otro, en silencio y sabiendo que este es solo el primer paso, pero también el más importante. La luz suave de la lámpara apenas ilumina el espacio, pero es suficiente para ver cada detalle de su rostro. Claire está tan cerca que puedo sentir su respiración, tranquila pero entrecortada, como si estuviera esperando algo, que ambos hemos estado evitando, pero que en este momento parece inevitable.

Mis ojos recorren su rostro y se detienen en sus labios, ligeramente entreabiertos, como si estuvieran a punto de pronunciar una palabra, pero no lo hacen. Mi corazón late con fuerza, pero ahora mismo, no quiero estar en ningún otro lugar que no sea frente a ella.

—James... —susurra mi nombre, pero esa única palabra, pronunciada de esa manera, me atraviesa.

Mis manos, que hasta ahora han estado rígidas a mi lado, comienzan a moverse casi por instinto, levantándose lentamente hasta su cara. Claire no se aparta. Sus ojos están fijos en los míos, abiertos y expectantes. Mi pulgar traza un camino suave sobre su mejilla y siento cómo tiembla bajo mi tacto, pero no me detengo.

—No sé cómo... —empiezo a decir, aunque las palabras se me atorán en la garganta. Claire solo sonrío de manera tímida y, en ese instante, todo parece encajar. No necesito decir nada más. Mis dedos se deslizan hasta su nuca y se entrelazan con su cabello. Ella se inclina hacia mí, como si estuviera esperando que finalmente dejara de luchar contra lo inevitable. Nuestras respiraciones se mezclan, cálidas, en el pequeño espacio que queda entre nosotros. Me acerco más a ella, casi con miedo de romper la magia del momento, pero no puedo esperar más. Mis labios rozan los suyos con una suavidad que me sorprende. El primer contacto es lento, casi tímido, como si ambos estuviéramos descubriendo algo por primera vez. Pero en cuanto siento su boca en la mía, la realidad se desvanece. Todo lo que existe es ella. Nuestro beso se vuelve más profundo y mis manos se aferran a su cara con más intensidad, como si temiera que si la suelto todo desaparecería. Claire responde de la misma manera, sus manos suben por mi pecho hasta aferrarse a los bordes de mi camisa, como si necesitara un ancla, algo que yo también lo necesito.

El calor de su piel y la suavidad de su boca me envuelven y me consume. No solo es un beso urgente, ni su pasión descontrolada. Es algo más. Es lento, cuidadoso, como si ambos estuviéramos saboreando este momento para guardarlo en nuestra memoria para siempre.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respiramos con dificultad, pero no me aparto. Nuestras frentes se tocan y, por un momento, nos quedamos así, en silencio, disfrutando de nuestra cercanía. Mi corazón late tan rápido que temo que pueda escucharlo.

—No sé qué va a pasar —susurro finalmente con la voz cargada de emoción—, pero sé que no quiero que termine.

Claire sonrío y su sonrisa ilumina la habitación.

—Ni yo —responde en un murmullo con sus manos aún aferradas a mi camisa, como si temiera que este momento pudiera desvanecerse en cualquier momento.

Y con eso, sé que no hay vuelta atrás.

Capítulo 20

Claire

La puerta de mi habitación se cierra suavemente detrás de mí, pero el eco de lo que acaba de suceder sigue retumbando en mi pecho. Me apoyo en la pared, incapaz de dejar de pensar en nuestro beso. Mi primer beso con James. Nunca lo hubiera imaginado. Desde el primer día que nos conocimos, nunca pensé que el hombre serio, distante y con la mirada siempre tan cargada de preocupación, pudiera ser capaz de derretir mi corazón de esta manera. Y, sin embargo, aquí estoy, con las emociones a flor de piel, tratando de procesar el cambio tan drástico que acaba de ocurrir entre nosotros.

Me llevo la mano a los labios, sintiendo aún el leve cosquilleo que me ha dejado su beso. Es como si este beso hubiera derrumbado todas las barreras que he mantenido durante tanto tiempo. El miedo, la incertidumbre y las dudas sobre lo que James realmente sentía por mí parecen haberse desvanecido, aunque una pequeña parte de mí sigue siendo cautelosa. James ha estado luchando con sus propios demonios y, aunque este beso significa algo, no sé hasta qué punto está dispuesto a dejarse llevar.

Me acerco a la ventana de mi habitación y miro hacia el exterior. La luna llena ilumina el paisaje con una luz suave, y el parque que he visto tantas veces desde aquí ahora parece distinto. Es como si cada rincón del mundo hubiera cambiado de color, como si todo brillara un poco más ahora que sé que James y yo hemos cruzado una línea que ninguno de los dos puede ignorar.

Una sonrisa tonta aparece en mis labios. Estoy feliz. Y asustada. Pero más feliz que asustada. Y eso, para mí, ya es un gran avance.

Por la mañana, el día brilla con una luminosidad fresca y clara, una señal de que todo, hasta el clima, está a mi favor. Hazel corre por el jardín sin dejar de reír, mientras James y yo la vigilamos a cierta distancia. La niña ha propuesto jugar al escondite y aunque en un principio pensé que el juego solo sería una mera distracción, me doy cuenta de que está sirviendo como un escape perfecto para el torbellino de emociones que me atraviesa desde anoche.

James me sigue de cerca mientras corremos por el césped, buscando un lugar donde escondernos. Puedo sentir su mirada fija en mí y, también, la atracción entre nosotros. Me escondo tras un seto alto y cuando me giro, él ya está ahí, más cerca de lo que esperaba.

—¿Crees que aquí no nos encontrará? —susurra James, con una sonrisa que me deja sin aliento.

—Espero que no —respondo, intentando sonar natural, aunque la atracción que sentimos el uno por el otro consigue que nuestras palabras parezcan cargadas de algo mucho más profundo.

Nuestros cuerpos casi se tocan y el aire parece haberse vuelto más denso a nuestro alrededor. Es como si todo el parque se hubiera desvanecido, dejando solo este pequeño rincón donde estamos escondidos y donde solo existimos nosotros.

—Sobre lo de anoche... —comienza James, pero antes de que pueda continuar, me acerco a él, impulsada por un deseo que ya no puedo seguir ignorando y lo beso de nuevo, pero esta vez con más necesidad. Sus labios responden al instante y siento cómo me envuelve con sus brazos, acercándose más a él. El beso es suave, pero está lleno de una mezcla perfecta de

dulzura y deseo.

El sol calienta nuestra piel y el sonido de la risa de Hazel en la distancia se mezcla con el susurro del viento entre las hojas. En este momento, todo es tan perfecto e íntimo, que no quiero que termine.

Cuando nos separamos, nuestras frentes se tocan, y James me mira con una intensidad que hace que mi corazón se acelere aún más.

—No sé cómo hemos llegado hasta aquí —dice en voz baja, casi como si hablara para sí mismo—, pero quiero que continúe.

Sus palabras me llenan de una felicidad que apenas consigo contener, por lo que no puedo evitar sonreír.

—Yo tampoco quiero que se detenga —respondo con sinceridad.

Nos quedamos así un momento más, con las respiraciones entrelazadas y compartiendo un silencio en el que no necesitamos las palabras, hasta que un grito rompe la magia.

—¡Os he encontrado! —Hazel aparece de repente, y se detiene justo a nuestro lado, con las manos en las caderas, mirándonos con una expresión de superioridad fingida—. Sabía que estabais aquí.

James y yo nos apartamos rápidamente, aunque nuestras manos aún se rozan, una pequeña conexión que ninguno de los dos parece querer romper. Nos miramos, intentando disimular, pero es obvio que Hazel ha visto algo. Lo veo en sus ojos brillantes y en su sonrisa cómplice.

—Muy bien, nos has encontrado —dice James riéndose para intentar distraerla.

Pero Hazel nos mira a ambos con una expresión más pícaro que nunca.

—Estabais muy juntitos —dice alargando la palabra como si supiera exactamente lo que está insinuando.

Siento el calor subirme por las mejillas, pero antes de que pueda decir algo, James se ríe suavemente y le revuelve el pelo.

—Somos malos escondiéndonos, ¿verdad? —le contesta sin perder la calma.

Hazel asiente, satisfecha con su victoria, y se gira hacia mí.

—Claire, tú te escondes conmigo la próxima vez —declara con una autoridad que no puedo discutir.

—Claro, cariño —respondo con una sonrisa—. Nos esconderemos tan bien que tu padre no podrá encontrarnos.

La niña ríe con entusiasmo y se echa a correr nuevamente, dándonos unos segundos más de tregua. Cuando desaparece detrás de los arbustos, James se gira hacia mí con una sonrisa traviesa.

—Me temo que nos ha pillado.

—Hazel es más lista de lo que parece —respondo sintiendo aún el rubor en mis mejillas.

—Sí, lo es. ¿Te sientes cómoda? —me pregunta de repente con tono más serio.

Su pregunta me toma por sorpresa, pero la sinceridad en su voz me hace sonreír. Sé que se refiere a lo que está creciendo entre los dos.

—Sí, estoy más que cómoda —respondo, mi voz suave, pero segura—. Estoy feliz.

James me mira, como si estuviera memorizando mis palabras y luego asiente, como si una carga que había estado llevando se desvaneciera.

—Yo también estoy feliz —me dice antes de inclinarse para darme un beso rápido, como si aún no pudiera creer lo fácil que parece todo.

La voz de Hazel llamándonos desde la otra punta del parque interrumpe el momento, pero mientras nos unimos a su juego de nuevo, sé que algo importante ha cambiado. El deseo de estar juntos ya no es algo que tengamos que ignorar o reprimir. Está ahí y ninguno de los dos parece querer esconderlo más.

Y por primera vez en mucho tiempo, sé que he dejado los miedos atrás y estoy emocionada por lo que tengo por delante.

Capítulo 21

James

El sol empieza a descender en el horizonte cuando me detengo en la puerta del salón para observar a Claire y Hazel. Ambas están sentadas en el sofá, inmersas en un cuento que Claire le está leyendo, mientras mi hija está acurrucada a su lado escuchándola con atención. La escena me provoca una calidez que hacía mucho que no sentía y no puedo evitar sonreír mientras las observo. Me aclaro la garganta suavemente, y las dos levantan la vista hacia mí.

—¿Qué tal si hacemos algo diferente este fin de semana? —pregunto sabiendo que mi pregunta va a despertar la curiosidad en Hazel.

—¿Cómo de diferente? —replica mi hija, sentándose derecha en el sofá y con la mirada llena de entusiasmo.

Claire también me mira con curiosidad, pero con una sonrisa cautelosa.

—Estaba pensando que podríamos ir a la casa de los Hamptons. Hace mucho que no vamos. —Mis palabras fluyen con naturalidad, pero no puedo evitar sentir una pequeña oleada de nervios. Es más que un simple viaje de fin de semana, es invitar a Claire a otro espacio de mi vida, uno que aún no ha conocido.

Hazel, tal y como me esperaba que haría, salta del sofá emocionada.

—¡Sí! ¡Claire, tienes que ver mi casa del árbol! Es gigante y tiene una cuerda para bajar como en las películas. ¡Y la piscina es gigante! —Habla con tanto entusiasmo que no puedo evitar sonreír.

Claire me mira, esta vez con un poco más de sorpresa. Sé que para ella, los Hamptons es un mundo desconocido, uno lleno de lujos que probablemente jamás ha imaginado. Veo la duda momentánea en sus ojos, aunque rápidamente la reemplaza con una sonrisa.

—Nunca he estado en los Hamptons —dice suavemente—. Así que me parece una gran idea.

Al escucharla, mi corazón da un vuelco. Claire no es una mujer que se deje impresionar fácilmente por el lujo, algo que me gusta mucho de ella. Pero lo que me fascina aún más es su capacidad para aceptar estos nuevos espacios en mi vida, que hasta ahora habían estado completamente cerrados para cualquiera.

—Entonces, ¿os gusta mi plan? —digo, mirando a Hazel que ya está bailando de felicidad por la sala—. ¿Preparamos la maleta para mañana y salimos temprano?

—¡Síiiii! —grita mi hija levantando los brazos con entusiasmo y una gran sonrisa.

A la mañana siguiente, el coche avanza suavemente por la carretera mientras nos dirigimos hacia los Hamptons. Claire está sentada a mi lado en el asiento del copiloto, observando por la ventana cómo cambia el paisaje, dejando atrás la ciudad para dar paso a la tranquilidad de las playas y las casas elegantes, en medio de un fantástico día soleado.

Hazel, desde el asiento trasero, no ha dejado de hablar sobre la casa, la casita en el árbol y todos los lugares que le quiere enseñar a Claire. Su entusiasmo es contagioso, y cada vez que Claire le responde con interés, siento una especie de satisfacción que me invade.

El viaje hasta la casa es corto y cuando llegamos, estaciono el coche frente a la entrada principal. La casa se alza majestuosa frente a nosotros, con sus paredes blancas y grandes

ventanales que reflejan el brillo del sol. El océano se puede ver a lo lejos, con su color azul profundo que se mezcla con el cielo en una línea infinita.

—Guau... —murmura Claire al bajar del coche, recorriendo con la mirada la casa.

—Es más impresionante por dentro —le digo sonriente y con ganas de mostrarle este lugar tan especial para mí y para mi hija.

Hazel, por supuesto, no pierde ni un segundo y sale corriendo hacia la puerta de la casa gritando:

—¡Ven, Claire! ¡Vamos a mi habitación!

El interior de la casa es una mezcla entre el lujo, propio de la zona, y la calma, propio de una segunda residencia, donde siempre hemos venido a descansar. Los techos altos, los suelos de madera clara y las grandes ventanas que dejan entrar la luz del sol están diseñados para dar sensación de paz. Pero más allá de su belleza, es el hecho de estar aquí con Claire y Hazel lo que hace que este lugar cobre un nuevo significado par a mí.

Después de que mi hija hace su recorrido por toda la casa, para mostrarle a Claire cada rincón, incluyendo su preciada casa en el árbol, decidimos pasar el resto de la tarde en la piscina. El aire cálido hace que el agua cristalina parezca aún más tentadora, por lo que no dudamos en ponernos los bañadores para darnos un chapuzón.

Claire sale de la casa en traje de baño, con una expresión que mezcla emoción y un toque de timidez. Sus pasos son lentos, mientras se acerca a la piscina, y no puedo evitar observarla, admirando cómo la luz del sol resalta el brillo en su cabello y la suavidad de su piel. Por lo que la conozco, sé que no es alguien que se sienta completamente cómoda en este tipo de lujos, pero la forma en que se adapta a este lugar, con su habitual sencillez y gracia innatas, me hace sonreír.

—¿Te animas a meterte? —le pregunto intentando ocultar una sonrisa traviesa.

—Estaba pensando en hacerlo poco a poco... —responde, con un destello juguetón en los ojos, pero antes de que pueda terminar la frase, me acerco y la tomo por la cintura, levantándola suavemente del suelo.

—James, no te atrevas... —comienza a decir, pero su risa la delata antes de que termine la frase.

Sin darle tiempo a protestar, la llevo hasta el borde de la piscina sin dejar de reír y la dejo caer al agua con suavidad. El chapoteo resuena en el aire mientras ella emerge a la superficie y su risa se mezcla con la mía.

—¡Voy a ir a por ti! —grita entre risas, nadando hacia mí.

—Ah, ¿sí? —respondo, desafiándola mientras me meto en el agua.

Nos movemos en la piscina y, por un momento, todo lo demás desaparece. Es solo el suave sonido de nuestras risas, la frescura del agua en nuestra piel y la proximidad que hay entre nuestros cuerpos lo único que existe. Claire se acerca hasta mí y me toma de los hombros con sus manos para mantenerse a flote y me mira. La intensidad de su mirada me paraliza. Me acerco a ella y cuando nuestros labios se encuentran bajo la luz del sol, el mundo entero parece detenerse. El beso es suave. No hay prisa, solo el deseo de estar juntos y disfrutar este momento. Siento la calidez de su cuerpo contra el mío y el latido rápido de su corazón al unísono con el mío. Y por un instante, todo parece perfecto.

Nos separamos brevemente y ella me sonríe, con los ojos entrecerrados por el brillo del sol.

—Me alegra que hayas planeado este viaje —susurra con voz suave.

—A mí me alegra que hayas venido —le respondo, sin apartar la mirada de sus labios,

queriendo besarla una y otra vez.

Hazel aparece de repente y se lanza al agua como un torpedo, rompiendo el hechizo con su entusiasmo.

—Papá, Claire, ¿habéis visto cómo me he tirado al agua? —grita, chapoteando junto a nosotros.

Nos reímos, volviendo a la realidad, pero la conexión entre ella y yo sigue ahí, más fuerte que nunca.

Mientras la tarde se convierte en noche y las estrellas comienzan a brillar sobre nosotros, me doy cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, no tengo miedo al futuro, porque aquí, con Claire y Hazel, siento que todo es posible.

Y sé que no quiero que nada de esto termine.

Capítulo 22

Claire

El lujo de la mansión de los Hamptons es abrumador, casi tanto como la sensación que tuve al ver el apartamento de Nueva York por primera vez. Pero aquí, en este lugar junto al mar, el lujo es diferente. Es más abierto, más expansivo, como si el océano se hubiera infiltrado en cada rincón de la casa para darle un aire fresco y nuevo.

La enorme estructura blanca se alza sobre una colina suave, rodeada de césped, perfectamente cuidado, que desciende hasta una playa privada que apenas puedo distinguir desde aquí. Las ventanas gigantescas reflejan el cielo azul y el sonido de las olas rompiendo en la distancia es envolvente. El aire huele a sal y una brisa ligera hace que mi pelo se agite.

Hazel no puede contener su entusiasmo. Apenas hemos bajado del coche cuando ya está tirando de mi mano, impaciente por mostrarme todo.

—¡Claire, tienes que ver la casita en el árbol! —exclama emocionada—. ¡Es mi lugar favorito!

Sonrío y dejo que me arrastre. Todo parece irreal, como si estuviera en el escenario de una película. La casa, el mar, la brisa... todo parece sacado de una fantasía. Mientras caminamos hacia el jardín, Hazel me hace una visita guiada improvisada, señalando cada detalle con energía inagotable. La casita en el árbol es, efectivamente, una obra maestra en miniatura: casi tan grande como un pequeño apartamento. Tiene una escalera de cuerda, una plataforma elevada y hasta ventanas con cortinas que parecen hechas a medida. Hazel entra corriendo y su risa resuena con fuerza.

James me observa desde la distancia con una sonrisa tranquila. Lo veo relajado, casi más que nunca, y me doy cuenta de lo importante que es para él estar aquí, en este lugar tan personal. El simple hecho de verlo en este ambiente me llena de una calidez que no puedo explicar del todo. Es como si estuviera viendo un lado de él que rara vez se permite mostrar.

—¿Te gusta? —pregunta mientras se acerca.

—Es increíble —respondo, todavía asombrada por todo lo que me rodea—. Nunca he visto nada como esto.

—Me alegra que te guste. Este lugar... —se detiene por un momento, mirando hacia el mar— tiene algo especial. Aquí, todo parece diferente.

Lo dice de una manera tan honesta que su voz parece resonar más allá de sus palabras. Lo entiendo, aunque no lo diga explícitamente: aquí, lejos del caos de la ciudad y de las responsabilidades, puede bajar las defensas y ser solo James.

Hazel corre de nuevo hacia nosotros y me toma de la mano.

—¡Te voy a enseñar mi cuarto, Claire! ¡Y tu habitación es justo la que está al lado de la mía! —me dice con una risa radiante, mientras tira de mí para llevarme al interior de la mansión.

El diseño del interior de la casa es una mezcla perfecta entre lujo moderno y comodidad. El suelo es de madera clara, los sofás son de lino blanco y enormes ventanales inundan todo con luz natural. La decoración es elegante, pero acogedora, como si cada objeto estuviera colocado exactamente donde debía estar para ofrecer tranquilidad.

Hazel corre hacia su habitación y me enseña cada rincón. Me río ante su entusiasmo, pero pronto me detengo en mi propia habitación de invitados. Cuando James me contó que el lugar

era espacioso y cómodo, no me había imaginado esto. El ventanal que ocupa casi toda una pared de mi dormitorio ofrece una vista panorámica del océano. Desde aquí, puedo ver las olas rompiendo suavemente en la orilla y el sonido del agua es tan relajante que podría quedarme aquí para siempre. Es uno de esos lugares donde todo parece posible.

—Es precioso —susurro, más para mí misma que para nadie.

Después de darnos un baño en la piscina, me siento en la cama, mirando el mar por un momento antes de comenzar a sacar mis cosas de la maleta. Mientras coloco algunas prendas en el armario, siento cómo la calma me envuelve. Lanzo un hondo suspiro y siento como si este lugar tuviera la capacidad de detener el tiempo y poner en pausa todo lo que me inquieta. Después de un rato, decido organizar también las cosas de Hazel. Su habitación está junto a la mía, lo que me da la tranquilidad de que, si necesita algo, puedo estar a su lado en cuestión de segundos. Mientras doblo algunas de sus camisetas y las coloco en los cajones, el ambiente de la casa me parece aún más acogedor. No es solo el lujo, sino la sensación de que estoy donde debo estar y de que pertenezco a este pequeño mundo que James y Hazel me han invitado a compartir.

De repente, siento una presencia a mis espaldas. Me giro y veo a James en la puerta, apoyado en el marco y sin dejar de observarme. Sus ojos me miran con una intensidad que me paraliza por un instante. Hay algo en la forma en que me mira, algo diferente.

—Claire... —susurra, como si mi nombre fuera todo lo que necesitara decir.

Dejo la camiseta que estoy doblando y lo miro a los ojos. El ambiente entre nosotros cambia de inmediato. Es como si el aire se hubiera vuelto más denso y más cargado de electricidad. No es solo deseo lo que siento, es algo más profundo, algo que me hace sentir vulnerable y, al mismo tiempo, más conectada a él que nunca.

James cruza la habitación en un par de pasos y antes de que pueda darme cuenta, sus manos están en mi cintura acercándose hacia él. Su boca se encuentra con la mía en un beso que es mucho más intenso que cualquiera que hayamos compartido antes. No es suave ni tentativo; es apasionado, urgente, como si ambos hubiéramos estado conteniendo algo que ahora ya no puede esperar más. Mis manos se deslizan por su cuello, hundiéndose en su pelo, y siento cómo su entrepierna responde, tensándose al contacto. James me aprieta más contra él, su boca se mueve sobre la mía con un deseo que me hace arder. Cada roce de sus labios y cada toque de sus manos me hace olvidar dónde estamos y quiénes somos. Nuestros cuerpos se mueven de manera sincronizada con una urgencia que no habíamos permitido salir hasta este momento. La forma en que me besa, con una mezcla de hambre y ternura, hace que mi cabeza dé vueltas. Siento que el mundo se detiene.

—No puedo... dejar de pensar en ti —susurra contra mis labios con la respiración entrecortada.

Su confesión me desarma y siento cómo un torrente de emociones me atraviesa, pero no hay tiempo ahora para procesarlas, porque sus labios están en mi cuello ahora y sus manos recorren mi espalda y encienden mi piel con cada roce. Mis dedos se aferran a su camisa y tiran de él, deseando más. Pero entonces, el sonido lejano de la risa de Hazel nos hace detenernos. Ambos nos quedamos quietos, con las respiraciones entrelazadas en el aire, mientras tratamos de recuperar el control.

James apoya su frente contra la mía y noto su pecho subiendo y bajando rápidamente. Me mira, con los ojos aún llenos de deseo.

—Hazel... —murmuro, sonriendo débilmente mientras me esfuerzo por recuperar el aliento.

—Sí, Hazel —dice con una risa suave, aunque su mirada no se aparta de la mía.

Nos separamos lentamente, aunque mis manos aún permanecen sobre su pecho, como si no estuviera lista para dejarlo ir.

—Te veo abajo —dice finalmente, con una sonrisa que me hace estremecer.

Asiento, observando cómo sale de la habitación y me quedo sola por un momento para calmar las emociones que aún laten bajo mi piel. Permanezco de pie en medio de la habitación, mirando por la ventana hacia el mar. El océano sigue su vaivén, imperturbable, pero algo ha cambiado dentro de mí. Algo más profundo y que ya no puedo ignorar. Y por primera vez, me permito imaginar lo que realmente podría significar estar con James.

Capítulo 23

James

El sol cae lentamente sobre los Hamptons, bañando el jardín y la piscina en un brillo dorado, que se refleja en el agua. Claire y Hazel están en la piscina, riendo mientras juegan con el agua. El sonido de las risas de mi hija llena el aire y mientras las observo me doy cuenta de lo bien que me sienta estar aquí con ellas, lejos del caos habitual de nuestras vidas.

Claire se mueve con gracia en el agua y su bikini resalta cada curva de su cuerpo de una manera que me deja aturdido por un momento. He visto a Claire de muchas formas, pero algo en la simplicidad de este momento, con el sol acariciando su piel y su risa relajada, hace que mi cuerpo reaccione de una manera que no esperaba. La deseo, eso es innegable. Cada vez que estamos juntos, cada roce y cada mirada, hace que el deseo crezca, pero aquí, en la piscina me parece todo más intenso.

Me siento en el borde de la piscina e introduzco los pies, mientras veo cómo Hazel nada hacia mí, chapoteando divertida. Claire se acerca detrás de ella, con una sonrisa. Nuestras miradas se encuentran y, en ese momento, es como si todo el aire en mi pecho desapareciera. A pesar de que el agua está fresca, pero la manera en que Claire me mira hace que el calor aumente dentro de mí.

—Vamos, papá, entra al agua —grita Hazel, tirando de mi mano.

Me meto en la piscina y noto el contraste de temperatura con el agua fría, aunque no lo suficiente como para apagar el fuego que me invade. Cuando Hazel nada de nuevo hacia el otro extremo de la piscina, Claire se acerca un poco más a mí y veo en sus ojos cómo brilla esa chispa que tanto me atrae.

—¿Estás disfrutando de la casa? —le pregunto en un tono casual, aunque mi corazón late con fuerza en mi pecho.

—Es maravillosa —responde con una sonrisa suave. Su voz es baja, casi un susurro, y siento cómo el espacio entre nosotros parece disminuir, a pesar de que apenas estamos a unos centímetros de distancia.

Me acerco a ella, sin pensar mucho en el juego que sigue entre Hazel y nosotros. Solo quiero tenerla entre mis brazos y sentirla más cerca de mí. Cuando nuestras pieles se rozan bajo el agua, una corriente eléctrica recorre mi cuerpo. Pongo una mano en su cintura, como si fuera parte del juego, pero ambos sabemos que en mi gesto hay una segunda intención. Claire me mira con los labios entreabiertos como si quisiera decir algo, pero no lo hace. No necesita hacerlo, su mirada habla por sí sola.

Nuestras respiraciones se mezclan, y el deseo que siento por ella se hace cada vez más difícil de controlar. Mi pulso se acelera y mi cuerpo responde de una manera que no puedo evitar. Sé que ella lo nota. La complicidad en sus ojos y la sonrisa traviesa que aparece en sus labios me lo confirma.

—Hazel parece divertirse mucho —murmuro intentando disimular.

—Sí, está en su mundo —responde con una risa suave.

Hazel chapotea feliz a unos metros de distancia de nosotros, completamente ajena a la tensión que se ha creado entre Claire y yo. Intento concentrarme en el juego, pero cada vez que nuestros cuerpos se rozan accidentalmente, el deseo se vuelve más intenso. Claire se ríe

suavemente y me lanza una mirada rápida que es pura complicidad. Ambos sabemos lo que estamos sintiendo en este momento, y aunque Hazel está cerca, no podemos ignorar la conexión que hay entre nosotros.

Me esfuerzo por mantener la compostura mientras juego con Hazel, lanzándola al agua y escuchando su risa contagiosa, pero mi mente sigue atrapada en el deseo por Claire. Mi cuerpo responde de maneras que no puedo controlar y, aunque intento mantener la calma, el calor que siento cada vez que Claire está cerca no hace más que aumentar. Hazel pide que la lance al agua una vez más, y mientras la levanto, noto que Claire sigue mirándome. Su sonrisa es dulce, pero sus ojos me dicen mucho más que sus palabras. Me inclino para jugar con mi hija, pero cuando nuestros cuerpos vuelven a estar juntos, la tensión crece hasta un punto en el que sé que necesito un respiro.

Después de unos minutos más en el agua, salgo de la piscina con una excusa. La brisa marina golpea mi piel mojada, pero no es suficiente para calmar el ardor que siento. Voy hacia el baño, porque necesito desesperadamente una ducha fría para recomponerme.

El agua cae sobre mí en cascadas mientras me apoyo contra la pared de la ducha, intentando controlarme. Las imágenes de Claire, su cuerpo mojado, sus risas y sus miradas, están demasiado presentes en mi mente. Cierro los ojos, dejando que el agua me envuelva y tratando de calmar la tensión que me recorre de pies a cabeza.

Es absurdo, pero es la verdad. La quiero, la deseo y es imposible no sentirlo cada vez que estamos juntos, cada vez que nos miramos de esa manera, como si no hubiera nadie más en el mundo.

Finalmente, la ducha fría hace su trabajo y mi mente se aclara lo suficiente para que pueda recuperar el control. Salgo del baño, sintiéndome más tranquilo y centrado. Me cambio de ropa rápidamente y me dirijo al jardín, donde sé que Hazel y Claire ya deben estar esperándome.

El aire de la tarde es fresco cuando salgo al exterior, y el olor de la sal en el aire se mezcla con el aroma de las flores del jardín. Me acerco al área donde está la barbacoa, dispuesto a empezar a preparar la cena para las chicas.

Mientras enciendo el fuego y preparo todo, escucho la risa de Hazel y las suaves respuestas de Claire desde el otro lado del jardín. Me giro y las veo a ambas, compartiendo un momento tranquilo, y una sensación de paz se asienta en mi pecho.

El fuego crepita suavemente mientras preparo la barbacoa y, a lo lejos, Claire y Hazel se ríen, completamente ajenas a todo lo que ha pasado por mi mente en las últimas horas. Pero mientras me giro para mirarlas una vez más, no puedo evitar pensar que este fin de semana es solo el comienzo de algo mucho más grande entre Claire y yo.

Capítulo 24

Claire

El agua de la piscina aún resbala por mi piel cuando salgo y envuelvo mi cuerpo en una toalla suave. El calor del sol en mi piel se mezcla con el eco de los momentos que acabo de vivir. James. La forma en que me miraba, la tensión creciente en el aire y cómo sus manos buscaban las mías bajo el agua, como si nos estuviéramos comunicando a través del contacto. Sabía que algo más estaba ocurriendo entre nosotros. La verdad es que lo he sentido y también lo he visto.

Su erección, inevitable y evidente, no ha sido una sorpresa, pero lo que me ha desconcertado ha sido mi propia reacción. Mientras jugábamos con Hazel, cada vez que él me tocaba, un escalofrío recorría mi cuerpo. Mi piel vibraba con cada roce accidental entre nosotros. Y verlo así, tan cerca de mí, con el cuerpo fuerte y esculpido por los años de trabajo duro, me hizo sentir un deseo que no esperaba. Su edad, lejos de ser una barrera, ha parecido que intensificaba más la atracción que siento por él.

Me detengo por un momento antes de entrar en la casa y observo cómo el sol comienza a descender en el horizonte. El cielo se tiñe de un color cálido y me parece que todo se vuelve más suave e íntimo. Tomo aire profundamente y trato de controlar las emociones que bullen dentro de mí. Hoy ha sido un día intenso y sé que la noche promete serlo aún más.

Subo a mi habitación y me ducho con agua caliente, dejando que el chorro caiga sobre mis hombros tensos. El vapor me envuelve y cierro los ojos, recordando cómo ha sido estar cerca de James en la piscina, cómo nuestros cuerpos parecían magnetizarse el uno hacia el otro, sin esfuerzo y sin necesidad de palabras. Mi piel aún hormiguea, y mientras dejo que el agua corra, me doy cuenta de que estoy tan excitada como él.

Me visto rápidamente con ropa ligera para la cena. Cuando salgo al jardín, Hazel está en su casa del árbol y oigo su risa resonar en el aire como un eco alegre que llena el ambiente. James está cerca de la barbacoa pendiente del fuego. Verlo con una camisa blanca de lino desabrochada en el cuello y sus vaqueros ajustados, me detiene en seco. Su mirada está concentrada en lo que hace, pero puedo ver la misma tensión en sus hombros, como si estuviera luchando por mantener el control.

—¿Te ayudo? —pregunto al acercarme a él.

James levanta la vista y me dedica una sonrisa llena de complicidad.

—Claro, ¿puedes acercarme la carne, por favor? —responde con voz suave pero cargada de una profundidad que me atraviesa.

Tomo la bandeja con los cortes de carne y se la doy, y en ese momento nuestras manos se rozan por un breve instante. El contacto es fugaz, pero suficiente para que mi piel se encienda.

Mientras la carne chisporrotea en la parrilla, Hazel baja de la casa del árbol agotada, pero sin perder su habitual alegría. Nos sentamos a cenar juntos en la mesa bajo las estrellas y la luz de las velas baila entre nosotros. Todo parece perfecto y tranquilo. Pero mientras James y yo nos miramos, siento que algo está a punto de desbordarse.

Hazel, después de un día de juegos interminables en el agua y en el jardín, apenas puede mantenerse despierta. Los párpados le pesan y, en mitad de la cena, se queda dormida apoyada en la mesa. James y yo compartimos una mirada de ternura antes de que él se levante, la cargue en brazos y me haga un gesto para que lo siga. Subimos en silencio las escaleras, mientras la niña

duerme profundamente contra el pecho de su padre. La visión de James con Hazel en brazos me toca de una manera que no esperaba. Veo una faceta de él que me conmueve profundamente. Entramos en la habitación de la niña y entre los dos la colocamos en la cama. La pequeña se acurruca entre las sábanas con una sonrisa adormilada, completamente ajena al mundo. Cuando nos aseguramos de que está bien arropada, salimos de la habitación en silencio y cerramos la puerta suavemente. Y entonces, en el pasillo, la atmósfera cambia de golpe. El aire se vuelve más denso y, cuando nuestros ojos se encuentran, sé que no hay marcha atrás. El deseo que he estado reprimiendo todo el día se desborda y, en el momento en que me acerco a él, James me toma por la cintura y me atrae hacia su cuerpo con una urgencia que me hace temblar. Nuestros labios se encuentran en un beso que es todo lo que he estado esperando y deseando.

Sus manos recorren mi espalda y mi cuerpo responde de inmediato, acercándome más a él, buscando más contacto. El pasillo se desvanece y solo estamos él y yo, atrapados en este momento de pura conexión. El beso es profundo, lleno de hambre, pero también de una ternura que me desarma.

—Te he deseado todo el día —susurra contra mis labios con la voz ronca por la pasión del momento.

Siento cómo un escalofrío me recorre la espalda y mis manos se deslizan por su pecho, disfrutando de la sensación de sus músculos tensos bajo mis dedos.

—Yo también —respondo siendo apenas capaz de hablar, mientras sus labios encuentran el camino hasta mi cuello.

El deseo entre nosotros es palpable y crece con cada beso y caricia. Sus manos me recorren con una lentitud que es casi tortuosa, como si quisiera saborear cada momento. Y yo, lejos de detenerlo, lo incito aferrando mis dedos a su pelo, mientras mi cuerpo se arquea hacia él.

Nos detenemos solo por un segundo, ambos con la respiración entrecortada, mirándonos a los ojos como si compartiéramos un secreto profundo, algo que va más allá del simple deseo físico.

—Claire... —susurra mi nombre de una manera, que me hace estremecer.

No hace falta que diga nada más. Nuestros cuerpos están tan cerca que puedo sentir el latido de su corazón, acelerado, al igual que el mío. El pasillo, la casa, todo parece fundirse en el fondo, mientras nos dejamos llevar por lo que ambos hemos estado reprimiendo.

El deseo está ahí, sí, pero también hay algo más profundo, algo que no es solo físico. Es como si con este beso estuviéramos cruzando una línea, que ninguno de los dos había planeado, pero que ambos estamos dispuestos a explorar.

Nos separamos solo lo suficiente para mirarnos a los ojos. En su mirada, veo todo lo que siento reflejado. La urgencia, la necesidad, pero también el cariño y la ternura. Este no es solo un momento de pasión. Es algo más. Algo que está creciendo entre nosotros.

Sin decir una palabra más, nos fundimos en otro beso, más profundo e íntimo, sabiendo que lo que sea que venga después de esto, lo viviremos juntos.

Capítulo 25

James

El aire en el porche es fresco y tranquilo, con una brisa ligera que sopla desde el mar, trayendo consigo el inconfundible aroma a sal. La luna llena ilumina el océano frente a nosotros, creando un reflejo plateado que parece moverse al ritmo de las olas. La escena es casi irreal, como si estuviéramos en otro mundo, uno en el que nada más existe aparte de Claire y yo. Sirvo otra copa de vino para ambos y Claire me sonríe mientras se la lleno. Nos sentamos en las sillas del porche, con las luces tenues de la casa iluminando suavemente el espacio. Levantamos las copas y nuestras miradas se cruzan por un instante y aunque no decimos nada, la tensión entre nosotros es palpable.

—Esto es perfecto —me dice en un susurro, mirando hacia el mar. Su voz es baja, como si no quisiera romper el encanto de la noche.

—Lo es —respondo, observando cómo la luz de la luna resalta cada detalle de su rostro. El reflejo plateado en su piel la hace parecer aún más hermosa. En ese instante, noto que se estremece ligeramente cuando la brisa se intensifica.

—¿Tienes frío? —le pregunto y ella asiente con una sonrisa.

—Un poco. Ha empezado a refrescar.

Dejo mi copa sobre la mesa y, sin pensarlo dos veces, mis brazos la rodean con suavidad y siento cómo se relaja en mi abrazo. El calor de su cuerpo contra el mío es reconfortante y, a pesar de la brisa, de repente todo parece más cálido.

—Así está mejor —murmuro, acercándome más a ella y permitiendo que mi cuerpo se amolde al suyo.

Claire se gira para mirarme y tengo su cara tan cerca que puedo ver cada detalle de sus ojos. Sus labios están tan cerca, que es imposible no pensar en lo que sucedió antes, en cómo sus besos me dejaron sin aliento y en cómo cada parte de mí ser la desea. Sin decir nada, se acomoda sobre mis piernas, sentándose suavemente sobre mí. Mis manos instintivamente la rodean por la cintura y noto cómo su calor me atraviesa de arriba abajo como un rayo. Nuestras miradas se encuentran una vez más y, en ese instante, sé que no hay vuelta atrás. Claire se inclina lentamente sobre mí y nuestros labios se encuentran en un beso que es suave al principio, pero que pronto se vuelve más profundo y urgente. Mis manos se mueven por su espalda y la atraigo más hacia mí. Cada uno de nuestros besos son una declaración silenciosa de lo que hemos estado sintiendo todo este tiempo y también de todo lo que hemos estado reprimiendo.

El ritmo de nuestros besos aumenta y mi corazón late desbocado en mi pecho. Claire suspira contra mis labios y esa pequeña muestra de su deseo, es suficiente para que todo mi autocontrol se desmorone. La tensión entre nosotros es intensa, y siento que ya no puedo contenerme. No dejamos de besarnos mientras me levanto con ella en brazos y Claire me rodea el cuello con los suyos. Sus labios no se separan de los míos mientras camino hacia el interior de la casa. El sonido de nuestras respiraciones entrecortadas y el latido de mi corazón llenan mis oídos mientras la llevo por el pasillo. Cuando llegamos a su habitación, el ambiente cambia ligeramente. La luz suave de las lámparas ilumina el espacio, creando un ambiente íntimo y acogedor. Pero hay algo más, algo que flota en el aire entre nosotros: la certeza de que este momento es un punto de no retorno.

La coloco con cuidado sobre la cama y ella me mira con la espiración agitada y on los labios hinchados por los besos. Me quedo de pie frente a ella por un instante, intentando procesar todo lo que siento. Hay mucho deseo y urgencia en mí, pero también algo más profundo, que me hace querer tomarme este momento con calma.

—Debería ir a mi habitación —digo, con la voz ronca, aunque cada fibra de mi ser se opone a esas palabras.

Claire me mira con mirada serena, pero llena de una intensidad que me atraviesa.

—Quédate conmigo —responde suavemente en un susurro cargado de significado—. Pasa la noche conmigo.

Mi corazón late con fuerza y, por un momento, no estoy seguro de si he escuchado bien. Pero la forma en que sus ojos me miran y la suavidad de su voz me asegura que no me equivoco. No quiero irme y sé que ella tampoco desea que lo haga.

Me acerco de nuevo a la cama y, sin decir una palabra, me inclino sobre ella y nos encontramos en un beso que es mucho más que una simple muestra de deseo. Es una confirmación de lo que ambos hemos estado sintiendo, pero también de lo que significa estar aquí, juntos, en este momento. Nos besamos con ansia, mientras recorremos con nuestras manos el cuerpo del otro. Me recreo en sus curvas, extremadamente deliciosas y que, sin querer admitirlo, la deseé desde el primer momento en que nuestras miradas se encontraron. Nos deshacemos de la ropa del otro sin dejar de besarnos. Le quito el vestido ligero y vaporoso y ella se deshace de mis vaqueros y mi camisa de lino. Cuando está entre mis brazos en ropa interior, creo que mi sexo va a explotar, pero trato de contenerme para seguir despojándola de las dos piezas que aún siguen cubriendo parte de su anatomía. La tumbo sobre el colchón y le bajo los tirantes del sujetador y libero sus pechos, que son redondos y rotundos y de pezones suaves y pequeños. Los beso y lamo con devoción, mientras jugueteo con mis manos mientras la libero de las braguitas. Ella me mira pícara y yo corro a besar su boca de labios gruesos y sensuales. Cuando me deshago de mi ropa interior, me coloco entre sus piernas. Ella sube los muslos y los pone a la altura de mi cintura, exponiendo su sexo abierto. Sin poder reprimir más mis ansias de ella, me introduzco en Claire poco a poco y sin dejar de mirarla a los ojos, mientras noto como su cuerpo se va abriendo y adaptando a mí. Es muy estrecha y está muy húmeda, algo que me encanta. Entro y salgo de ella con suavidad, disfrutando de su tacto, su humedad y del calor de su cuerpo. Necesito controlar el ritmo de mis acometidas para no vaciarme enseguida dentro de ella. Quiero disfrutar de este momento y alargarlo cuanto pueda, por lo que me salgo de ella y desciendo por su escote, hasta llegar a su ombligo y alcanzar su clítoris, duro y erecto, que recibe mi lengua hambrienta. Lamo y succiono su epicentro de placer, mientras arquea su espalda y enreda sus dedos en mi pelo, sin dejar de jadear al ritmo con el que mi lengua lame con fruición su clítoris. Instantes después, estalla en un sonoro y arrollador orgasmo, que me llena la boca con su deliciosa miel. Mientras aún continúa disfrutando, me vuelvo a introducir de una sola y certera estocada dentro de ella. Claire abre los ojos y me mira, mientras yo la penetro con ansia y poco después acabo estallando dentro de ella invadido por el placer que su cuerpo me regala.

Capítulo 26

Claire

Mi corazón late con fuerza cuando pronuncio esas palabras. «Quédate conmigo». Mi voz es suave, pero la emoción detrás de esas dos palabras es clara. James me mira como si estuviera procesando lo que acaba de decirle, y en ese instante siento que mi respiración se detiene. El silencio entre nosotros se extiende, denso y cargado de posibilidades. Sé lo que estoy pidiendo y sé lo que significa para ambos. Él no dice nada al principio, pero sus ojos me transmiten todo lo que necesito saber. Hay un fuego en su mirada, un deseo que refleja el mío, y cuando su mano toma la mía, es como si el resto del mundo desapareciera y entre nosotros, las palabras se vuelven innecesarias.

Tiro suavemente de su mano y él me toma en brazos. Nos volvemos a besar sin dejar de mirarnos. No necesito decir nada. Puedo leer la emoción en sus gestos, en cómo me mira, en la forma en que sus manos se levantan lentamente para acariciar mi rostro. Mis dedos recorren su camisa, sintiendo la tela entre mis manos, pero más allá de eso, siento el calor de su piel. Me pierdo en sus ojos por un momento, pero pronto nos acercamos de nuevo, y la tensión que ha crecido entre nosotros estalla en un beso apasionado, tan intenso que me deja sin aliento.

Mis manos se aferran a su cuello para atraerlo más cerca de mí y, en ese momento, todo lo que hemos estado reprimiendo parece liberarse. El beso es profundo, lleno de un ansia que ha estado creciendo durante días, semanas incluso. Cada roce de sus labios y cada movimiento de sus manos sobre mi piel me hace temblar de deseo. Es como si nuestras emociones hubieran estado contenidas durante demasiado tiempo, y ahora simplemente no podemos detenernos.

—Claire... —susurra contra mis labios con la voz ronca.

Mis dedos se deslizan por su espalda, buscando sentirlo más cerca. Nos movemos de manera sincronizada en una danza que ambos conocemos bien, pero que aún tiene el poder de sorprendernos. Cada beso, cada caricia es una declaración silenciosa de todo lo que hemos estado sintiendo, de todo lo que hemos querido decir, pero no hemos encontrado el momento adecuado para expresar.

La habitación cada vez está más caliente, por el calor que emana de nosotros, de nuestros cuerpos y de la manera en que nuestras respiraciones se mezclan y cómo nuestros corazones laten al unísono. James me sujeta con delicadeza, pero también con una pasión que me hace sentir completamente segura en sus brazos. Sus manos se mueven por mi cuerpo con una reverencia que me desarma, y el deseo que siento por él no hace más que volverse más intenso.

Nuestros movimientos se vuelven más lentos y cuidadosos, como si estuviéramos saboreando cada segundo. La conexión entre nosotros es tan fuerte que casi puedo sentir sus pensamientos y emociones, entrelazándose con los míos. No es solo el deseo lo que nos impulsa, sino algo más profundo y que ha estado creciendo desde el primer momento en que nuestras miradas se cruzaron.

—Eres increíble —murmura mientras sus manos acarician suavemente mi cara.

Siento que mis mejillas se sonrojan, pero no me aparto. No quiero esconderme de él. En este momento, somos solo nosotros, sin máscaras ni barreras. El mundo fuera de esta habitación no importa.

Lo miro a los ojos, intentando encontrar las palabras para expresar lo que siento, pero

todo lo que logro hacer es sonreír. No necesito decirle nada, porque cada beso y cada caricia, ya lo dicen todo por mí. Nos movemos juntos de nuevo, nuestros cuerpos en perfecta armonía, y la intensidad de nuestras emociones es casi abrumadora. Siento su respiración en mi cuello, el calor de su piel contra la mía y, por un momento, todo lo demás se desvanece. Finalmente, después de lo que parece una eternidad, nos detenemos. Nuestras respiraciones son rápidas, entrecortadas y nuestros cuerpos están entrelazados en una quietud perfecta. Pero en lugar de separarnos, simplemente nos quedamos ahí, disfrutando del silencio y de la cercanía el uno del otro. El sonido de nuestras respiraciones es el único sonido en la habitación y la calma que siento dentro de mí es indescriptible.

James me mira y se inclina sobre mí para darme un último beso, suave y lleno de ternura, antes de apartarse lo suficiente como para hablar.

—No quiero que este momento acabe —susurra con voz tan baja que apenas puedo oírla.

Le sonrío, porque siento lo mismo. No quiero que esto termine, ni que volvamos a poner distancia entre nosotros. Así que, en lugar de decirle que tiene razón, simplemente lo atraigo hacia mí de nuevo y nuestros labios se encuentran en un beso que es tan profundo y sincero como el primero.

—Quédate —le susurro.

James me mira y, en ese instante, puedo ver cómo se derrumba la última barrera que quedaba entre nosotros. Asiente lentamente y, cuando sonrío, siento cómo me invade una oleada de alivio.

Capítulo 27

James

El silencio de la madrugada llena la habitación tanto, que puedo escuchar cada latido de mi corazón cuando me despierto. El aire es fresco y, a través de la ventana abierta, puedo ver en el cielo los primeros indicios de un nuevo amanecer. La luz suave de la luna aún brilla débilmente, pero el amanecer poco a poco va ganando terreno.

Estoy tumbado en la cama de Claire con ella entre mis brazos. Me esfuerzo por mantener la respiración estable y sin moverme para no despertarla tras la intensa noche que hemos vivido. Ella duerme profundamente con el cuerpo enredado entre las sábanas y con la respiración tranquila y regular. Me siento en paz, por muy desconcertante que pueda parecerme. Anoche, cuando hicimos el amor, sentí como se liberaba algo dentro de mí. Desde que Olivia murió, nunca pensé que me volvería a sentir tan vivo y tan lleno de deseo por alguien. Había construido un muro alrededor de mí, convenciéndome de que la felicidad plena era algo que había perdido para siempre. Sin embargo, aquí estoy con Claire. Y lo que siento ahora me desafía a enfrentar mis propios miedos. El peso de la culpa que he llevado durante tanto tiempo, el temor de traicionar la memoria de Olivia al amar a otra persona... continúa presente en algún lugar dentro de mí, pero no con la misma fuerza de antes.

Lo que ha sucedido esta noche entre ella y yo, no ha sido solo algo físico, ha sido mucho más. Me he vuelto a sentir vivo y sé que Olivia estaría feliz por mí y eso me hace sentir en paz. Por eso, a partir de hoy sé que debo seguir mirando hacia adelante y ayudando a que crezca lo que hay entre Claire y yo. Ahora ya no puedo continuar viviendo en el pasado, quiero disfrutar de lo que sea que el futuro nos tenía reservado para Claire y para mí.

Me giro ligeramente hacia Claire y paso un brazo con suavidad sobre su cintura. Noto su piel cálida bajo mis dedos y la sensación de tenerla cerca es como un ancla que me conecta a la realidad. La abrazo, tirando de ella hacia mí, y siento cómo su cuerpo reacciona al contacto, moviéndose ligeramente bajo las sábanas.

—James... —murmura somnolienta.

Me inclino hacia ella, rozando la curva de su cuello con mis labios, inhalando el aroma de su piel y sintiendo cómo su cuerpo se acurruca más cerca del mío. Ella se da la vuelta en mis brazos y sus ojos, aún medio cerrados, me encuentran. Hay algo en su mirada que me hace sentir más seguro de lo que me he sentido en mucho tiempo. No hay palabras entre nosotros, no las necesitamos.

Nuestros cuerpos se encuentran de nuevo y, esta vez, el ritmo es más lento, como si estuviéramos redescubriéndonos, como si quisiéramos asegurarnos de que esto no es un sueño. Claire me envuelve con sus brazos y nuestros labios se encuentran en un beso suave, cargado de emociones que no necesito ni susurrar, porque todo lo que siento y he guardado durante tanto tiempo, lo libero en cada una de mis caricias y movimientos. Recorremos nuestros cuerpos con besos y caricias, recreándonos en cada recoveco. Rodeo a Claire con mis brazos y la tumbo encima de mí. Mi sexo erecto me pide clemencia, por lo que la ayudo a incorporarse y a ponerse a horcajadas sobre mí. Ella me sonríe, pícara, mientras me clavo en su sexo al ritmo que ella marca. Cuando está totalmente empalada por mí, me mira satisfecha desde su posición, justo antes de empezar a mover las caderas de manera sinuosa. Se recoge el pelo con las manos y me

regala una preciosa visión de sus pechos grandes y erectos, y no puedo evitar agarrarlos con mis manos y acariciarlos, mientras ella sigue aumentando el ritmo de sus caderas encima de mí. Antes de enloquecer y dejarme llevar por completo por el placer, me pongo de rodillas detrás de ella, la abrazo y la penetro desde atrás, sin dejar de besar su cuello, mientras sigo agarrando con firmeza sus grandes pechos. Estoy dentro de ella de forma profunda y con contundencia, algo que consigue que ella alcance la cúspide del placer y empape mi sexo de tal manera, que yo no pueda hacer otra cosa que dejarme llevar y acabar explotando dentro de ella, mientras un rugido profundo y grave se escapa desde lo más hondo de mi garganta.

Mientras tratamos de recuperar el resuello, el primer rayo de sol ya está entrando por la ventana. Claire me mira y me sonríe y yo me inclino para besarla una vez más. Me tumbo a su lado y la rodeo con mis brazos, mientras ella se acomoda contra mi pecho. Siento su respiración ralentizarse de nuevo, y la paz que me invade es indescriptible.

Miro al techo y veo cómo las sombras de la noche se desvanecen poco a poco, mientras el día comienza a ocupar su lugar. Claire suspira suavemente sobre mi pecho con su mano descansando sobre mi corazón y siento que todo en mi interior se coloca en su lugar. La miro y veo su cara tranquila, mientras duerme de nuevo, y la sensación de paz que me invade es algo que no había experimentado en mucho tiempo. Los rayos de sol ya se cuelan dentro de la habitación, pero no quiero moverme, no quiero que este momento termine. Cierro los ojos y permito que el cansancio me venza, mientras el sonido del mar me arrulla desde la distancia.

Capítulo 28

Claire

Me despierto lentamente, envuelta en la calidez del cuerpo de James. El aire de la mañana y el sonido de las olas rompiendo a lo lejos entran suavemente por la ventana entreabierta de la habitación. La luz suave crea un ambiente acogedor que me invita a quedarme aquí sin moverme.

La tranquilidad de la mañana, su calidez y el sonido del mar... todo parece estar en su lugar, como si el universo hubiera conspirado para darnos este momento de paz. Me permito disfrutar de la sensación de su cuerpo junto al mío y de la forma en que encajamos, como si desde siempre hubiéramos estado destinados a estar juntos.

De repente, un sonido interrumpe mis pensamientos.

—¡Claire! ¡Claireee! —La voz de Hazel resuena por el pasillo y mi corazón se acelera.

Antes de que pueda reaccionar, la puerta de la habitación se abre de golpe y la niña entra corriendo y sin dejar de reír. Mi primera reacción es de sorpresa, seguida rápidamente por un intento de cubrirme con las sábanas. Pero antes de que pueda hacer nada, Hazel ya está junto a la cama, mirándonos con una expresión divertida.

—¡Por fin! —exclama, entre risas—. ¡Ya era hora de que os hicierais novios!

James se despierta al escuchar la voz de su hija y una sonrisa lenta y somnolienta se extiende por su rostro. Lo miro de reojo y no puedo evitar reír también. Todo esto es tan inesperado y la reacción de la niña tan dulce, que hace que el momento sea aún más especial.

—Hazel, cariño... —intento explicarme, pero su risa es contagiosa, y antes de que me dé cuenta, estoy riendo junto a ella.

—No os preocupéis, no me importa —dice Hazel, encogiéndose de hombros con una madurez que me sorprende—. Solo quiero que seáis felices.

Miro a James, y veo en sus ojos la misma mezcla de diversión y ternura que siento yo. Él se incorpora un poco, estirando un brazo para atraer a su hija hacia nosotros.

—Ven aquí, pequeña —dice con una sonrisa, mientras la niña se sube a la cama y se acurruca entre nosotros.

Los tres nos quedamos allí, abrazados, riendo juntos. El peso de la incertidumbre y de las preguntas sin respuesta, se ha desvanecido en el aire, reemplazado por una ligereza que no había sentido en mucho tiempo. Todo parece encajar. Aquí, con James y Hazel, siento que he encontrado mi lugar.

—¿Qué tal si vamos a la playa hoy? —propone James.

—¡Sí! —grita Hazel emocionada, saltando de la cama—. ¡Quiero buscar conchas marinas!

No puedo evitar sonreír al ver su entusiasmo. El día está apenas comenzando, pero ya puedo intuir que va a ser uno de esos que se quedan grabados en la memoria para siempre.

En la playa, Hazel corre delante de nosotros, riendo mientras las olas le salpican los pies descalzos. James y yo caminamos detrás de ella tomados de la mano, mientras caminamos buscando un lugar para dejar nuestras cosas. Cuando nos instalamos sobre la arena, observamos cómo la niña explora la orilla en busca de conchas y pequeños tesoros. Me siento en la toalla, inhalando el aire fresco del mar, y miro a James, que se sienta a mi lado. Su sonrisa tranquila me

llena de paz, y me doy cuenta de lo feliz que estoy y de lo plena que me siento en este momento.

—Hazel está feliz —digo, observando a la pequeña mientras corre hacia el agua—. La has criado muy bien.

James me mira con una mezcla de humildad y agradecimiento.

—No ha sido fácil —admite—. Durante todo este tiempo, ha habido días en los que no sabía si lo estaba haciendo bien... pero Hazel es fuerte, como su madre, y puede con todo.

Siento la mención de Olivia como un recordatorio de lo que James ha pasado, pero también como una señal de lo lejos que hemos llegado. A pesar de todo el dolor, él ha encontrado una manera de seguir adelante y de criar a Hazel con amor y cuidado. Y ahora, estamos aquí juntos y compartiendo algo que nunca creí posible.

Después de unas horas jugando en la playa y disfrutando del sol, decidimos ir a comer a un pequeño restaurante frente al mar. Nos sentamos en una mesa al aire libre, con vistas al océano. Hazel sigue emocionada, contándonos historias sobre todas las conchas que ha encontrado y haciendo preguntas sin parar sobre los peces que ha visto en el agua. James y yo nos reímos, compartiendo miradas de complicidad mientras la escuchamos.

Al caer la tarde, volvemos a la casa. Hazel, agotada de tanto correr y jugar, se va al jardín para seguir con sus juegos, pero esta vez más tranquila. James y yo nos sentamos en el balancín del porche, viendo cómo el sol se despide lentamente en el horizonte.

Me acomodo junto a él y siento cómo la calma me invade de nuevo. El día ha sido perfecto y, ahora, mientras el atardecer nos envuelve en su luz dorada, me doy cuenta de lo feliz que estoy.

—¿Qué piensas? —me pregunta James con curiosidad y yo le miro a sus preciosos ojos grises y le sonrío.

—Que esto es todo lo que siempre he querido, aunque no lo supiera hasta ahora.

James aprieta mi mano con ternura y, en ese momento, me doy cuenta de que él siente lo mismo. Este no ha sido solo un día en la playa, ni una simple tarde en el porche, es el comienzo de una vida que hemos decidido compartir juntos.

—Yo también —responde, inclinándose para besarme con suavidad.

El sol se oculta lentamente y, poco a poco, el cielo se llena de estrellas. Y mientras nos balanceamos suavemente, mirando cómo Hazel juega feliz en el jardín, sé que, por fin, todo está bien.

Capítulo 29

James

6 meses después

Han pasado seis meses desde aquella tarde en la playa y, desde entonces, la vida me ha cambiado de una manera que nunca creí posible. Sonrío y miro a través de la ventana del restaurante, con las luces de la ciudad brillando a lo lejos y siento una sensación de calma que no había experimentado en años.

Me ajusto el cuello de la camisa mientras espero a que llegue Claire. El ambiente en este restaurante exclusivo es perfecto para lo que he planeado. La luz tenue de las velas, el murmullo suave de los otros comensales de fondo y las vistas espectaculares de Nueva York crean una atmósfera íntima y casi mágica. La noche es clara y desde nuestra mesa, apartada en un rincón tranquilo, se puede ver el puente sobre el río, iluminado como una joya en medio de la oscuridad.

He pasado toda la semana organizando esta cena y pensando en cada detalle para que sea perfecta. Y ahora, mientras espero a que Claire llegue, no puedo evitar estar nervioso.

El camarero se acerca, discreto, y me pregunta si quiero otra copa de vino mientras espero. Niego con la cabeza con una sonrisa. Ahora mismo no necesito nada más, salvo a ella a mi lado. Cierro los ojos un momento y tomo una respiración profunda, recordando los últimos meses. Cómo, paso a paso, hemos construido algo que parecía imposible después de lo que ambos habíamos vivido. La sonrisa de Hazel y su aprobación inocente cuando nos encontramos juntos esa mañana, es lo que me hizo saber que estaba listo para esto.

Finalmente, la puerta del restaurante se abre, y la veo entrar. Claire. Todo mi cuerpo se relaja y, al mismo tiempo, mi corazón se acelera en medio de mi pecho. Está hermosa, como siempre, pero esta noche hay algo especial en ella. Lleva un vestido elegante, sencillo pero sofisticado, que se ajusta a su figura de manera perfecta. Lleva el pelo suelto y, cuando me ve, una sonrisa ilumina su rostro, la clase de sonrisa que parece detener el tiempo.

—James —dice cuando llega a la mesa con voz suave y cargada de cariño.

Me levanto para recibirla y tomo su mano, guiándola hacia su asiento. Cuando nuestros dedos se entrelazan, siento la misma chispa de siempre. Esa conexión innegable que continúa creciendo cada día más fuerte.

—Estás increíble —murmuro, inclinándome para besarla en la mejilla con mi voz un poco más profunda de lo normal, supongo que la emoción que me invade es difícil de ocultar.

—Tú tampoco estás mal —responde ella, con una sonrisa juguetona en sus labios.

Nos sentamos y, durante unos instantes, simplemente disfrutamos de la presencia del otro. El restaurante y el ambiente, todo parece perfecto. No puedo dejar de mirarla y de admirar cómo cada pequeño detalle de su rostro refleja lo que significa para mí. La conversación fluye con facilidad, como siempre, hablemos de Hazel, del trabajo y de los pequeños momentos del día a día que hemos compartido durante estos seis meses. Pero en el fondo, hay algo más, algo que aún no he dicho.

—¿Cómo estás? —me pregunta de repente inclinándose un poco hacia mí, como si intuyera que algo muy importante está a punto de suceder.

Le devuelvo la sonrisa, aunque siento cómo los nervios se arremolinan en mi estómago. He pensado en esto muchas veces y he ensayado las palabras en mi cabeza, pero ahora que el

momento se acerca, estoy extrañamente nervioso.

—Me siento increíble —respondo de manera sincera. Todo en este momento parece perfecto, pero sé que lo que está por venir lo cambiará todo.

La cena avanza y disfrutamos del excelente vino y de la comida que es exquisita, pero nada de eso importa en comparación con lo que siento por ella. La observo mientras disfruta de cada bocado y su risa llena el espacio entre nosotros. Hay momentos en los que me quedo simplemente mirándola, perdiéndome en el sonido de su voz y en la forma en que sus ojos se iluminan cuando habla de algo que le apasiona. La amo. Cada día que pasa, lo sé con más certeza.

Cuando el camarero se lleva los platos vacíos y nos deja a solas con la última copa de vino, siento que el momento ha llegado. El restaurante está tranquilo y el murmullo de las conversaciones a nuestro alrededor parece desvanecerse en el fondo. Me inclino hacia Claire y tomo su mano una vez más. Esta vez, hay algo más en mi gesto, que ella nota de inmediato.

—James... —murmura con una pequeña sonrisa en sus labios, como si supiera que estoy a punto de decirle algo importante.

—Claire —empiezo en voz baja y seria, reflejando la profundidad de lo que siento—. Estos últimos meses han sido los mejores de mi vida. No sé cómo lo haces, pero consigues que me sienta completo de una manera que nunca pensé que volvería a sentir.

Veo cómo sus ojos se llenan de emoción y sé que he elegido bien las palabras.

—Eres más de lo que podría haber soñado. No solo para mí, sino también para Hazel. Has traído luz a nuestras vidas de una manera que nunca pensé que nadie pudiera hacerlo.

Saco el pequeño estuche de terciopelo que he tenido guardado en mi bolsillo toda la noche y lo coloco sobre la mesa, entre nosotros. Claire lo mira con sorpresa, pero con emoción.

Me levanto de la silla y me arrodillo junto a ella, con el estuche en la mano.

—Claire, quiero pasar el resto de mi vida contigo. Quiero que seas mi compañera, mi esposa y la madre de mi hija en todos los sentidos. Te quiero y no puedo imaginar mi vida sin ti.

Abro el estuche, revelando el anillo que elegí semanas atrás, y la miro a los ojos. Su mano tiembla ligeramente cuando la tomo y veo las lágrimas acumularse en sus ojos.

—¿Te quieres casar conmigo?

El silencio que sigue se me hace eterno, pero en sus ojos veo la respuesta antes de que la diga. Claire sonríe y veo cómo tiemblan sus labios con emoción mientras asiente.

—Sí, James. Sí, quiero casarme contigo.

La alegría que siento en este momento es indescriptible. Me levanto y la abrazo, rodeándola con mis brazos, mientras nuestras risas y lágrimas se mezclan. La beso y todo en este momento es tan perfecto, que olvido los momentos amargos que nos han llevado hasta aquí.

Nos sentamos de nuevo, sin dejar de mirarnos, con una mezcla de asombro y felicidad.

—¿Qué te parece si empezamos a planear una boda en la playa? —pregunto, haciendo referencia a ese lugar que es tan especial para nosotros.

—Me parece perfecto —responde Claire, con una sonrisa que ilumina toda su cara.

Capítulo 30

Claire

6 meses después

El aire está cargado de una suave brisa marina que acaricia mi piel, trayendo consigo el inconfundible aroma de la sal y el océano. Respiro profundamente mientras el sol baña todo a nuestro alrededor, una bendición silenciosa que parece iluminar cada rincón de este día que es como un sueño hecho realidad.

Mi mano está firmemente entrelazada con la de mi padre, que camina a mi lado con una sonrisa en su rostro, llena de orgullo y emoción. Sé lo importante que es este momento para él y puedo sentir cómo contiene las lágrimas, que seguramente caerán en cualquier instante. Pero hay algo más que me llena de alegría y paz en este momento: la figura pequeña y radiante de Hazel, que camina delante de nosotros, esparciendo pétalos sobre la alfombra roja a su paso.

—¡Mira cuántos pétalos, Claire! —grita Hazel de repente, girándose hacia mí con una sonrisa que ilumina su rostro.

No puedo evitar sonreírle, porque mi corazón se inunda de amor al ver cómo esa pequeña niña, que ahora forma parte inseparable de mi vida, participa de manera tan especial en nuestro día.

La alfombra roja que conduce hacia el altar se extiende frente a nosotros, como un camino destinado a llevarnos a una nueva etapa de nuestra vida llena de promesas y amor. Los pétalos de Hazel, de un suave rosa pálido, flotan a nuestro alrededor, creando un ambiente etéreo que parece sacado de un cuento de hadas.

Mi vestido blanco, sencillo pero elegante, se mueve con cada paso, acariciando mis piernas suavemente y mientras me acerco, puedo sentir cómo el peso de la emoción crece en mi pecho. Los murmullos de los invitados y el suave susurro del mar de fondo se mezclan en una melodía que me envuelve. Cada detalle ha sido cuidadosamente pensado, cada flor, cada luz y cada mirada, creando una atmósfera íntima y cálida.

Y entonces lo veo. James, de pie al final de la alfombra, junto al altar. Mi corazón da un vuelco al verlo y, de repente, todo a mi alrededor parece desaparecer. Sus ojos están fijos en mí, llenos de una intensidad que me deja sin aliento. Todo lo demás se vuelve borroso, como si el mundo entero se hubiera detenido solo para que podamos tener este momento. Solo él y yo.

Sus labios se curvan en una sonrisa, que me ha desarmado desde el primer día, y siento que mis piernas podrían ceder en cualquier momento por la emoción. Pero sigo avanzando, agarrándome fuerte del brazo de mi padre.

Cuando llegamos al altar, mi padre suelta mi mano con suavidad y me entrega a James. El contacto de sus dedos con los míos es suficiente para que una ola de tranquilidad me inunde.

—Estás preciosa —me susurra James con voz suave, cargada de emoción.

—Tú también estás increíble —respondo con la voz temblorosa.

El oficiante nos sonríe y, después de unas palabras de bienvenida, comienza la ceremonia. Las palabras que pronuncia sobre el amor, el compromiso y la familia me llegan al corazón, pero nada puede compararse con lo que siento cuando llega el momento de los votos.

James es el primero en hablar. Se gira hacia mí, tomando mis manos entre las suyas y, en ese instante, siento que el mundo entero se reduce a nosotros dos.

—Claire, desde el momento en que entraste en mi vida, todo cambió. Nunca pensé que volvería a sentir algo así, no después de todo lo que había perdido. Pero tú, con tu bondad, tu fuerza y tu amor, me diste una segunda oportunidad para ser feliz. Me diste más de lo que alguna vez soñé. Y hoy, quiero prometerte que nunca dejaré de amarte, de respetarte, ni de apoyarte. Seré tu compañero en todo, en los momentos fáciles y en los difíciles. Prometo caminar a tu lado todos los días de nuestra vida, porque tú eres mi hogar, Claire. Tú y Hazel sois mi familia y nunca dejaré de cuidar de vosotras.

Las lágrimas llenan mis ojos, pero no son de tristeza, si no de pura felicidad. Cada palabra que dice y cada promesa que me hace resuenan en lo más profundo de mí. Todo lo que siempre he querido, todo lo que nunca pensé que podría tener, está aquí, en este momento y en este hombre.

—James... —empiezo a decir con la voz temblorosa, mientras trato de contener la emoción—. No puedo describir con palabras lo que significas para mí. Cuando llegué a tu vida, no sabía lo que me esperaba, pero lo que encontré fue más de lo que podría haber soñado. Me diste un lugar al que pertenecer, me diste amor y me diste a Hazel, que es la niña más maravillosa del mundo. Hoy quiero prometerte que estaré a tu lado siempre, que te apoyaré, te amaré y te respetaré en todo momento. Te prometo que construiremos una vida juntos, llena de amor, risas y familia. Porque tú eres mi todo, James. Y no puedo esperar para compartir el resto de mi vida contigo.

Cuando termino de hablar, veo cómo sus ojos brillan con la misma emoción que yo siento. Nos quedamos un momento en silencio, simplemente mirándonos, dejando que las palabras se asienten entre nosotros y marquen el comienzo de esta nueva etapa.

El oficiante nos sonríe con calidez y, mientras nos entrega los anillos, parece que mi corazón esté a punto de estallar de felicidad.

—Con este anillo —dice James, mientras desliza suavemente la alianza en mi dedo—, te tomo como mi esposa y mi compañera para siempre.

Mis dedos tiemblan ligeramente mientras hago lo mismo, deslizándole la alianza con una sonrisa.

—Con este anillo, te tomo como mi esposo y mi amor eterno.

Cuando el oficiante pronuncia las palabras que nos declaran marido y mujer, el mundo entero parece iluminarse. James me toma entre sus brazos y me besa, con un beso suave, lleno de amor y promesas. A nuestro alrededor, los aplausos y los vítores de los invitados nos rodean, y sé que este es solo el comienzo de nuestra historia juntos. Cuando nos separamos, Hazel corre hacia nosotros, abrazándonos con una risa contagiosa y los tres nos quedamos allí, rodeados de la felicidad de este momento.

Y mientras el sol comienza a ponerse en el horizonte, sé que este es solo el primero de muchos momentos hermosos que compartiremos. Porque ahora, somos uno.

Epílogo

James

9 meses después

El sonido de los monitores es lo único que rompe el silencio en la habitación, un ruido suave y constante que parece marcar el ritmo de mis pensamientos. Estoy sentado junto a Claire, sosteniendo su mano, mientras los segundos se arrastran con una mezcla de ansiedad y esperanza. Miro su rostro, bañado por la luz tenue del hospital, y no puedo evitar sentir una oleada de emociones que me atraviesan, una tras otra.

Nunca pensé que estaría aquí de nuevo y en esta misma situación. Hace unos años, me sentía atrapado en la oscuridad, convencido de que nunca volvería a experimentar este tipo de felicidad y que mi vida estaba completa con el amor que había perdido con Olivia. Pero Claire cambió todo. Desde el primer momento en que apareció en mi vida, como una niñera joven y llena de luz, algo en mí comenzó a despertar de nuevo.

Hoy, mientras espero que nazca nuestro hijo, puedo sentir cómo cada pieza de mi vida finalmente se pone en su lugar. Claire está a punto de dar a luz y la mezcla de emociones es tan abrumadora que me cuesta contener las lágrimas. La miro y todo lo que puedo pensar es en lo mucho que la amo y en lo mucho que me ha dado.

—¿Estás bien? —murmuro, acercándome a su oído para asegurarme de que está cómoda.

Claire asiente mientras aprieta mi mano con fuerza. Aunque está exhausta, su mirada sigue siendo firme, llena de esa valentía silenciosa que siempre he admirado en ella.

—Estoy bien, James —responde con una sonrisa cansada—. Ya casi está aquí.

Sus palabras me reconfortan, pero también me llenan de emoción. El hecho de que estemos a punto de traer a nuestro hijo al mundo es algo que me resulta casi increíble. Claire ha transformado cada parte de mi vida, pero esto... este momento... es el mayor regalo que podría haber recibido.

La puerta se abre y las enfermeras entran, junto con el médico, que se prepara para los últimos momentos del parto. El ambiente en la habitación cambia. Todo está listo y mi corazón late con fuerza mientras me preparo para el milagro que está por venir.

Los minutos pasan y el esfuerzo de Claire aumenta. Yo estoy a su lado, sujetando su mano con fuerza, dándole todo el apoyo que le puedo ofrecer, aunque sé que ella es la que lleva el verdadero peso de este momento. Me siento impotente, pero lleno de admiración. Nunca había visto tanta fortaleza en una persona y mi respeto por ella crece con cada segundo que pasa. Finalmente, después de lo que parecen ser horas, escucho el sonido más hermoso del mundo: el primer llanto de nuestro hijo. Mi respiración se detiene por un instante y todo a mi alrededor desaparece, excepto ese pequeño sonido, ese grito de vida que cambia el curso de mi mundo una vez más.

—Es un niño precioso —dice una de las enfermeras, envolviendo al pequeño en una sábana antes de entregárselo a Claire.

Mi mirada se mueve entre mi hijo y Claire, y el amor que siento en este momento es abrumador. Claire toma a nuestro hijo en sus brazos y su mirada se suaviza cuando lo ve por primera vez y las lágrimas comienzan a correr por su cara. Es un momento que nunca olvidaré, un instante de pura felicidad que quedará grabado en mi memoria para siempre.

—Liam... —susurra Claire, acariciando suavemente la pequeña cabeza del bebé.

Liam. El nombre que habíamos elegido juntos, un nombre que simboliza el comienzo de algo nuevo, algo hermoso. Nuestro hijo.

Me inclino hacia ellos, con mi mano temblando ligeramente mientras acaricio la suave piel de nuestro hijo por primera vez. Y mientras lo miro, me doy cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, siento que mi vida está completa. Con Claire, con Hazel, y ahora con Liam. Mi familia.

—No puedo creer que ya esté aquí —murmuro con la voz quebrada por la emoción—. Es perfecto.

Claire me mira, con los ojos llenos de amor y cansancio y, en ese momento, siento que todo lo que hemos vivido, todo lo que hemos pasado, ha sido para llegar a este punto.

—Lo hemos hecho, mi amor —me dice con voz suave pero firme—. Somos una familia.

Esas palabras me llegan al alma. Familia. Esa palabra ha tenido tantos significados a lo largo de mi vida, pero, ahora, con Claire a mi lado y nuestros hijos, finalmente entiendo lo que significa de verdad. No se trata solo de compartir un nombre o una casa, sino de compartir un corazón y un futuro. Todo lo que pensaba que había perdido lo he encontrado de nuevo y, más, porque ahora sé que el amor no tiene límites.

Mientras Claire sostiene a Liam en sus brazos, me inclino para besar su frente, sintiendo una paz que no había conocido antes. Este es el comienzo de una nueva etapa, una que me llena de esperanza y de una felicidad tan grande que casi no puedo expresarla con palabras.

Hazel llega al hospital unas horas más tarde con los padres de Claire, corriendo hacia nosotros con una mezcla de emoción y curiosidad. Cuando ve a su hermanito por primera vez, su carita se ilumina con una sonrisa que hace que mi corazón se derrita.

—¡Es tan pequeño! —exclama, mirándonos a Claire y a mí con admiración.

—Lo es —responde Claire, riendo suavemente—. Y es tu hermanito, Hazel.

Hazel se acerca y acaricia la cabecita de Liam con delicadeza, como si temiera romper algo tan frágil. El amor en su mirada es evidente, y sé que será la mejor hermana mayor que Liam podría tener.

Nos quedamos los cuatro, en la habitación del hospital, envueltos en una burbuja de felicidad que parece casi irreal. El mundo fuera de estas paredes sigue su curso, pero aquí, en este momento, todo está bien. Todo está en paz.

Mientras abrazo a Claire y miro a nuestros hijos, sé que he encontrado algo más que felicidad. He encontrado la razón por la que todo lo demás ha valido la pena. Claire ha sido mi luz, la que iluminó el camino cuando todo parecía oscuro. Llegó a mi vida como una niñera, alguien que solo debía estar de paso, pero se ha convertido en el centro de todo lo que soy. El amor de mi vida. La madre de Hazel y Liam. La mujer que me devolvió a la vida.

Antes de cerrar este libro, por favor, si me dejas tu opinión en Amazon, Goodreads o tus redes sociales, me ayudas a que pueda seguir publicando.

¡Muchas gracias!

Sarah Valentine

Si quieres seguir disfrutando de esta serie, ya puedes hacerte con el siguiente título: *James. Una niñera para el heredero*. Ahora está en preventa al 50% de su precio solo durante la preventa. [Consíguelo aquí.](#)

Esta es su sinopsis:

James Stone, un **rico y atractivo heredero** de un conocido bufete de abogados de Nueva York, pierde a su esposa de manera trágica y se queda solo al cuidado de Hazel, su pequeña hija de cinco años. La muerte de su esposa destroza a James, quién se niega volver a enamorarse para no volver a sufrir y para respetar la memoria de su mujer fallecida.

Claire Bennet, una joven de **escasos recursos económicos**, acaba de instalarse en Nueva York y busca trabajo de forma desesperada. Por azar encuentra un anuncio para trabajar de niñera en una exclusiva zona de la ciudad.

El **destino** de James y Claire se cruzará, en un principio, como una relación de **jefe y empleada**. Pero la **proximidad** y la dulzura de la joven, hará que el **cascarrabias** de James tenga que replantearse muchos de los límites que se ha autoimpuesto en su vida.

Dos personas de **mundos distintos** y con más de una década de **diferencia de edad**, deberán descubrir si el pasado y todo lo que creen que les hace diferentes son suficiente como para alejarlos.

¿Conseguirá **triunfar el amor** por encima de todo lo que separa a James y Claire?

¡Atrévete a descubrirlo!

Sarah Valentine, autora de **novelas románticas Best Sellers**, como su **serie Condes escoceses** y su **serie Duques escoceses**, publica ahora *James. Una niñera para el heredero (Serie Herederos)*, una **novela romántica contemporánea de segundas oportunidades** llena de **emoción, pasión, segundas oportunidades y amor ambientada en Nueva York**

Si te gustan las **historias 100% románticas**, lee las novelas de Sarah Valentine.

¡Te vas a enamorar!

[¡¡Hazte con él durante la preventa al 50%!!!](#)

(Empieza a leer James. *Una niñera para el heredero* a continuación)

Tengo un regalo para ti

Si te ha gustado la historia de James y Claire, te animo a que empieces a leer la siguiente entrega de esta serie: *Alex. Un vientre de alquiler para el heredero*. Esta es su sinopsis:

Alex MacNeil, un frío y enigmático **heredero escocés** poseedor de una **gran fortuna**, siempre ha tenido claro su destino. Obligado por una **tradicción familiar** que le exige **tener un heredero** para poder conservar el legado de los MacNeil, Alex toma una decisión radical: ofrecer una suma millonaria a **Eden Fraser** para que sea el **vientre de alquiler de su futuro hijo**, pero sin implicarse emocionalmente con ella. Para Alex, se trata de una **transacción**, una simple obligación que cumplir para **heredar el legado de los MacNeil**.

Eden Fraser nunca imaginó que una propuesta tan inesperada cambiaría su vida para siempre. Con un **pasado lleno de obstáculos** y un **presente incierto**, aceptar el acuerdo de Alex MacNeil parece una **solución ideal para sus problemas económicos**. Pero nada la prepara para lo que siente cuando conoce al **atractivo y misterioso heredero**. Lo que comienza como un **trato de conveniencia** pronto se convierte en algo mucho más **intenso y peligroso**, donde la **atracción** y los **sentimientos** inesperados juegan un papel crucial.

¿Qué sucederá cuando Eden y Alex descubran que sus corazones se han enredado en medio de su acuerdo? ¿Podrán resistir la fuerza de un amor que nunca planearon?

Acompaña a Alex y Eden en un viaje lleno de **pasión, secretos y traiciones familiares y desafíos inesperados**, y descubre si su **amor** será lo suficientemente fuerte para transformar una **relación de conveniencia** en una historia de **amor verdadero**. ¡Atrévete a descubrirlo!

Y ahora, empieza a leerlo:

Alex. Un vientre de alquiler para el heredero

Serie Herederos, 6

Prólogo

Eden

Dicen que una traición duele más cuanto más amas a quien la comete. Y yo amaba a Ian. Pensaba que era mi compañero, mi cómplice, el hombre con quien iba a compartir una vida tranquila, construida sobre esa confianza cómoda y estable que algunos llaman amor. Sin embargo, ahora estoy aquí, mirando las maletas a medio hacer en el suelo de mi dormitorio, preguntándome cómo es posible que la imagen de mi prima y de él, juntos, siga grabada en mi cabeza con esa claridad que da el dolor.

El pitido en mi teléfono del mensaje de John me llega justo cuando me debato entre tirar todas las cosas de Ian a la basura o intentar respirar hondo y fingir que no me importa. Suelto un largo resoplido justo antes de leer el mensaje de mi amigo.

John:

¿Cómo estás?

Bueno, no hace falta que me respondas...

He oído algo y, bueno, pensé que podrías necesitar despejarte.

Lanzo un hondo suspiro y le contesto:

Yo:

Has oído bien.

Y no sé si voy a querer despejarme en mucho tiempo...

Al instante responde, sin perder su tono despreocupado.

John:

Perfecto.

Entonces es el momento ideal para

aceptar una invitación exclusiva:

¡Fiesta en el castillo de Alex MacNeil!

No puedes decirme que no.

Ven, te vendrá bien. Prometido.

Dudo un momento, pero no puedo evitar la curiosidad.

Yo:

¿El castillo de Alex MacNeil?

¿El del magnate misterioso de los MacNeil?

¡OMG!

John:

¡El mismo!

Un lugar que se ve pocas veces.

En serio, Eden, ven, te distraerás.

No todos los días puedes escaparte al mundo de un MacNeil.

Antes, habría declinado sin pensarlo, porque mi familia nunca ha tenido una relación demasiado buena con los MacNeil. Pero ahora, después de la traición de mi prima y de Ian... quizás, me parece una oportunidad para escapar de esta realidad que me asfixia.

Así que, me doy una ducha caliente y me pongo el vestido, que llevaba demasiado tiempo esperando una ocasión especial, me miro en el espejo. Aún tengo el reflejo de quien era antes de todo esto, aunque hay una fragilidad en mis ojos que no logro disimular. Pero respiro hondo y decido que, aunque sea solo por esta noche, puedo intentar recordar quién fui antes de Ian.

Cuando mi taxi se detiene frente a la majestuosa entrada del castillo de Alex MacNeil, me siento como una intrusa. Las luces iluminan las torres antiguas y el amplio patio de piedra, dándole al lugar una atmósfera de otro tiempo. La piedra gris, firme y eterna, se alza imponente, y por un instante dudo en si bajar del taxi o regresar a casa y volverme a poner el pijama andrajoso y recogerme el pelo en un moño despeinado.

Pero, veo a John en la entrada, donde decenas de invitados, vestidos con sus mejores galas, atraviesan las puertas como si pertenecieran a este mundo de lujo y decido bajarme del taxi. Camino hacia él, que me abraza y me sonríe, como si no notara los nervios que me invaden.

Quizá no lo nota, pero los ignora por mi bien.

—¡Tñia, has venido! Te prometo que no te arrepentirás. Ya verás la barbaridad de tíos buenos que vamos a ver —dice con su típico tono alocado y despreocupado—. Necesitas esto, ¡te lo aseguro!

Sonríó a medias, intentando que no note el vacío en mis ojos, y dejo que me guíe al interior del castillo. Entrar en el salón principal es como cruzar un umbral hacia otro mundo. Las paredes, altas y solemnes, están adornadas con cuadros antiguos, retratos de figuras serias, que imagino que son los MacNeil de hace siglos, nos observan desde su pasado distante. En el centro del salón, un candelabro de cristal refleja la luz en mil destellos, y el murmullo de conversaciones y risas llena el aire.

Mientras John me presenta a algunos de sus conocidos, mis pensamientos vuelven a Ian y a la idea de que podría haber terminado mi vida junto a alguien que me engañó sin miramientos. Suelto una bocanada de aire desde lo más hondo de mis pulmones y paladeo su traición que me sabe tremendamente amarga. Por más que intento sacarla de mi cabeza y de mi corazón, no puedo evitar que ese dolor se mezcle en cada nueva presentación que John me hace. Pero entonces mi atención se desvía hacia el otro lado del salón, donde una figura alta y solitaria destaca entre la multitud.

Alex MacNeil. El anfitrión de la noche. Lo reconozco por algunas fotos que he visto y por la descripción de John: reservado, enigmático, un hombre que parece tener siempre un pie dentro y otro fuera de las reuniones sociales. Es alto, con el porte de alguien que está acostumbrado a ser observado, y su mirada... su mirada gris parece capaz de atravesar el aire que lo rodea. Incluso desde aquí, siento la intensidad con la que examina a cada persona que hay la sala, como si todos fueran piezas de un rompecabezas que no termina de encajar.

—¿Quieres conocerlo? —pregunta John, siguiendo mi mirada—. Es un tipo... diferente. Pero siempre es interesante hablar con él, además está buenísimo —me dice con una de sus carcajadas alocadas.

Asiento, aunque no estoy segura de querer conocer a alguien tan intimidante. Pero la

curiosidad me gana, y sigo a John hasta donde él está. Cuando llegamos, Alex se gira hacia nosotros y su mirada se encuentra con la mía. Es fría, inquisitiva, pero también hay algo más, algo que no sé identificar, pero que me hace sentir observada de una manera distinta, más profunda.

—Alex, te presento a Eden Fraser —dice John, sin percibir la tensión que se instala en el aire cuando la mirada de Alex se encuentra con la mía.

—Eden —responde él, con una voz grave que parece resonar en el pecho—. He oído hablar de ti y de la galería donde trabajas. Arte contemporáneo, ¿verdad?

Asiento sorprendida de que sepa eso de mí. Trago saliva y, por un instante, siento que estoy en un examen, bajo el escrutinio de la mirada profunda de un hombre que no deja escapar nada. Su expresión no cambia, sigue siendo reservada, casi distante, pero algo en su mirada me hace sentir que está intentando leer cada uno de mis gestos y palabras.

—Sí. En Edimburgo. Es una galería pequeña, pero... con una colección interesante — respondo, consciente de lo simple que suena mi vida comparada con el aura imponente que lo rodea.

—Interesante —murmura, sin apartar los ojos de los míos. No sonrío, pero su tono tiene una nota de interés que me sorprende y que atrapa mi curiosidad sin poder hacer nada para evitarlo.

La conversación se vuelve algo trivial y John nos deja a solas. Hablamos del arte, de la galería y del impacto que tiene en Edimburgo. Pero cada palabra y cada mirada tuyas, me hace sentir como si estuviera expuesta, vulnerable. La gente a nuestro alrededor charla, ríe, mientras él y yo mantenemos esta especie de conversación paralela, en la que cada palabra parece tener un peso distinto, como si nos dijéramos cosas que nadie más puede entender.

Después de un rato de charlar con Alex MacNeil, decido salir a tomar aire al exterior del castillo y airearme un poco. La noche está fría y el aire me despeja y me aleja del bullicio del salón. Me detengo en la terraza, donde el paisaje vasto y misterioso de las Highlands se extiende bajo la luz de la luna. Es en momentos como este cuando siento que el mundo es demasiado

grande e imponente. Y yo, una extraña en este castillo totalmente desconocido para mí y tan distinto a mi mundo, aunque hace años mi familia también pertenecía a las clases acomodadas de Escocia, me siento diminuta.

—¿Te gustan las vistas?

La voz de Alex MacNeil me saca de mis pensamientos. No lo había oído acercarse, pero ahí está, a mi lado de nuevo, mirándome con esa intensidad que me atraviesa.

—Son... impresionantes —respondo, sin saber muy bien qué más decir.

Él asiente y, por un momento, el silencio entre nosotros se hace cómodo, como si compartiéramos algo más allá de las palabras. La noche envuelve el castillo y su perfil se recorta contra el paisaje, dándole un aire melancólico que me sorprende.

—Necesito un heredero —dice de repente, con una franqueza que me deja sin palabras.

Lo miro, confundida. Su declaración está tan fuera de lugar y me resulta tan inesperada, que no sé si he entendido bien.

—¿Perdón?

Él sigue mirando hacia el horizonte, con expresión seria y distante.

—La familia MacNeil tiene una tradición —continúa, como si se hablara a sí mismo—. Un legado. Y parte de ese legado es asegurar que haya un heredero para mantenerlo.

Me cuesta entender a dónde quiere llegar con esto. Su tono, su postura y todo en él parece calculado, como si las palabras fueran piezas de un juego que solo él conoce. Pero algo en su voz, una nota de vulnerabilidad apenas perceptible me hace quedarme callada, esperando a que continúe hablando.

Finalmente, se gira hacia mí y, por primera vez, veo algo en sus ojos que no había notado antes. No es frialdad, es... intensidad, como si estuviera tomando una decisión importante justo en ese momento.

—He pensado que podrías ayudarme —dice con la misma calma que si estuviera proponiéndome un negocio.

Tardo en procesar sus palabras. ¿Ayudarle a qué? Entonces, la realidad de su propuesta

me golpea con fuerza y de forma inesperada.

—¿Te refieres a...? —Las palabras me fallan, pero él asiente antes de que pueda terminar.

—Exacto. Ser la madre de mi heredero. Un acuerdo, sin ataduras emocionales, solo una transacción. Podría ofrecerte una cantidad considerable de dinero, Eden. La suficiente para empezar de nuevo, lejos de... ciertas complicaciones.

Su propuesta me deja helada. Es tan inesperada, tan... fría, que me cuesta reaccionar. Lo miro, esperando ver algún atisbo de duda en su expresión, pero no hay nada. Solo puedo ver serenidad y confianza en su gesto.

—¿Por qué piensas que aceptaría algo así?

Él me observa, sus ojos como espejos que parecen ver más allá de lo evidente.

—Porque estás aquí, Eden.

—He venido de pura casualidad —le respondo quitándole importancia.

—Las casualidades no existen —me suelta como una bofetada que me deja boqueando como un pez fuera del agua—. Sé que necesitas empezar de nuevo, tanto como yo necesito cumplir con la tradición de mi familia.

Su respuesta me deja sin palabras y cuando intento responderle, siento que la garganta se me seca. La idea es absurda y ofensiva, pero también hay algo que despierta mi curiosidad. Quizás es el dolor de la traición de Ian o la simple necesidad de escapar de mi propia vida, pero una parte de mí, la que aún no ha terminado de entender lo que ha pasado, quiere saber más detalles de su propuesta.

—No soy alguien que se deje comprar por dinero —le digo, intentando mostrar mi dignidad con cada una de mis palabras.

Él asiente, y en sus labios aparece una sonrisa sutil, como si esperara mi respuesta.

—No espero que tomes una decisión ahora. Pero mi oferta está ahí. Un millón de libras a cambio de darme un heredero. Piénsalo.

Y sin decir nada más, da un paso atrás y se aleja, dejándome sola en la terraza, con el eco

de sus palabras resonando en el aire frío que me rodea. Cuando me quedo sola, siento que algo ha cambiado, que esta noche ha abierto una puerta a algo que aún no puedo comprender y mucho menos imaginar.

Capítulo 1

Alex

Camino por los pasillos del castillo y la imagen de Eden no me abandona. Su rostro y su expresión de sorpresa e indignación al escuchar su propuesta, se me han quedado grabados con una claridad inusual. He conocido a muchas mujeres, que aceptarían sin reservas las reglas del juego, que comprenderían, sin necesidad de explicaciones, que lo nuestro no sería más que un acuerdo simple, sin sentimientos ni complicaciones. Sin embargo, ella... me ha descolocado, y esa es una sensación que no estoy acostumbrado a experimentar. Sin embargo, la mujer que me dé a mi heredero no puede ser otra que no sea ella.

La galería de retratos parece observarme mientras avanzo hacia mi despacho. Rostros de hombres y mujeres que me recuerdan el peso de mi apellido. MacNeil. Mi abuelo y mi padre, y antes de ellos, generaciones de antepasados, cada uno con su propio lugar y responsabilidad en esta casa. Desde niño entendí que mi deber no era negociable; que, como heredero del peso de mi apellido, debía mantener el linaje y preservar el apellido, por lo que nunca pensé que fuera a cuestionarme esto a estas alturas.

—Señor MacNeil —la voz de Margaret, mi anciana ama de llaves, me saca de mis pensamientos—. He preparado el desayuno en el salón. Y también ha llegado el informe que solicitó de la empresa. ¿Desea algo más?

—No, eso es todo. Gracias, Margaret.

Margaret es el tipo de persona que no necesita preguntar más de lo necesario para saber lo que debe hacer en cada momento. Su lealtad es incuestionable y en todos los años que lleva con mi familia ha sabido mantenerse al margen de nuestra vida privada, un valor que aprecio mucho en ella. Sin embargo, tengo la certeza de que ni siquiera ella podría comprender la situación en la

que me encuentro. La obligación de tener un heredero no es solo una expectativa; es una tradición que he cargado durante toda mi vida, y que me ata a esta casa y a la empresa de la familia de un modo que no todos entenderían.

Me siento en mi despacho con el informe de MacNeil Technologies en las manos. Las palabras y cifras en los documentos pierden nitidez ante mis ojos. No sé por qué razón, pero hoy no logro concentrarme. La fiesta que celebré anoche sigue viva en mi mente y, cada vez que cierro los ojos, el rostro de Eden aparece de nuevo, con esa expresión que no he dejado de recordar una y otra vez desde que nos separamos. Su rechazo me sorprendió, y no dejo de preguntarme si se trató de una reacción inicial y que quizás sea algo que vuelva a reconsiderar con el tiempo. Las decisiones importantes requieren reflexión, o al menos eso he aprendido con los años, así que imagino que también ella necesitará pensar y plantearse algo tan importante como lo que yo le propuse.

Dejo el informe a un lado y me acerco al balcón. El aire frío de las Highlands acaricia mi rostro, un contraste con la quietud que reina dentro del castillo. Miro el horizonte y observo las colinas, que se extienden más allá de mis propiedades, y son un recordatorio constante del peso de mi apellido y de los sacrificios que mis antepasados hicieron para preservar este legado.

En el pasillo escucho un murmullo de pasos que se acercan. Es Hamish, mi asistente, quien interrumpe mis pensamientos al entrar en el despacho.

—Señor MacNeil, el coche está listo para llevarle a la oficina. Tiene una reunión con el consejo a las once.

—Gracias. Bajo en un momento.

Observo cómo se retira y me pregunto si alguien más ha notado la tensión que me ha provocado Eden. Me ajusto la corbata de nuevo y cojo mi maletín de piel para ir hasta el coche. Durante años he logrado mantener un equilibrio entre mi vida privada y mis responsabilidades, entre el deber que siento hacia el apellido MacNeil y mis propias aspiraciones. Sin embargo, esta mañana, ese equilibrio parece tambalearse, y no logro entender por qué. El peso del legado siempre ha sido una constante en mi vida, una obligación que he aceptado sin cuestionar. Pero,

de algún modo, Eden ha encendido una chispa de duda, un cuestionamiento sobre si este deber es realmente lo que deseo o simplemente una carga que he tenido que aceptar porque la tradición inamovible así lo ha marcado.

Llego a la oficina y Hamish me sigue de cerca, para entregarme los documentos necesarios para la reunión. Intento centrarme en los números, en las proyecciones y en las estrategias que discutiremos en la reunión. Sin embargo, mi mente sigue vagando, y cada dos por tres me encuentro recordando la expresión de Eden, esa mezcla de firmeza y sorpresa que le provocó mi propuesta y que no soy capaz de olvidar. Su negativa, tan clara y directa, me ha dejado con una extraña sensación de incomodidad que no sé cómo sacarme de encima.

Cuando regreso al castillo al final del día. Margaret me espera con una copa de whisky, una rutina que he adoptado como una especie de ritual al final de cada jornada. La tomo y me dirijo al salón, donde los retratos de mis antepasados parecen mirarme con esa misma seriedad con la que siempre lo han hecho. Alzo la copa en un gesto simbólico, como si brindara por la tradición, por el deber y por esa vida que me ha tocado llevar y doy un largo trago a mi copa.

Me siento en la biblioteca, frente a la chimenea y observo cómo el fuego chisporrotea y llena la estancia de una calidez que contrasta con la frialdad de mis pensamientos. Mi padre siempre me decía que un MacNeil debe mantener su linaje, que la familia es lo único que verdaderamente importa. He seguido sus enseñanzas, he hecho todo lo necesario para honrar el apellido. Pero esta noche, mientras observo el baile de las llamas crepitando en la chimenea, me pregunto si esa es realmente la vida que quiero o si es simplemente la vida que me han enseñado a desear.

La noche avanza, y la quietud del castillo se va apoderando de cada rincón. Me doy cuenta de que, aunque Eden ha rechazado mi propuesta, una parte de mí espera que la reconsidere y que vea en mi oferta una oportunidad para salir adelante.

El eco del silencio se extiende por el castillo, y en la penumbra de la biblioteca continúo dándole vueltas a lo mismo. Mi vida, mis decisiones, todo lo que siempre creí que era intocable, parece haberse puesto en duda con el rechazo de Eden, que no esperaba. Siento que estoy en una

encrucijada, un momento crucial en el que debo decidir si sigo adelante con el legado que me ha sido impuesto o si, por una vez, me permito cuestionarlo. Apuro el último sorbo de whisky y me levanto, dejando que el fuego continúe iluminando la estancia con sus llamas danzantes. Sé que esta historia con Eden está lejos de terminar, que su presencia, aunque ausente, ha dejado una marca en mí que no desaparecerá con facilidad. La propuesta sigue en pie y aunque ella no esté aquí, no puedo evitar esperar su respuesta, una respuesta que podría cambiar el curso de mi vida para siempre y también el de la suya.

Capítulo 2

Eden

Cuando llego a mi apartamento, me detengo un instante frente a la puerta. He dejado el castillo de Alex MacNeil atrás, pero su propuesta sigue dando vueltas a mi alrededor, como una sombra que me pisa los talones. Mientras saco las llaves del bolso, la escena se repite en mi cabeza: su mirada seria, su voz grave y directa ofreciéndome un millón de libras a cambio de algo que, en cualquier otra situación, me parecería un disparate. Me parece una locura y me sorprende a partes iguales, que una parte de mí considere que es justo lo que necesito para empezar de nuevo. Sin embargo, no dejo de sentirme perdida, como si estuviera en un punto sin retorno, atrapada en una vida que ha perdido su rumbo.

Cuando abro la puerta, la empujo y entro en el pequeño espacio que, hasta hace poco, compartía con Ian. Miro a mi alrededor y observo los restos de lo que alguna vez consideré mi futuro y que ahora no es más que un montón de ilusiones derruidas de un solo mazazo. Las paredes, el sofá, las fotos que aún cuelgan en las paredes, todo me recuerda a la vida que creí tener bajo control. Pero esa seguridad y todos mis planes se han desmoronado por completo.

Suelto un suspiro y me acerco al escritorio, donde guardo una pequeña caja con papeles importantes y todo el dinero que he ido ahorrando a lo largo del último año. Me siento en una silla y abro la caja, quiero contar todo el dinero que he ahorrado. Sea la cantidad que sea, me va a servir para vivir algo más desahogada durante los próximos meses. Pero en lugar de eso, lo que

encuentro provoca que un frío helado recorra mi espalda. Cierro los ojos un instante, deseando que sea un error, una mala jugada de mi mente y mi vista cansadas después de un largo día. Sin embargo, al volver a abrir los ojos, confirmo lo que sospechaba: en la caja solo están los papeles, porque no hay ni rastro de todo el dinero que he ahorrado durante los últimos doce meses.

La realidad me golpea de lleno como un mazazo seco en medio del pecho y siento cómo la rabia y la tristeza se mezclan dentro de mí. Mis ahorros, cada céntimo que he guardado con esfuerzo para construir una vida junto a Ian, han desaparecido. Rebusco entre los papeles de la caja, quizá no he mirado bien y el dinero está escondido entre las facturas. Sin embargo, lo único que encuentro es una nota de Ian: «Como tú te quedas con el apartamento, yo me quedo con este dinero. Es lo justo». Cuando leo la escueta nota no doy crédito a lo que acabo de leer. ¿Yo me quedo con el apartamento? No, es no es verdad. Debería poner que yo me quedo con el alquiler de un apartamento que no puedo pagar yo sola. ¿Cómo puede tener tanta cara? No sé si quiero gritar o llorar, o tal vez hacer ambas cosas al mismo tiempo. Ian, el hombre en el que he confiado durante todos estos años que hemos estado juntos, me ha dejado en la ruina y parece que no tiene ni el menor atisbo de remordimiento. Ese colchón de ahorros que yo creía tener para poder empezar ahora desde cero ha desaparecido. «Otra traición más que añadir a los cuernos», me digo para mí sin poder contener las lágrimas.

Dejo caer la cabeza sobre mis manos y respiro hondo, intentando recuperar algo de calma. Pero no puedo... No sé qué va a ser de mí... Tengo un trabajo y un sueldo a fin de mes, pero ¿cómo voy a pagar las facturas sin tener ni una libra ahorrada? Lloro desconsoladamente tratando de buscar una solución para mi desesperada situación.

El castillo, Alex, su oferta...

De repente, la propuesta de MacNeil, que anoche me parecía una auténtica locura, adquiere un matiz distinto. Alex me ofrece una salida, una solución. Claro que su proposición es fría y calculada, como él mismo, pero me brinda una oportunidad, una que en este momento me parece un salvavidas en medio del océano...

Me levanto del suelo y, como por inercia, doy un par de pasos por el apartamento,

observando lo poco que queda de la vida que compartí con Ian en el espacio que me rodea. Las paredes, ahora desnudas, parecen aún más frías de lo que recordaba. Camino hasta la ventana y observo las calles de Edimburgo, que se extienden bajo el cielo gris, y me siento una extraña en un lugar que debería sentir como mi hogar. Hace apenas unos días, tenía un futuro planificado, una estabilidad, y ahora estoy aquí, sola, sin dinero y sin saber cómo salir de esta. Resoplo desesperada sin dejar de caminar de un lado a otro del apartamento.

«¿Y Alex? No, pero qué estoy diciendo... No estoy loca... No, no...ni loca aceptaría ser un vientre de alquiler... No podría hacer eso...».

No logro sacar de mi cabeza a MacNeil, ni a la forma en que me miraba, serio y resuelto, como si todo en él estuviera programado para cumplir una misión, *su* misión y sin desviarse ni un solo milímetro. Recuerdo sus palabras y su tono... Y aunque su propuesta sigue pareciéndome extraña y una locura, ahora se mezcla con algo que me atrae y me asusta a la vez y a partes iguales: la posibilidad de empezar de nuevo con un millón de libras en mi cuenta. Me muerdo el labio y voy hacia la cocina. Sobre la mesa reposa mi teléfono. Lo observo unos segundos, sopesando las implicaciones de lo que estoy a punto de hacer... Si le escribo implica tomar un camino del que tal vez no haya retorno, pero, a la vez, ese mismo camino me ofrece una alternativa en un momento en el que siento que no tengo nada más a lo que agarrarme para salir adelante. «Sí, lo hago, no tengo nada que perder o... sí... Ay, no sé», me digo. Así que, sin pararme a pensármelo demasiado, busco su contacto y le escribo.

Yo:

Hola, Alex.

Me gustaría hablar sobre tu propuesta.

Quizá podríamos discutir los detalles en persona.

Cuando envío el mensaje, dejo el teléfono sobre la mesa, intentando no pensar demasiado en lo que acabo de hacer. Las dudas me asaltan de inmediato. «¿Qué pensará de mí? En realidad solo me conoce poco más que de una noche en una fiesta y de una conversación que, para mí,

resultó tan extraña como intrigante...»

Camino de un lado a otro, intentando buscar un sentido a esta situación absurda, cuando el sonido que provoca la vibración de mi teléfono sobre la mesa de la cocina me saca de mi aturdimiento. Lo cojo sin demasiadas expectativas, pero al ver el mensaje de respuesta de Alex, mi corazón se acelera.

Alex:

Celebro que hayas reconsiderado mi oferta.

Podemos vernos en mi despacho mañana por la tarde,
si te viene bien.

Me sorprende la inmediatez de su respuesta, aunque me doy cuenta de que, en alguien como él, la eficiencia y la precisión no son cualidades que deban sorprenderme. Tomo aire y, sin pensarlo demasiado, le contesto que estaré allí. Cuando vuelvo a dejar el teléfono sobre la mesa, siento una mezcla de nervios y la sensación de estar tomando una decisión que podría cambiar el rumbo de mi vida por completo.

A pesar de que llevo un rato en la cama, no consigo dormir. Mis pensamientos giran en torno a Alex MacNeil, al castillo y a las posibilidades que podría abrirme su propuesta, pero también al precio que supone aceptar algo tan insólito. ¿Estoy dispuesta a convertirme en la madre de un heredero por un acuerdo, sin amor y sin expectativas más allá de cumplir una función? Es una pregunta que late en mi mente y que, aunque no soy capaz de responder, sé que la respuesta va tomando forma con cada minuto que pasa.

Cuando amanece, me asomo a la ventana de la habitación del apartamento y veo que el cielo de Edimburgo está cubierto de nubes grises, como si el propio clima compartiera mis dudas. Me preparo cuidadosamente, eligiendo ropa que me haga sentir segura, aunque el remolino de pensamientos y nervios que gira sin cesar en mi interior no me deje pensar con claridad. Antes de salir, me miro al espejo, buscando alguna señal que me indique que estoy haciendo lo correcto. Pero lo único que veo es el reflejo de una mujer que intenta encontrar una

salida en una situación que, a ojos de cualquiera, carecería de lógica.

Cuando llego al despacho de Alex MacNeil, la solemnidad del edificio me deja alucinada. Todo parece que ha sido diseñado para imponer respeto. Me recibe una secretaria impecablemente vestida, quien me pide que espere unos minutos en una pequeña sala decorada con sobriedad. El ambiente es frío, ordenado, pero también elegante, como él. No puedo evitar pensar que este lugar, tan distinto a mi pequeño apartamento en Edimburgo, refleja a la perfección la vida de Alex: controlada, precisa y sin una sola nota fuera de lugar.

Finalmente, la secretaria me avisa de que puedo pasar. Entro intentando mostrarme decidida en su despacho, un espacio amplio y luminoso, con ventanales que ofrecen una vista imponente de la ciudad. Alex está sentado detrás de un escritorio de madera oscura, revisando unos documentos. Al verme entrar, levanta la vista, y su expresión, aunque seria, me parece menos distante que la última vez.

—Eden, me alegra verte de nuevo—dice con esa voz profunda que resuena en la estancia—. Por favor, siéntate.

Me siento en la silla frente a él, sintiéndome pequeña en comparación con su presencia y con el ambiente que me rodea. Me recuerda al castillo, a esa misma mezcla de poder y control que parece formar parte de todo lo que Alex MacNeil toca.

—Gracias por recibirme —respondo, intentando mantener la calma—. He pensado en lo que me propusiste. No puedo negar que... es una oferta que no me habría planteado en otras circunstancias.

Él asiente, escuchándome con una atención que me desconcierta y me pone nerviosa por la forma en que me mira, que parece que me atraviesa con su profunda e intensa mirada gris.

—Comprendo que sea inesperado —dice—. No es una decisión fácil, lo sé, y respeto que te hayas tomado el tiempo para reconsiderarlo.

Sus palabras son serias, pero no parecen condescendientes. Es como si realmente me valorara por haber venido, y eso, de alguna manera, aligera la tensión que siento.

—Alex, si aceptara tu propuesta... quiero saber más. Necesito entender qué significa

realmente para ti este acuerdo. No quiero sentir que soy solo un medio para alcanzar un fin.

Él me mira en silencio durante unos segundos, como si estuviera sopesando cada una de mis palabras, hasta que finalmente asiente antes de hablar.

—Lo comprendo. Y, si te parece, podríamos empezar por ahí. Estoy dispuesto a responder a todas tus preguntas, y quiero que sepas que, aunque sea un acuerdo, tienes libertad de elección. No eres un medio, Eden. Eres una persona a la que respeto, y si te parece bien, puedo darte todas las respuestas que necesitas para que tomes tu decisión con total libertad.

Su respuesta, tan directa y sincera, me da una extraña paz. Aunque la situación sigue siendo confusa, siento que, al menos, estoy tratando con alguien que respeta mis límites.

;;;Hazte con él durante la preventa al 50%!!!

[Continúa leyendo aquí.](#)

Nota de la autora

Querid@ lector@,

Si has llegado hasta aquí, déjame darte las gracias por haberlo hecho. Deseo que hayas disfrutado estas historias y los hayas amado tanto como yo mientras las creaba.

Si te gustan mis historias, te animo a que le des una oportunidad a mis otras novelas publicadas. Mientras, yo continúo trabajando para que dentro de muy poquito puedas seguir leyendo mis nuevas historias.

[Aquí puedes encontrar todas mis otras novelas.](#)

Hasta pronto y feliz lectura,

Sarah Valentine

¿Dónde puedes encontrarme?

En mi lista de correo: <https://sarahvalentine.substack.com/>

Instagram: [@sarahvalentine_escritora/](#)

TikTok: [@sarahvalentine_escritora](#)

Facebook: [Sarah Valentine](#)

Fan Page Facebook Sarah Valentine escritora: [facebook.com/sarahvalentine_escritora](facebook.com/sarahvalentine_escritora)

Mi grupo de lectoras VIP: [Las Valentinas de Sarah Valentine](#)

En mi mail: sarahvalentine_escritora@gmail.com